

Como una verdadera primicia, el Banco Central de la República Dominicana pone en manos del público lector *Duarte revisitado [1813-2013]*, libro integrado por ensayos de cinco renombrados historiadores que han dedicado gran parte de su trayectoria profesional a la investigación de la vida y la obra del patricio, cuya cardinal contribución al proceso de emancipación nacional está todavía lejos de agotarse.

Juan Daniel Balcácer, José Chez Checo, Orlando Inoa, José Miguel Soto Jiménez y Jorge Tena Reyes han trabajado sobre un tema apasionante, y lo han hecho de manera independiente, con total libertad analítica e interpretativa, transitando un camino distinto, pero siempre para ahondar en las implicaciones de un proceso político decisivo para la República Dominicana.

Este libro –fruto del compromiso del Banco Central con los más altos valores de la cultura nacional– recoge cinco miradas hasta ahora inéditas sobre un asunto sustantivo para la sociedad dominicana: la figura y la obra de Juan Pablo Duarte, forjador de la nacionalidad. En esa exploración, sus autores no se han limitado a los aspectos biográficos, ni a las circunstancias existenciales que rodearon el accionar de Duarte, sino que han tratado de suplir vacíos de información, e incluso cuestionar valoraciones erróneas e injustos olvidos. Es por todo eso que *Duarte revisitado [1813-2013]* ha de convertirse, a partir de ahora, en una obra indispensable en la bibliografía sobre el Padre de la Patria y su época.

José Alcántara Almánzar

Duarte revisitado [1813-2013]

# Duarte revisitado

## [1813-2013]



Juan Daniel Balcácer • José Chez Checo  
Jorge Tena Reyes • Orlando Inoa • José Miguel Soto Jiménez



COLECCIÓN DEL BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA  
DEPARTAMENTO CULTURAL



Juan Pablo Duarte nació en Santo Domingo el 26 de enero de 1813, en el seno de una numerosa familia procreada por el comerciante gaditano Juan José Duarte Rodríguez y la seibana Manuela Díez Jiménez. Cuando apenas tenía nueve años, el general haitiano Jean-Pierre Boyer ocupó la parte oriental de la isla, dando inicio a la llamada Ocupación Haitiana [1822-1844].

En 1829, el padre de Duarte envió a su hijo a España, en un viaje que sería crucial para el adolescente. Allí el joven asimiló los ideales libertarios y democráticos que iban a transformar de manera radical su pensamiento. Tras su regreso a la isla, inició su labor de difusión del credo liberal y puso en marcha su acción conspirativa, que culminó en 1838 con la creación de la sociedad secreta La Trinitaria, germen del movimiento que dio al traste con la ocupación haitiana, al proclamarse la Independencia Nacional el 27 de febrero de 1844.

A partir de entonces, la vida de Duarte estuvo signada por la inseguridad, el acoso político y el anonimato. Se fue al exilio, asediado por la persecución de sectores conservadores que detentaban el poder. Veinte años después regresó al país, para ponerse al servicio del gobierno restaurador, pero pronto retornó a su destierro en Venezuela. En esa tierra vivió los últimos doce años, y murió pobre y olvidado en Caracas, el 16 de julio de 1876. Doscientos años después de su natalicio, su vida todavía está llena de enigmas que los historiadores se esfuerzan en descifrar.

Duarte revisitado [1813-2013]



Juan Daniel Balcácer • José Chez Checo  
Jorge Tena Reyes • Orlando Inoa • José Miguel Soto Jiménez

# Duarte revisitado

## [1813-2013]

**COLECCIÓN DEL BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA  
DEPARTAMENTO CULTURAL**

Colección del Banco Central de la República Dominicana

Vol. 181

Serie Ciencias Sociales No. 28

Duarte revisitado, 1813-2013 [texto] / Juan Daniel Balcácer ... [et al.]. –  
1a. ed. – Santo Domingo : Banco Central de la República Dominicana, 2012.  
292 p. : il. ; 23 cm. – (Colección del Banco Central de la República  
Dominicana ; v. 181. Serie ciencias sociales ; no. 28)

ISBN 978-9945-443-62-2 (serie). – ISBN 978-9945-443-87-5 (v.181)

1. Duarte y Díez, Juan Pablo, 1813-1876 -- Ensayos, conferencias, etc.
2. República Dominicana – Historia, 1844-1930 I. Balcácer, Juan Daniel, 1949-II. Título III. Serie

LC F1938.4.D8D83 2012  
CEP/BCRD

CDD 21. ed. 923.2

© 2012 Primera edición

Publicaciones del Banco Central de la República Dominicana

Comité de Publicaciones:

José Alcántara Almánzar, Presidente

Carmen Beatriz Rodríguez De los Santos, Miembro

Luis Martín Gómez Perera, Miembro

Luis José Bourget, Miembro

Miguel A. Frómeta Vásquez, Miembro

Elvis Francis Soto, Secretario

Edición al cuidado de: José Alcántara Almánzar y Elvis Francis Soto

Diseño interior y arte de la cubierta: Ludwig S. Medina

Ilustración de la cubierta: Fotografía de la casa donde nació Duarte, sede del Instituto Duarteano

Fotografía de la cubierta: Pedro Holguín Mota

Fotografías interior: Cortesía del Dr. Jorge Tena Reyes

Corrección de estilo: Miriam Veliz

Impresión:

Subdirección de Impresos y Publicaciones

Banco Central de la República Dominicana

Av. Dr. Pedro Henríquez Ureña esq. calle Leopoldo Navarro

Santo Domingo de Guzmán, D. N., República Dominicana

Impreso en la República Dominicana

Printed in the Dominican Republic

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,  
sin la debida autorización de los autores.

# Contenido

---

## **11 LAS CARTAS PATRIÓTICAS DE JUAN PABLO DUARTE**

Juan Daniel Balcácer

- 15 La carta como fuente primaria
  - 20 Formación política
  - 27 Las cartas de Duarte
  - 39 A manera de conclusión
  - 41 Bibliografía
- 

## **45 DUARTE Y LA INDEPENDENCIA PLENA**

José Chez Checo

- 47 Duarte y el liberalismo
- 50 Contexto histórico continental  
en la época independentista
- 55 El germen independentista dominicano:  
la independencia efímera
- 60 La ocupación haitiana de 1822
- 63 Juan Pablo Duarte y la independencia nacional
- 71 Duarte y el romanticismo social
- 74 Peculiaridades de la independencia dominicana

- 76 El período posindependentista  
80 Bibliografía
- 

**85 LA REPÚBLICA DE JUAN PABLO DUARTE:  
UN PROYECTO FRUSTRADO**

Jorge Tena Reyes

- 152 Bibliografía
- 

**161 JUAN PABLO DUARTE. SU ÚLTIMA BATALLA:  
PADRE DE LA PATRIA**

Orlando Inoa

- 165 Apoteosis a los Padres de la Patria  
166 Francisco del Rosario Sánchez  
172 Juan Pablo Duarte  
175 Ramón Matías Mella  
178 La tríada de los Padres de la Patria  
179 El himno nacional dominicano  
182 La toponimia honra a patriotas  
(y no patriotas) pero muy poco a Duarte  
184 El retrato de Duarte hecho por Alejandro Bonilla  
185 Duarte y la dificultad de honrarlo con una estatua  
189 El centenario del nacimiento de Duarte  
192 Honrar a Duarte en las provincias  
193 Duarte y Trujillo

- 200 La democracia se satura en  
alabanzas a Duarte, no de su ejemplo
- 203 Bibliografía
- 

## **205 DUARTE DE CARNE Y HUESO**

José Miguel Soto Jiménez

- 207 Del destino de los héroes
- 209 Héroes hasta la saciedad
- 212 Héroes, héroes y más héroes hasta el fin
- 213 La gesta, siempre la gesta
- 215 El héroe por los intrincados caminos de la “chepa”
- 219 En busca del Duarte de carne y hueso
- 222 Juan Pablo Duarte en nuestra propia carne
- 225 El asunto de la iconografía de Duarte
- 234 Duarte y su formación.  
Entre aficiones, afecciones y aflicciones
- 240 Duarte el político
- 246 Duarte y la cuestión militar
- 247 Duarte, revolucionario decidido. Su carácter,  
su vida personal y el machismo dominicano
- 251 ¿Duarte manso? ¡Qué va, gallo, qué va!
- 253 Esas aparentes cosas baladíes que son tan importantes
- 260 La divinización de Duarte como  
gran proyecto conservador
- 265 El hombre de carne  
y hueso sobre su propio pedestal





Las cartas patrióticas  
de Juan Pablo Duarte

Juan Daniel Balcácer



Diversas son las fuentes que permiten conocer el carácter liberal de las ideas políticas del general Juan Pablo Duarte, al igual que su indiscutible patriotismo. Pese a la amplia bibliografía duartiana disponible, no pocos investigadores y estudiosos han confrontado el inconveniente de la ausencia de importantes fuentes documentales de primera mano, lo que ha impedido reconstruir de manera exhaustiva determinadas facetas de la trayectoria pública y privada del insigne revolucionario a quien el pueblo dominicano debe la existencia de un Estado-nación libre e independiente de toda dominación extranjera, con el nombre de República Dominicana.

Rosa Duarte, quien fue depositaria de gran parte del archivo particular del líder de los trinitarios, escribió unas escasas, aunque inapreciables, notas que intituló *Apuntes para la historia de la isla de Santo Domingo y para la biografía del general dominicano Juan Pablo Duarte*, código generalmente conocido como el *Diario de Rosa Duarte*, el cual ha devenido un texto fundamental para configurar la biografía política de Duarte, con ayuda de otros no menos valiosos documentos.

Como he señalado en otros trabajos, hay evidencia de que en determinado momento Juan Pablo Duarte acometió el proyecto de escribir una especie de autobiografía que al parecer quedó inconclusa como consecuencia de los avatares políticos

que lo obligaron a permanecer poco más de treinta años en el extranjero, primero en condición de exiliado, entre 1844 y 1864, y luego forzado por las circunstancias a residir en Caracas durante el período 1865-1876 debido a que aun después de restaurada la República, en el país no había garantías ni para sus derechos constitucionales ni para su seguridad personal, en vista de la hegemonía del partido baecista, cuyo principal líder, Buenaventura Báez, era un acérrimo adversario del patricio, al igual que lo había sido antes Pedro Santana.

Para escribir sus *Apuntes*, Rosa utilizó manuscritos de su hermano Juan Pablo como fuentes de referencia, por eso en el célebre texto hay pasajes en los que la autora se refiere al fundador de la República en tercera persona y otros en los que es el propio Duarte quien narra los acontecimientos. También se conservan unos *Borradores*, de la autoría de Rosa Duarte, en los que aparecen datos que no figuran en el *Diario*, razón por la que ambos manuscritos han devenido de mucha utilidad en la ardua tarea de configurar una biografía del apóstol de la independencia dominicana que describa de manera fehaciente los períodos más significativos de su trayectoria pública.

Sabemos que, además de los *Apuntes*, existen algunos breves escritos de Duarte, tales como un Proyecto de Constitución, poemas, comunicaciones oficiales y parte de su correspondencia personal, que constituyen fuente de obligada referencia para comprender a cabalidad la intensa actividad política e intelectual que desplegó el fundador de la República. A estos documentos debemos agregar los *Apuntes para la historia de los trinitarios, fundadores de la República Dominicana*, escritos hacia

1887 por el trinitario José María Serra, en cuyas páginas aparecen reflexiones y frases atribuidas al principal líder del partido trinitario. Estos documentos, fuentes de irrecusable veracidad, han hecho posible a los historiadores rescatar parte esencial del discurso político y doctrinal de Juan Pablo Duarte.

En el presente trabajo me propongo destacar su concepción nacionalista y patriótica conservada para la posteridad en diversas cartas que escribió en los años 1864 y 1865, cuando regresó al país con la firme determinación de incorporarse activamente a la guerra de la Restauración, definida por él mismo en carta a Pedro Alejandrino Pina como la “augusta y santa causa de nuestra amada Patria”.<sup>1</sup>

## La carta como fuente primaria

Conviene resaltar que dentro de la disciplina historiográfica, la modalidad discursiva comúnmente conocida como epístola o carta constituye una fuente de primer orden al momento de reconstruir la biografía o el pensamiento político de un prócer, porque se trata de un documento o texto proveniente del testigo presencial de un hecho histórico o, en el caso de Duarte, de un protagonista de primera magnitud en los acontecimientos objeto de estudio.

En consecuencia, antes de adentrarme en el estudio del nacionalismo y el patriotismo duartianos, apelo a la paciencia del

---

1. Cfr. *Diario de Rosa Duarte*, p. 221. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. Larrazábal Blanco y Vetilio Alfau Durán. Instituto Duartiano, Vol. I, Santo Domingo, Editora del Caribe, 1970- 320 pp.

lector y le invito a acompañarme en una breve digresión sobre el género epistolar que desde los albores del lenguaje escrito ocupa un lugar privilegiado en la comunicación interpersonal, ya sea en forma de carta privada, pública, abierta, oficial, científica, poética, amorosa o de tema político.

Conspicuas figuras del pensamiento universal, estadistas, revolucionarios o conservadores, en fin, todo hombre o mujer, excepcional o no, han legado a la posteridad un acervo epistolar a través del cual se ha podido juzgar con mucha mayor objetividad su manera de pensar y de actuar en determinadas coyunturas históricas.

En los textos bíblicos abundan las epístolas, y sin duda las de San Pablo están entre las más conocidas. Cuando el Sumo Pontífice se dirige al orbe católico en ocasiones lo hace a través de cartas solemnes llamadas encíclicas. El Episcopado dominicano también estila dirigir al país mensajes conocidos como cartas pastorales, que invitan a honda reflexión acerca de temas políticos, sociales, económicos y morales.

Hace más de 500 años, el descubridor de América, el almirante Cristóbal Colón, admirado por la belleza y exuberancia de nuestra isla (que los aborígenes llamaban “Bohío” o “Haití” y que, tras breve lapso, se llamó Española para, finalmente, adoptar el nombre de Santo Domingo), plasmó sus primeras impresiones en una carta impresa en 1493. Es fama que cuando en julio de 1801 fue aprobada la primera Constitución haitiana que prohibía la esclavitud y establecía la libertad de cultos, Toussaint L’Ouverture le remitió una copia de ese Pacto Fundamental a Napoleón Bonaparte acompañada de una carta personal que

comenzaba de esta suerte: “El primero de los negros al primero de los blancos”.

En la bibliografía dominicana disponemos de un valioso acervo epistolario de prominentes figuras del quehacer político e intelectual. En adición a la correspondencia entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, cabe mencionar el *Epistolario* de la familia Henríquez Ureña, revelador, entre no pocos episodios importantes, de la angustiante soledad y enfermedad de la poetisa Salomé Ureña. Célebre también fue la carta pública que en 1936 le escribió el historiador Américo Lugo al dictador Rafael L. Trujillo, en la que le informaba que no podía escribir un libro de historia dominicana que le había solicitado el Gobierno, porque para ello habría tenido que plegarse a exigencias de carácter oficial a las que él no podía consentir. Además, el fino autor de *Heliotropo*, a modo de sentencia inapelable, le dijo al tirano lo siguiente:

*Escribo en un rincón de mi casa y no recibo órdenes de nadie.*

Hacia 1946, el doctor Francisco Moscoso Puello escribió una serie de profundas reflexiones políticas y socio-sicológicas en torno al *ethos* dominicano a las que tituló *Cartas a Evelina*. En 1970 el Instituto Duarte dio a la luz pública un interesante opúsculo titulado *Cartas al Padre de la Patria*, selección y presentación de los historiadores Emilio Rodríguez Demorizi y Pedro Troncoso Sánchez, respectivamente, que reproduce gran parte de la correspondencia dirigida a Duarte por sus principales compañeros del partido trinitario.

Es evidente que la carta tiene la particularidad de que en la mayoría de los casos es concebida como un documento personal, íntimo, casi siempre escrito con la sencillez que caracteriza lo cotidiano. A través de la carta –cuando intencionalmente no es redactada con fines de publicidad– su autor o autora acostumbra a expresar sin aprehensión todo cuanto emana de lo más profundo del alma. Por eso, al momento del historiador reconstruir un discurso narrativo sobre determinado período de la vida de un hombre o de una mujer, sean o no figuras públicas, las cartas personales constituyen documentos de una importancia capital y –por lo tanto– de obligada consulta.

Son memorables algunas epístolas personales y oficiales del general Juan Pablo Duarte y Díez<sup>2</sup> que permiten apreciar su formación intelectual y política desde una perspectiva doctrinal e ideológica. Citaré por lo menos cuatro de las más relevantes, a saber:

- 1) La carta que hacia principios de febrero de 1844 dirigió a su madre y hermanos solicitándoles vender parte de las

---

2. El lector habrá advertido que en ocasiones utilizo el rango de general para referirme a Duarte. Cuando el 16 de julio de 1838 quedó instalada la sociedad secreta La Trinitaria, varios de sus miembros recibieron rangos militares que debían ser efectivos tan pronto se cristalizara el proyecto independentista. A Duarte se le confirió el título de *General en Jefe de los Ejércitos de la República y Director General de la Revolución*. Posteriormente, ya creada la República, la Junta Central Gubernativa le ratificó al principal fundador del Estado-nación el rango de *General de Brigada*. Por tal razón, 20 años después, cuando regresó al país en plena guerra restauradora, Duarte solía firmar sus comunicaciones oficiales de esta manera: “*JUAN PABLO DUARTE, Decano de los Fundadores de la República y Primer General en Jefe de sus Ejércitos*”. Cfr. *Apuntes de Rosa Duarte*, p. 220. También ver Emiliano Tejera, “Monumento a Duarte”, 27 de febrero de 1894, en *Emiliano Tejera, Antología*, compilado por Manuel Arturo Peña Batlle, Ciudad Trujillo, R.D.: Colección Pensamiento Dominicano, Librería Dominicana, 1951.

propiedades que tenían en la ciudad de Santo Domingo a fin de recabar dinero para financiar el movimiento independentista;

- 2) La de fecha 28 de marzo de 1864 destinada al gobierno provisorio de la Restauración;
- 3) La que finalmente escribió, el 7 de marzo de 1864, al ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Restaurador, Teodoro Heneken, en la que por diversos motivos renunció al cargo de ministro plenipotenciario de República Dominicana ante el gobierno de Venezuela, al tiempo de exponer sus firmes preceptos nacionalistas y revolucionarios en relación con el destino político de la nación dominicana; y,
- 4) La que en 1865 remitió al poeta Félix María del Monte.

De acuerdo con Duarte, la política exterior del gobierno provisorio había tomado un sesgo antinacional que tendría consecuencias lesivas para el interés colectivo, porque había devenido genuflexa ante cierta metrópolis de vocación imperialista cuyo principal interés era mantener subordinado al pueblo dominicano bajo un esquema de “dominación sin hegemonía”,<sup>3</sup> que bien pudo haber implicado una de estas tres modalidades:

- a) La anexión del país a una potencia en condición de provincia ultramarina;

---

3. Para una definición del concepto “dominación sin hegemonía”, de origen gramsciano, ver Ranahi Guha, *La historia en el término de la historia universal*, Barcelona: Crítica, 2003, al igual que su obra *Dominance without Hegemony*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1997.

- b) Un protectorado político económico a cambio de la concesión de derechos de explotación de diversos recursos naturales;
- c) El arrendamiento de una parte del territorio insular, como, por ejemplo, la bahía de Samaná, donde, entre otras cosas, se pretendía instalar una estación carbonera y una base naval.

La doctrina liberal preconizada por Duarte planteaba que, lejos de contribuir a preservar la soberanía nacional, las modalidades precedentes más bien constituían una seria amenaza para la supervivencia de la nación dominicana como entidad independiente, razón por la que era menester oponerse a ese tipo de componenda ya que la nación dominicana, según el credo duartiano, no debía ni podía ser “jamás parte integrante de ninguna otra potencia, ni el patrimonio de familia ni persona alguna propia, ni mucho menos extraña”.<sup>4</sup>

## Formación política

Gran parte de la formación académica e intelectual de Juan Pablo Duarte fue de carácter particular. La instrucción primaria la recibió en el hogar y luego en una escuela particular de la época que dirigía el profesor Manuel Aybar. Ya adolescente recibió instrucción privada, lo mismo en idiomas

---

4. Ver Art. 18 del Proyecto de Ley Fundamental en Emilio Rodríguez Demorizi, *En torno a Duarte*, Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 1976, Vol. XLII, p. 62.

que en Filosofía, Derecho Romano y otras disciplinas sociales, a cargo de reconocidos profesores e intelectuales de la talla de Augusto Brouard, Mr. Groot, Manuel María Valencia y, muy en especial, del doctor Juan Vicente Moscoso, quien fuera rector de la Universidad de Santo Domingo, que fue clausurada por los haitianos a poco de comenzar el período llamado Dominación Haitiana.

El doctor Moscoso, eminente hombre de ciencias y del pensamiento a quien Félix María del Monte llamó “el Sócrates dominicano”, fue deportado por el Gobierno haitiano en 1830. Siete años después arribó a Santo Domingo el sacerdote de origen peruano Gaspar Hernández, quien no tardó en formar un discipulado con un selecto grupo de jóvenes entre los que figuraban Juan Pablo Duarte y sus amigos más cercanos, con quienes, a despecho de profesar ideas políticas opuestas a las de los nacionalistas, el prelado cultivó estrechas relaciones de amistad y afectos. Bajo las sabias orientaciones del padre Gaspar Hernández en los claustros de Regina Angelorum, los futuros trinitarios estudiaron y debatieron sobre tópicos tan fundamentales como “los derechos imprescriptibles del hombre, sobre el origen del poder en las sociedades, sobre las formas de Gobierno, sobre la índole de las constituciones, sobre el sufragio de los pueblos, sobre el principio legítimo de la autoridad, [y] sobre la soberanía de la razón...”<sup>5</sup>

---

5. Cfr. Félix María del Monte, “Reflexiones históricas de Santo Domingo”, inestimable ensayo escrito por el poeta trinitario en 1852 y reproducido en Alcides García Lluberes, *Duarte y otros temas*, Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 1971, Vol XXVIII, pp. 93-114.

Conscientes de que en Santo Domingo no había posibilidad de que Duarte cursara estudios superiores, sus padres decidieron enviarlo a estudiar a Europa. Para tales fines aprovecharon que un amigo de la familia, el comerciante Pablo Pujols, de ascendencia catalana, se disponía viajar a España en gestiones de negocios y confiaron al joven Duarte a su cuidado.

Duarte era apenas un mozalbete de 16 años, pero a esa edad temprana debió tener referencias de que en la América hispánica se habían proclamado independientes los siguientes pueblos: Haití, 1804; Paraguay, Venezuela, Ecuador, 1811; Colombia, 1813; Argentina, 1816; Chile, 1818; Perú, México y Santo Domingo, 1821; Confederación Centroamericana (que luego se escindió en El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica) en 1825; Brasil, 1822 y Bolivia, en 1825. Su padre, Juan José Duarte, se había negado a firmar un documento que en 1822 el presidente Jean Pierre Boyer hizo circular entre los dominicanos para que admitieran que formaban parte del régimen haitiano de manera voluntaria.

Algunos historiadores difieren en cuanto respecta a los años en que Duarte viajó al extranjero y regresó al país. Es más, también hay autores, escasos, pero los hay, que han puesto en tela de juicio el hecho de que Duarte realizara estudios superiores durante su estada en Barcelona. Todo parece indicar, de acuerdo con datos recientemente aportados por Leonor de Ayala G. Duarte (ciudadana catalana, sobrina tataranieta del Fundador de la República, hija del venezolano Crispín de Ayala Duarte), que el patricio zarpó del puerto de Santo Domingo el 1° de julio de 1829 con destino al denominado Viejo Mundo

—vía Estados Unidos— a bordo del bergantín “George Washington”, de matrícula norteamericana, siendo el primer punto de escala Providence, del estado de Rhode Island.

El 26 de agosto Duarte llegó al puerto de South Hampton, Inglaterra, procedente de Nueva York, en el barco “Saint James Kent”. Al cabo de varios días embarcó hacia París, en calidad de comerciante de Santo Domingo (según consta en el registro de pasajeros del barco), y desde esta ciudad, junto con sus demás acompañantes, continuó la travesía hasta España, específicamente Barcelona, adonde arribó el 1° de octubre de 1829. Residió en esa ciudad catalana por espacio de casi dos años y puede afirmarse que allí fue donde terminó de conformar el corpus doctrinal liberal que sirvió de fundamento para su proyecto revolucionario en beneficio del pueblo dominicano.

Respecto de la experiencia acumulada en Europa durante el período 1829-1832, su amigo y compañero en La Trinitaria y en La Filantrópica, el poeta Félix María del Monte, escribió en 1852 que durante ese viaje Duarte

*miró funcionar de cerca cada una de las ruedas de la máquina política de tres estados esencialmente distintos. En Inglaterra observó cuánto influye en su manera de ser política y social la combinación estupenda de aquellas instituciones especiales del gran pueblo...*

*Asistió a las célebres sesiones del Parlamento donde recordó al Senado Romano... asistió a las sesiones criminales y experimentó más de una vez el júbilo de ver con asombro aquel jurado que vanamente ensayaron trasplantar otras naciones...*

Posteriormente se trasladó a Francia en donde apreció el eclecticismo social de ese pueblo.

*la ligereza de carácter, la sed de aventuras, el puntillo del honor rayando en susceptibilidad, la idolatría por la igualdad, que constituye la primera ambición gálica, aquella ansia de gloria militar que hace del francés un sonámbulo capaz de dormir en las cadenas de la opresión si se le decora de laureles el reducido lecho.*

Finalmente, en España, vio una “nación sin unidad de idioma, de usos, costumbres y legislación: aquella desmembración histórica malamente incrustada a un todo más bien que reconstruida por la política, posee únicamente un punto de asimilación...”<sup>6</sup>

A pesar de esos contrastes, fue en España, sobre todo en Barcelona, adonde al decir de Leonor de Ayala llegó “en mal momento”, debido a que Fernando VII recién acababa de restablecer el régimen absolutista y el país vivía bajo el período luego conocido como la Década Ominosa (1823-1833), que Duarte se convenció plenamente de la necesidad de coadyuvar a la liberación de su pueblo. El Viejo Continente, entonces, lo mismo que Estados Unidos de América, experimentaba extraordinarias transformaciones sociales. En España, por ejemplo, entre 1815 y 1848, se produjeron incesantes conflictos políticos escenificados por los defensores del antiguo régimen absolutista y por aquellos que luchaban por implantar la ideología liberal y

---

6. García Lluberes, *Duarte...*, pp. 110-111.

el sistema económico de libre competencia por el que propugnaban las burguesías emergentes. Allí se luchó contra la ocupación francesa; se abogó por la independencia del suelo español al amparo de una ideología renovadora que albergaba nuevas energías nacionales, inspirada en el romanticismo literario que enfrentó a sectores que posteriormente no resultarían desconocidos para Duarte en el caso de la parte española de la isla de Santo Domingo: conservadores que preferían mantener las cosas tal y como estaban; tradicionalistas y reformistas que preconizaban por una que otra reestructuración del sistema, pero, en esencia, sin introducir cambios sustanciales que beneficiaran al colectivo y, finalmente, la clase de los liberales nacionalistas, a la que pertenecían él y sus compañeros de ideales, quienes postulaban el principio de la pura y simple independencia.

Es evidente que Duarte, en España, asimiló el legado de las luchas políticas progresistas que abogaban por la soberanía nacional desde los tiempos de la ocupación francesa de la península. Asimismo, el futuro fundador de República Dominicana pudo entonces constatar la influencia que tuvo la Constitución de Cádiz de 1812 en esas generaciones de españoles. Comprobó también la eficacia de la masonería como artífice de los movimientos revolucionarios que presenció, al igual que un conjunto de sociedades patrióticas que luchaban por implantar, en contraposición al decadente estado absolutista, un liberalismo económico y un romanticismo espiritual cuyo ámbito de acción fueron Madrid y Barcelona, especialmente esta última, que fue “centro de la vorágine liberal, y foco del único núcleo burgués importante de España”.

Durante ese período de efervescencia revolucionaria, Duarte también presenció la gestación del llamado Partido Carlista, aunque fue después de la muerte de Fernando VII, en 1833, cuando se produjo el alzamiento de su hermano Carlos de Borbón, quien se oponía a la regencia de María Cristina de Borbón (madre de la niña Isabel II, heredera del trono), y ya para esa época Juan Pablo Duarte había regresado a su país.

En adición a esas vivencias que le permitieron ser testigo presencial de trascendentales cambios sociales, nuestro patriota también aprovechó su estada en Barcelona para continuar perfeccionando sus conocimientos y, sobre todo, fortaleciendo sus convicciones revolucionarias. El historiador nacional José Gabriel García consignó que en el transcurso de su estadía en “aquel foco de ilustración y de trabajo” que fue Barcelona, Duarte

*aprendió la lengua latina con la misma perfección que su propio idioma; dio con marcado provecho un curso completo de filosofía; estudió con fruto las matemáticas puras y mixtas; y en punto a humanidades adquirió conocimientos bastantes para figurar como literato en cualquier parte, sin contar con el aprendizaje de otras materias de mero adorno que le dieron toda la fisonomía de la cultura de un cumplido caballero.<sup>7</sup>*

---

7. José Gabriel García, *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*, Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 1971, Vol. XXIX, p. 239.

El historiador García no indica la institución académica en la que Duarte realizó sus estudios, pero de acuerdo con investigaciones realizadas por Leonor de Ayala Duarte, en la Barcelona de 1829 había varios institutos docentes así como escuelas particulares y colegios privados, y parece verosímil la hipótesis de esta autora respecto a que Duarte pudo haber asistido al Seminario Conciliar, entidad que no sólo “suplía a la Universidad de Barcelona”, sino que además en esa época era el único centro de estudios superiores que admitía laicos e impartía las asignaturas que cursó el futuro fundador de República Dominicana durante su permanencia en Barcelona.<sup>8</sup>

## Las cartas de Duarte

Ya sabemos que Duarte regresó al país hacia mediados de 1832, pues a partir del siguiente año su firma aparece en varias actas civiles en calidad de testigo en Santo Domingo. Otro dato fidedigno es que desde 1833 Duarte inicia sus actividades revolucionarias y se dispone a estructurar un partido político con el fin de lograr la separación definitiva de las comunidades dominicana y haitiana. Su objetivo queda claramente expuesto desde su arribo al puerto de Santo Domingo, según se infiere de la respuesta que dio al doctor Manuel María Valverde, un amigo de la familia, cuando éste le preguntó por lo que más había concitado su atención durante sus viajes: “los

---

8. Leonor de Ayala G. Duarte, *Juan Pablo Duarte y Díez, Fundador de la República Dominicana. Datos inéditos para la historia de Europa y América (páginas nuevas para la Historia de España con un manuscrito irlandés)*, Barcelona: Edicions Marré, 2007.

fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero demos nosotros un día a nuestra Patria”.<sup>9</sup>

Se ha dicho y escrito que el nacionalismo, en tanto que teoría o doctrina política, define los conceptos de “pueblo” y “nación”, y a los conglomerados sociales que los conforman les atribuye un derecho natural a la auto emancipación y auto gobernación; es decir, que las comunidades que habitan esos pueblos o naciones tienen pleno derecho para establecer, por sus propios recursos y potencialidades, un Estado-nación soberano e independiente basado en un sistema político que, a diferencia del absolutismo –que se sustenta en la monarquía–, es de naturaleza democrática y se fundamenta principalmente en el gobierno de tipo republicano. Duarte y sus compañeros trinitarios concibieron su proyecto revolucionario inspirados en el modelo de la democracia representativa, expresión política del sistema capitalista entonces en pleno auge. Su principal objetivo, por tanto, era proporcionarles a los dominicanos un Estado-nación independiente de toda dominación extranjera. Hacia esos propósitos orientaron todos sus esfuerzos, enfrentando no sólo a los gobernantes haitianos que insistían en la cuestión de la indivisibilidad de la isla, sino también al grupo de conservadores criollos que nunca creyó en la capacidad del pueblo dominicano para proclamarse independiente y mantenerse libre de toda injerencia foránea.

El 4 de febrero de 1844, mientras se encontraba en Curaçao en medio de los aprestos revolucionarios para liberar a su

---

9. *Diario de Rosa Duarte*, p. 42.

patria, Duarte le escribe una carta a su madre y hermanos que será memorable por el alto grado de sacrificio material y espiritual que la misma significó para toda su familia con tal de que la revolución concluyera exitosamente. El texto de esa misiva, según Emilio Rodríguez Demorizi, fue vaciado en bronce en el pedestal de la estatua del Patricio en la Plaza Duarte, en Santo Domingo. Dice así:

*El único medio que encuentro para reunirme con Uds., es independizar la Patria; para conseguirlo se necesitan recursos, recursos supremos, y cuyos recursos son, que Uds., de mancomún conmigo y nuestro hermano Vicente, ofrendemos en aras de la Patria lo que a costa del amor y trabajo de nuestro padre hemos heredado. Independizada la Patria puedo hacerme cargo del almacén, y a más, heredero del ilimitado crédito de nuestro padre, y de sus conocimientos en el ramo de Marina, nuestros negocios mejorarán y no tendremos por qué arrepentirnos de habernos mostrado dignos hijos de la Patria.*

En el párrafo recién transcrito resaltan diversos valores cívicos: primero, el fervor de Duarte por su familia y por su Patria, que se halla involuntariamente sometida al dominio haitiano. El Patricio está en el exilio desde hace un año; ha realizado gestiones infructuosas en Caracas con el fin de obtener recursos financieros y armamentos para llevar a cabo su proyecto liberador y, como no los ha conseguido, apela a la sensibilidad y solidaridad de su madre viuda, y de sus hermanos, para que con la venta de algunas propiedades de la familia se obtengan recursos económicos con los cuales

contribuir al financiamiento de la revolución. Segundo, el sentido de la responsabilidad social: no importa cuánto sacrifique la familia en términos materiales, pues tan pronto la Patria sea libre, él se incorporará al negocio familiar, optimista y consciente de que dentro de una atmósfera de libertades públicas y de autogobierno la quincallería heredada de su padre devendrá en un comercio próspero. (Observe el lector que en ningún momento Duarte manifiesta el propósito de que una vez liberada la patria, el gobierno le retribuya cuanto haya aportado su familia, sino que asegura que se dedicará a recuperar esos recursos en el marco del negocio privado de su familia). Tercero, y tal vez el valor cívico más importante, que al hacer la contribución solicitada para la causa de la revolución, la familia Duarte-Díez cumplía con un deber ciudadano y patriótico del que jamás tendría que arrepentirse.

El 27 de febrero de 1844 nació República Dominicana. Duarte, como se sabe, regresó al país el 15 de marzo y de inmediato ofreció sus servicios a la Junta Central Gubernativa interesado en luchar como militar activo por la defensa de la República, ya amenazada por una imponente invasión haitiana que comandaba en persona el presidente de ese país, Charles Hérard. Sin embargo, además del diferendo bélico dominico-haitiano, afloró otro problema de consecuencias mucho más nefastas para la estabilidad del naciente Estado: las pugnas intergrupales, caudillistas, entre liberales y conservadores por el control del poder político que dieron al traste con el partido trinitario.

Los trinitarios tuvieron que enfrentarse al sector conservador y llevar la lucha al plano del enfrentamiento fratricida. Al

cabo de poco tiempo, en el mes de septiembre y tras sucumbir ante el poderío militar y económico de los proteccionistas y anexionistas, los revolucionarios se vieron precisados a tomar el camino del ostracismo, acusados nada menos que de traidores a la Patria. Emiliano Tejera, al recordar esos tristes episodios escribió:

*Cinco meses antes eran Libertadores de la Patria; aún no hacía veinte días, un puñado de patriotas; y ahora, sin haber faltado a ley alguna, enemigos de la nacionalidad, reos de lesa nación, criminales dignos de muerte.*<sup>10</sup>

Dos decenios después, tras un prolongado exilio durante el cual hasta sus hermanas perdieron su rastro y llegaron incluso a suponerlo muerto, Duarte reaparece. Al enterarse de que la República Dominicana había sido aniquilada y anexionada a España, decide regresar al país. En agosto del año 1862 el Patriotico escribe:

*Los sufrimientos de mis hermanos me eran sumamente sensibles, pero más doloroso me era ver que el fruto de tantos sacrificios, tantos sufrimientos, era la pérdida de la independencia de esa Patria tan cara a mi corazón, y en lugar de aceptar la opulencia que nos degradaba acepté con júbilo la amarga decepción que sabía me aguardaba el día que no se creyeran útiles ni necesarios a particulares mis cortos servicios.*

---

10. Cfr. Emiliano Tejera, *Monumento a Duarte. Junta Central Directiva (Exposición al Honorable Congreso Nacional, solicitando permiso para la erección de la estatua al ilustre patriotico)*. Santo Domingo, Imprenta García Hnos., 1894.

Así, emprende la travesía de regreso a la Patria acompañado por varios compañeros de ideales, entre los que se encuentra el poeta Manuel Rodríguez Objío, que funge como su secretario particular. Tan pronto pisan tierra dominicana, desde Guayubín, en fecha 28 de marzo de 1864, Duarte le escribe una comunicación a los miembros del Gobierno Provisorio de la Restauración y les dice:

*Señores Individuos del Gobierno Provisorio*

*En Santiago.*

*Arrojado de mi suelo natal por ese bando parricida que empezando por proscribir a perpetuidad a los fundadores de la República ha concluido por vender al extranjero la Patria, cuya independencia jurara defender a todo trance; he arrostrado durante veinte años la vida nómada del proscrito, sin que la Providencia tuviese a bien realizar la esperanza, que siempre se albergó en mi alma, de volver un día al seno de mis conciudadanos y consagrar a la defensa de sus derechos políticos cuanto aún me restase de fuerza y vida.*

*Pero sonó la hora de la gran traición en que el Iscariote creyó consumada su obra, y sonó también para mí la hora de la vuelta a la Patria: el Señor allanó mis caminos y a pesar de cuantas dificultades y riesgos se presentaron en mi marcha, heme al fin, con cuatro compañeros más, en este heroico pueblo de Guayubín dispuesto a correr con vosotros, y del modo que tengáis a bien, todos los azares y vicisitudes que Dios tenga aún reservados a la grande obra de la Restauración Dominicana que con tanto denuedo como honra y gloria habéis emprendido. Creo, no sin fundamento, que*

*el Gobierno Provisorio no dejará de apreciar luego que me comunique con él personalmente lo que he podido hacer en obsequio del triunfo de nuestra justa causa, y espero de su alta sabiduría que sacará de ello importantes y positivos resultados.<sup>11</sup>*

La noticia de que el principal fundador de la República había retornado con el propósito de participar en la guerra restauradora, luchando por el rescate de la soberanía nacional, al parecer no fue del agrado de ciertos caudillos del Gobierno Provisorio que juzgaron más conveniente para la causa redentora que el Patricio volviera a Caracas en misión diplomática y así se lo comunicaron por conducto del vicepresidente Ulises Francisco Espaillat. La primera reacción del Patricio fue rechazar la propuesta, toda vez que había vuelto a la Patria para luchar por su independencia, sin embargo, tras enterarse de un comentario avieso publicado en un periódico de La Habana según el cual su presencia en Santo Domingo era causa de desavenencias entre algunos líderes restauradores, Duarte optó por aceptar la misión diplomática que se le había encomendado en Venezuela. Su decisión aparece expuesta en la comunicación, del 15 de abril de 1864, que desde Santiago (en donde entre otras cosas había visitado a su compañero trinitario Ramón Matías Mella en su lecho de enfermo), dirigió al Gobierno Provisorio, en la persona del vicepresidente Ulises Espaillat, y en la que se expresó en estos términos:

---

11. *Apuntes de Rosa Duarte...*, pp. 226-227.

*El deseo de participar de los riesgos y peligros que arrostran en los campos de batalla los que con las armas en la mano sostienen con tanta gloria los derechos sacrosantos de nuestra querida Patria y la falta de salud que experimentaba al recibir la nota fecha 14 del que cursa por la cual se me ordenaba alistarme para emprender viaje a Ultramar me compelieron con harto sentimiento a renunciar al alto honor que se me dispensaba en la importante misión que se trató de encomendarme; pero al ver el modo de expresarse con respecto a mi vuelta al país el Diario de la Marina se han modificado completamente mis ideas y estoy dispuesto a recibir vuestras órdenes si aún me juzgareis aparente para la consabida comisión, pues si he vuelto a mi Patria después de tantos años de ausencia ha sido para servirla con alma, vida y corazón, siendo cual siempre fui motivo de amor entre todos los verdaderos dominicanos y jamás piedra del escándalo, ni manzana de la discordia. No tomo esta resolución porque tema que el falaz articulista logre el objeto de desunirnos, pues hartas pruebas de estimación y aprecio me han dado y están dando el Gobierno y cuantos jefes y oficiales he tenido la dicha de conocer, sino porque nos es necesario parar con tiempo los golpes que pueda dirigirnos el enemigo y neutralizar sus efectos.<sup>12</sup>*

En agosto de 1864 Duarte llegó a Caracas para desempeñar una misión diplomática ante el gobierno de Venezuela; sin embargo, en cierto sentido, esa nueva ausencia del país equivalía

---

12. *Ibid.*, p. 231.

a una suerte de tercer y último exilio para el fundador de la República, ya que el destino no le depararía otra oportunidad para regresar a su Patria tan querida. Desempeñó sus funciones de ministro confidencial del Gobierno Restaurador hasta finales de marzo de 1865 cuando, a raíz del derrocamiento y posterior asesinato del presidente Pepillo Salcedo, el Patricio consideró necesario que el presidente sucesor, general Gaspar Polanco, ratificara el nombramiento que se le había expedido bajo la anterior administración. En virtud de que la referida ratificación no se produjo, Duarte dio por finalizada la misión diplomática que desempeñaba en Venezuela y escribió la célebre carta del 7 de marzo de 1865, dirigida al ministro de Relaciones Exteriores, Teodoro Stanley Heneken, en la que a un tiempo expuso las causas de su dimisión y formuló interesantes reflexiones acerca de la política internacional de la época.

Como podrá constatar el lector, en esa misiva, que debería estar grabada con letras de oro sobre el arco triunfal de la Puerta del Conde, Duarte revela que fue un nacionalista y un patriota en todo el sentido de la palabra. Su formación política, hasta prueba de lo contrario, fue la más avanzada de su época. No tuvo excepciones ni preferencias políticas, salvo la independencia pura y simple. Y cuando se rumoreó que Estados Unidos se disponía a aplicar en la región del Caribe la Doctrina Monroe (fundamento teórico de la expansión territorial norteamericana con fines de establecer nuevos esquemas de “dominación sin hegemonía”), advirtiendo a las potencias europeas que no permitirían injerencias en la región, al tiempo que gestionaban con un grupo de entreguistas nativos el arrendamiento de la bahía de

Samaná o la incorporación del país a la Unión Norteamericana, el Patricio reafirmó su férreo principio nacionalista destacando que siempre se opondría a la anexión de República Dominicana no sólo a esa poderosa nación del Norte, sino a cualquier otra potencia de la tierra. Parte esencial de esa carta es como sigue:

*... En Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera, y una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra esta ley, contra el querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos adueñarse de la situación y hacer aparecer al pueblo dominicano de un modo distinto de como es en realidad; esa fracción —o mejor diremos esa facción— ha sido, es y será siempre todo menos dominicana; así se la ve en nuestra historia, representante de todas nuestras revoluciones: y si no, véase ministeriales en tiempos de Boyer, y luego rivieristas, y aún no había sido el 27 de febrero cuando se le vio proteccionistas franceses, y más tarde anexionistas americanos y después españoles y hoy mismo ya pretenden ponerse al abrigo de la vindicta pública con otra nueva anexión, mintiendo así a todas las naciones la fe política que no tienen, ¡y esto en nombre de la Patria! Ellos no tienen ni merecen otra patria sino el fango de su miserable abyección. Ahora bien, si me pronuncié dominicano independiente, desde el 16 de julio de 1838, cuando los nombres de Patria, Libertad y Honor Nacional se hallaban proscritos como palabras infames, y por él merecí (en el año 43) ser perseguido a muerte por esa facción entonces haitiana y por Riviere que*

*la protegía, y a quien engañaron; si después del año 44 me pronuncié contra el protectorado francés decidido por esos facciosos y cesión a esta potencia de la península de Samaná, mereciendo por ello todos los males que sobre mí han llovido; si después de veinte años de ausencia he vuelto espontáneamente a mi Patria a protestar con las armas en las manos contra la anexión a España llevada a cabo a despecho del voto nacional por la superchería de ese bando traidor y parricida, no es de esperarse que yo deje de protestar (y conmigo todo buen dominicano) cual protesto y protestaré siempre, no digo tan sólo contra la anexión de mi Patria a los Estados Unidos, sino a cualquiera otra potencia de la tierra, y al mismo tiempo contra cualquier tratado que tienda a menoscabar en lo más mínimo nuestra independencia nacional y cercenar nuestro territorio o cualquiera de los derechos del pueblo dominicano.*

*Otrosí y concluyo: visto el sesgo que por una parte toma la política franco-española y por otra la anglo-americana y la importancia que en sí posee nuestra isla para el desarrollo de los planes ulteriores de todas Cuatro Potencias, no deberemos extrañar que un día se vean en ella peleando por lo que no es suyo. Entonces podrá haber necios que por imprevisión o cobardía, ambición o perversidad correrán a ocultar su ignominia a la sombra de esta o aquella extraña bandera o como llegado el caso no habrá un solo dominicano, que pueda decir yo soy neutral si no que tendrá cada uno que pronunciarse contra o por la Patria, es bien que yo os diga desde ahora, (más que sea repitiéndome) que por desesperada que sea, la*

*causa de mi Patria será la causa del honor y que siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre.*

Dos meses después de que se produjera la evacuación del territorio nacional por parte de las tropas españolas, y la soberanía nacional fuera restablecida en toda su magnitud, Duarte le responde una carta a su amigo y viejo compañero en los afanes independentistas el poeta Félix María del Monte,<sup>13</sup> en la que entre otras cosas le confiesa:

*Tienes razón y mucha, en aconsejarme, cual lo haces, diciéndome: consérvate bueno, conserva tu cabeza, y tu corazón; tienes razón, repito, porque nunca me fue tan necesario como hoy el tener salud, corazón y juicio; hoy que hombres sin juicio y sin corazón conspiran contra la salud de la Patria. Contristan el corazón del bueno y pretenden trastornar el juicio del pueblo, con sus planes proditorios y liberticidas... Procuraré conservarme bueno, conservaré mi corazón y mi cabeza, sí, mi buen amigo, así lo aconsejan mis amigos, así lo exige el honor, así lo quiero yo, porque pienso que Dios ha de concederme bastante fortaleza para no descender a la tumba sin dejar a mi Patria libre, independiente y triunfante.*

---

13. Cuando los restos mortales de Juan Pablo Duarte fueron trasladados a Santo Domingo, el 27 de febrero de 1884 e inhumados en la Capilla de los Inmortales, de la Catedral Primada de América, el poeta Félix María del Monte pronunció un discurso desde el balcón de la Casa Consistorial, en el que refiriéndose a los estrechos lazos de amistad fraterna que lo unieron al líder trinitario afirmó: "Conocí demasiado a ese adalid de la libertad dominicana. Fue uno de mis más íntimos amigos; mi condiscípulo, mi compañero en La Trinitaria, en la Sociedad Filantrópica; en el hecho de armas de la plaza de la Catedral el 24 de marzo del 43; y no en la Puerta del Conde, porque aún no había regresado de su primera expatriación". Cfr. Julio Jaime Julia, *Antología de la prosa duartista*, Santo Domingo: Imprenta del Caribe, C. por A., 1976, p. 155.

*...Los providencialistas son los que salvarán la Patria del infierno a que la tienen condenada los ateos, cosmopolitas, orcopolitas (allá va esa expresión aventurada queriendo significar ciudadanos del infierno).<sup>14</sup>*

*Todo es providencial y el crimen no prescribe ni queda jamás impune. Un 12 de julio, el del 43, entró Riviére en Santo Domingo y los buenos patricios fueron encarcelados o perseguidos hasta el destierro por haber querido salvar a su Patria, y el 12 de julio del año entrante entró el orcopolita Santan y los patriotas fueron o encarcelados o lanzados a un destierro perpetuo por haber logrado salvar la Patria y no haber querido vender al extranjero...*

*Los enemigos de la Patria, por consiguiente nuestros, están todos muy acordes en estas ideas, destruir la nacionalidad aunque para ello sea preciso aniquilar a la nación entera y cerrarnos las puertas de la Patria...<sup>15</sup>*

## A manera de conclusión

No cabe duda de que en los fragmentos de las cartas que anteceden afloran las más puras ideas del pensamiento político de Juan Pablo Duarte; pensamiento esencialmente nacionalista y patriótico, que le sirvió de sustento ideológico para su redentora labor revolucionaria en beneficio del pueblo dominicano. A continuación esbozo algunos motivos por los cuales el general

---

14. Duarte acuñó ese neologismo: orcopolita, para significar, como indicó, “ciudadano del infierno”. Así llamaba al general Santana, “el orcopolita Santana”, cuyo apellido también escribía “Santan”, asociándolo al de Satanás.

15. *Apuntes...*, pp. 268-272.

Juan Pablo Duarte merece ser reverenciado como el más ilustre patricio de la nación dominicana:

Fue el principal inspirador político e ideológico de la revolución que puso fin a la dominación haitiana, propiciando así el surgimiento de un Estado democrático con el nombre de República Dominicana;

Fue, además, un hombre de praxis. Sus ideas políticas siempre estuvieron respaldadas por acciones concretas dirigidas a un propósito de bien colectivo. En otras palabras, supo vertebrar de manera armoniosa la teoría política con la práctica revolucionaria; demostró poseer excelentes cualidades de planificador y organizador, aunque en este aspecto sus opositores impidieron que desarrollara plenamente su potencial creativo, y fue un revolucionario intransigente, cuya trayectoria de lucha siempre propendió hacia la conquista y conservación de la soberanía nacional pura y simple, sin posiciones intermedias.

Legó a la posteridad unos escasos escritos (pues casi todos sus papeles tuvieron que ser destruidos cuando en 1843 fue perseguido por los haitianos) a través de los cuales se evidencian diáfananamente la solidez y contundencia de sus concepciones político-ideológicas gracias a las cuales estructuró lo que suele denominarse como el pensamiento político de Duarte.

Aun cuando no descolló como escritor, ni dejó, como Martí, una amplia obra a través de la cual juzgarlo en la plenitud de su ideario político, sus escasos escritos retratan un revolucionario cabal, un intelectual preocupado por su pueblo y un verdadero humanista.

Puso su depurada erudición al servicio del bien y de las mayorías. José Martí lo llamó “noble Juan Pablo Duarte” y el general Máximo Gómez lo consideró una “gloria antillana”. Los dominicanos debemos gratitud imperecedera al principal padre de la Patria, porque gracias a su incansable apostolado revolucionario, a sus principios éticos y morales, a su vocación democrática y a su indiscutible patriotismo, puestos de relieve en las cartas citadas en el presente trabajo, hacia mediados del siglo XIX, cuando muchos de nuestros ancestros lo juzgaban una utopía, América recibió un nuevo Estado libre e independiente de toda dominación extranjera que Juan Pablo Duarte bautizó con el nombre de República Dominicana.

## Bibliografía

- Ayala G. Duarte, Leonor de, *Juan Pablo Duarte y Díez, Fundador de la República Dominicana. Datos inéditos para la historia de Europa y América (páginas nuevas para la Historia de España con un manuscrito irlandés)*, Barcelona, España: Edicions Marré, 2007.
- Avelino, Francisco Antonio, *Las ideas políticas en Santo Domingo*. Santo Domingo, R. D.: Editorial Arte y Cine, C. por A., 1966.
- Balcácer, Juan Daniel, *El pensamiento político de Juan Pablo Duarte*. Santo Domingo, Cátedra Abierta Juan Pablo Duarte, Universidad Católica Santo Domingo, 1993.
- Balcácer, Juan Daniel y Manuel García Arévalo, *La independencia dominicana*. Madrid: Editorial Mapfre, Colección Independencias de Iberoamérica, 1992.

- Borja, Rodrigo, *Enciclopedia de la política*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998. Primera reimpresión.
- Eccleshall, Robert et al, *Ideologías políticas. Una introducción*. Madrid: Editorial Tecnos, segunda edición, 1999,
- Del Monte, Félix María, “Reflexiones históricas de Santo Domingo”, Santo Domingo, 1852, reproducido en Alcides García Lluberes, *Duarte y otros temas*, Santo Domingo, R.D.: Academia Dominicana de la Historia, Vol xxviii, 1971.
- Duarte, Rosa, *Apuntes para la historia de la Isla de Santo Domingo y para la biografía del general dominicano Juan Pablo Duarte y Díez*, Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. Larrazábal Blanco y V. Alfau Durán. Santo Domingo, R. D.: Instituto Duartiano, Vol. I, 1970.
- Emiliano Tejera, *Antología*, compilación de Manuel Arturo Peña Batlle, Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R. D.): Librería Dominicana, Colección Pensamiento Dominicano, 1951.
- García, José Gabriel, *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*, Santo Domingo, R.D.: Academia Dominicana de la Historia, Vol. XXIX, 1971.
- Guha, Ranahi, *La historia en el término de la historia universal*, Barcelona: Crítica, 2003.
- \_\_\_\_\_. *Dominance without Hegemony*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1997.
- Hobsbawm, Eric, *La era de la revolución, 1789-1848*. Barcelona: Crítica, Grijalbo Mondadori, 1997.
- Julia, Julio Jaime, *Antología de la prosa duartista*, Santo Domingo, R. D.: Imprenta del Caribe, C. por A., 1976.

Pérez Memén, Fernando, *El pensamiento dominicano en la Primera República (1844-1861)*. Santo Domingo, R. D.: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1993.

Rodríguez Demorizi, Emilio, *En torno a Duarte*, Santo Domingo, R.D.: Academia Dominicana de la Historia, Vol. XLII, 1976.

Vicens Vives, J., *Historia de España y América social y económica. Los siglos XIX y XX. América independiente*, Vol. V, Barcelona: Vicens-Vives, 1972.

Vilar, Pierre, *Historia de España*. Barcelona: Crítica, 1978.





Duarte  
y la Independencia plena

José Chez Checo



Sin lugar a dudas, Juan Pablo Duarte ha sido el dominicano más excelso que ha nacido en lo que hoy es República Dominicana. Fue un visionario, un gran estratega, y un humanista cuyo gran valor esencial fue confiar en que los dominicanos eran capaces de constituirse en un estado libre, soberano e independiente, contrario a muchos otros que pregonaban que eso no era posible y que, por tanto, el país debía cobijarse bajo la sombra, ya en forma de protectorado ya de anexión, de países como Francia, España, Inglaterra o Estados Unidos.<sup>1</sup>

## Duarte y el liberalismo

La concepción primigenia duartiana acerca de la independencia nacional estuvo influida desde el principio por las concepciones del liberalismo, conocimiento que adquirió durante su estancia en Europa, específicamente en Barcelona.<sup>2</sup>

---

1. Sobre esa problemática, véase a Vega B. Wenceslao, *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Santo Domingo, R. D.: Archivo General de la Nación. Vol. CXXXIX, 2011, pp. 33-47.

2. Para una mayor comprensión de esta temática, véase a Balcácer, Juan Daniel, “Duarte y el pensamiento liberal dominicano”, en *Retrospectiva y perspectiva del pensamiento político dominicano*, Santo Domingo, R. D.: Dirección de Información, Prensa y Publicidad de la Presidencia, 2009, pp. 141-148.

El prócer llegó a esa ciudad probablemente en 1829 en el momento histórico cuando se avecinaba la guerra civil entre liberales y absolutistas y, según el historiador José Gabriel García, fue durante su estadía en esa ciudad que Duarte halló un “vasto campo para inspirarse en las doctrinas liberales que sirvieron de origen a la forma de Gobierno del Estatuto Real de 1834”,<sup>3</sup> así como palpar los efectos que había tenido la Constitución de Cádiz.<sup>4</sup>

Hay suficientes motivos para creer que el liberalismo fue la doctrina política que más inspiró el pensamiento y el proyecto político de Duarte. Esta doctrina planteaba en lo político un sistema que promovía ampliamente las libertades civiles, se oponía a cualquier forma de opresión, tiranía o despotismo, y orgánicamente proponía una organización del Estado basada en lo republicano y en la democracia representativa.

En el artículo 6 del Proyecto de Constitución o Ley Fundamental redactado entre marzo y julio de 1844 por el Patricio y que se encuentra en los *Apuntes de Rosa Duarte*, se nota la influencia de las doctrinas liberales más avanzadas de la época. En él se lee lo siguiente:

*Siendo la independencia nacional la fuente y garantías de las libertades patrias, la Ley Suprema del pueblo dominicano es y será siempre su existencia política*

---

3. García, José Gabriel, *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*, Santo Domingo, R. D.: Editora El Caribe, 1971, p. 239.

4. Balcácer, *Retrospectiva...*, p. 144.

*como nación libre e independiente de toda dominación, protectorado, intervención e influencia extranjera, cual la concibieron los fundadores de nuestra asociación política al decir (el 16 de julio de 1838) Dios, Patria y Libertad, República Dominicana, y fue proclamada el 27 de febrero de 1844, siendo, desde luego, así entendida por todos los pueblos, cuyos pronunciamientos confirmamos y ratificamos hoy; declarando además que todo gobernante o gobernado que la contrarie, de cualquier modo que sea, se coloca ipso facto y por sí mismo fuera de la ley.*<sup>5</sup>

La más pura concepción del liberalismo no toleraba asomo despótico alguno contra los gobernados ni tampoco ningún tipo de influencia de gobierno extranjero. Es por esa razón que la palabra “separación” nunca estuvo en la expresión política duartiana. Esa palabra, plasmada en el *Manifiesto del 16 de Enero*, fue una creación política de los conservadores que nunca creyeron que el país podría ser soberano, libre e independiente.

Ese pensamiento político de Duarte se comprende mejor cuando es enmarcado en su época histórica, por lo que es conveniente tener en cuenta, aunque sea sucintamente, los principales rasgos del proceso independentista hispanoamericano y dominicano.

---

5. *Apuntes de Rosa Duarte*, Santo Domingo, R. D.: Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1970, p. 223.

## Contexto histórico continental en la época independentista

A principios del siglo XIX, la América española vivía un proceso profundo de emancipación. Había pasado un largo período en búsqueda de su identidad, cuyos antecedentes, según historiadores, se encuentran en los finales del siglo XVIII, cuando Hispanoamérica, por razones que se citarán más adelante, se “había emancipado de su dependencia inicial de España”.<sup>6</sup> Era evidente que la metrópolis no podía mantener por mucho tiempo su antiguo modelo imperial del siglo XVI; pronto se vio en crisis y la dependencia que de ella tenían las colonias se le hizo pesada. Agotada económicamente, no podía mantener sus posiciones de ultramar.

Sin embargo, la nueva política imperial de Carlos III, destinada a ensanchar el poder político de España y hacer que recuperara su antiguo poderío y prestigio, dirigió a esta potencia a un nuevo renacer político y económico. Las reformas llevadas a cabo durante el reinado de ese monarca (1759-1788) pronto significaron un choque con los intereses de los criollos que ya estaban consolidándose en áreas como la minería y el comercio y, sobre todo, en el sentido nacional de su identidad.

---

6. Lynch, John, *Las revoluciones hispanoamericanas. 1808-1826*, 11<sup>ma</sup> edición, Barcelona: Ariel, p. 10. Sobre el tema, pueden consultarse las obras de María Rosario Sevilla Soler, *Las Antillas y la independencia de la América española (1808-1826)*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1986; *La América hispana en los albores de la emancipación*, Actas del IX Congreso de Academias Iberoamericanas de la Historia, Madrid: Real Academia de la Historia, Fundación Rafael del Pino y Marcial Pons, 2005, y Roberto Breña, *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824*, México: El Colegio de México, 2006.

Después de un siglo durante el cual España perdió grandemente su influencia como imperio, ahora volvía con reformas hacia América creando más instituciones de fiscalización, como los virreinos y un sinnúmero de unidades administrativas. Se creó un aparato burocrático de control amplio que después provocó una “ruptura” con las autoridades peninsulares cuando la Corona nuevamente no pudo sufragar sus gastos de pago salarial, lo que a la postre ocasionó que a los funcionarios se les permitiera hacer negocios con tal de permitir ingresos en desmedro de las leyes, haciendo comercio con los indígenas que tenían a su cargo. De ahí habían surgido, tiempo atrás, los famosos “repartimientos”, un sistema de explotación brutal que obligaba a los indios a producir, creando un círculo vicioso favorable a sus ejecutores.

Naturalmente, este esquema colapsó y se abolió por iniciativa de los reformadores españoles del siglo XVIII, que lograron la aprobación de la Ordenanza de Intendentes del 4 de diciembre de 1786, que varió todo el esquema burocrático colonial, sustituyendo a los alcaldes mayores y corregidores por intendentes y subdelegados de pueblos de indios y, lo más importante, les permitió a estos últimos comerciar con quienes ellos quisieran o negarse a trabajar tierras que no fueran suyas.

Esa nueva iniciativa de los reformadores españoles pronto se vio sabotada por las autoridades del antiguo esquema predominante en la colonia, el sistema de repartimientos, que les facilitaba grandes ganancias que no estaban dispuestos a perder. Por esa razón, en lugares como Perú resurgieron los repartimientos y, con el tiempo, hasta se logró que se reforzaran aún más.

Por otro lado, además de los aspectos burocráticos referidos, estaba lo económico: llegó un momento en que las industrias coloniales estaban sin protección, lo que ocasionó que no pudieran competir con las manufacturas europeas que inundaban el mercado local, dejando de percibir los beneficios esperados con la exportación.

El historiador Lynch, en su ya citada obra, describe esa situación afirmando que “la política borbónica incrementó así la situación colonial de Hispanoamérica e intensificó su subdesarrollo. La dependencia económica –la ‘herencia colonial’– tuvo sus orígenes no en la época de inercia, sino en el nuevo imperialismo”.<sup>7</sup> Esa situación provocó serios disgustos y, con el tiempo, al verse desamparados desde el punto de vista legal y social, los criollos comenzaron a pedir más participación en los cargos coloniales, algo a lo que España se negaba.

Los españoles peninsulares siempre fueron los preferidos para los altos cargos coloniales, lo que se tradujo en hostilidad social hacia los criollos. Lynch así lo destaca cuando afirma:

*La hostilidad social hacia los nuevos inmigrantes tenía matices raciales. Los peninsulares eran blancos puros, con un sentido de superioridad nacido de su color. Los americanos eran más o menos blancos; de hecho muchos de ellos eran morenos, de labios gruesos y de piel áspera, casi como describe al propio Bolívar su edecán irlandés O’Leary. Odiaban a los súper blancos españoles y también ellos querían ardientemente ser considerados blancos...<sup>8</sup>*

---

7. Lynch, *Las revoluciones...*, p. 20.

8. *Ibid.*, p. 25.

No obstante las crecientes peticiones de participación de los criollos en cargos públicos, ya éstos revelaban un sentimiento de nacionalidad que iba en franco proceso de desarrollo y tenían la convicción de que eran americanos y no españoles. Ese sentimiento de pertenecer a una tierra, más los grados de diferenciación social establecidos desde la península, fueron creando en los criollos la convicción de que solo con la independencia podían lograr sus objetivos.

Recordemos a Bolívar en su célebre discurso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, en el que dijo:

*...no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derecho, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores (españoles); así, nuestro caso es el más extraordinario y complicado.<sup>9</sup>*

Curiosamente, el esquema colonialista de administración coadyuvó a las labores independentistas. Virreinos, audiencias, capitanías... crearon las bases del derecho administrativo de los incipientes gobiernos republicanos.

En cuanto a la parte intelectual que influyó en los procesos independentistas, no puede negarse el peso de la “nueva filosofía” que influenciaba a los libertadores, que no fue otra que la

---

9. Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819, *Proclamas y discursos del Libertador*, ed. Vicente Lecuna, Caracas, 1939, p. 205. En Lynch, *Las revoluciones...*, p. 30.

Ilustración, cuya literatura circulaba ampliamente en América durante esa época. Entre otros, pueden citarse los casos de las obras de D'Alembert, Voltaire, Diderot y Montesquieu, que influyeron en Miranda, Simón Bolívar y otros libertadores. No obstante, algunos historiadores se oponen a la idea de que la Ilustración por sí sola fuera el eje dinamizador del proceso revolucionario de Hispanoamérica. Consideran que más bien sólo la élite criolla pudo estar influida, pero el resto de la masa de los criollos más bien era poco instruida y "más práctica".

Opinamos que la Ilustración sí contribuyó a crear un pensamiento liberal de profundas raíces hispanoamericanas, ya que éste oponía la razón y el conocimiento a la creencia religiosa ciega y a la tradición española. Como afirman los historiadores dominicanos Juan Daniel Balcácer y Manuel García Arévalo:

*En sus albores, los pueblos del llamado Nuevo Mundo ya habían asimilado las filosofías europeas de la revolución. Así, las ideas de los enciclopedistas franceses, de la Ilustración y del Contrato Social proporcionaron fórmulas viables para convertir las dóciles colonias en estados autóctonos.<sup>10</sup>*

Más aún, por vía indirecta, las revoluciones norteamericana y francesa, sobre todo ésta, influyeron en los americanos como es el caso de la cruenta revuelta de esclavos en la colonia de Saint Domingue de 1791, que a la larga dio pie a la independencia de la República de Haití en enero de 1804.

---

10. *La independencia dominicana*, Madrid: Colecciones MAPFRE, 1992, p. 20. Ver, además, a Sang, Mu-Kien Adriana, "La independencia nacional fue un largo proceso. 1844-1874". Conferencia dictada en la ciudad de México, 2008.

Posteriormente, la influencia en los demás países hispanoamericanos fue más bien de la revolución norteamericana, puesto que libertadores como Bolívar admiraban a George Washington y tomaban como ejemplo la Declaración de Independencia de Estados Unidos. Esto ocurría antes del despertar del “apetito imperialista norteamericano”, cuando los hispanoamericanos veían a Estados Unidos como un faro orientador de las concepciones democráticas del continente.

Finalmente, en 1808 empezó el proceso emancipador y varias colonias españolas declararon su independencia en el continente americano.

## **El germen independentista dominicano: la independencia efímera**

Algunos estudiosos de nuestra historia, como es el caso de Juan Bosch, aseguran que mientras el resto de Hispanoamérica daba los primeros pasos en su proceso de emancipación, en la parte española de la isla de Santo Domingo se vivía una época de “arritmia” o “contracorriente histórica”,<sup>11</sup> aunque otros historiadores no comparten ese criterio.

---

11. Acerca de ese concepto, ver a José Chez Checo, “Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplo, de Juan Bosch: una lectura historiográfica”, en *Dos coloquios sobre la obra de Juan Bosch*, Santo Domingo, R. D.; Departamento Cultural del Banco Central de la República Dominicana, 2010, y a Frank Moya Pons, “Arritmia histórica, ¿cuál arritmia?”, en *Diario Libre*, Santo Domingo, R. D., sábado 15 de noviembre de 2008. También se han referido a esa problemática el historiador Juan Daniel Balcácer y el sociólogo Wilfredo Lozano en los estudios introductorios de los tomos IX y XI respectivamente de las *Obras completas* de Juan Bosch, proyecto dirigido por Guillermo Piña-Contreras y que en 2009 editó la Comisión Permanente de Efemérides Patrias.

Recordemos que mientras se producía la declaración de independencia de las colonias españolas del continente, en Santo Domingo empezaba el período denominado de la España Boba, durante el cual la metrópoli abandonó por completo a su colonia posteriormente al esfuerzo realizado por Juan Sánchez Ramírez, héroe de la Batalla de Palo Hincado, que reincorporó la isla a España luego de vencer a los franceses.<sup>12</sup>

No obstante, los sucesos que ocurrían en el resto del continente americano (a los que la élite de la colonia no estaba ajena) comenzaron a rendir sus frutos. Como afirma la historiadora Mu-Kien Adriana Sang, “el liberalismo político llegó a América Latina y a nuestro país a principios del siglo XIX, y desde entonces tuvo que enfrentarse no solo con las ideas conservadoras, sino con las prácticas caudillistas, fenómeno político que permeó las filas liberales y las conservadoras”.<sup>13</sup>

Se conoce que durante el gobierno del capitán general Sebastián Kindelán ya las ideas independentistas bullían en la mente de los criollos. El historiador José Gabriel García afirma que las

*simpatías dispensadas en los corazones dominicanos por los triunfos de Bolívar, no precipitaron por esta razón los acontecimientos que debían dar por resultado la independencia*

---

12. A ese respecto, ver a Sánchez Ramírez, Juan, *Diario de la Reconquista*, Ciudad Trujillo, 1957, y a Emilio Cordero Michel. “Reflexiones acerca de la reincorporación a España y el primer intento independentista dominicano”. Ponencia presentada en el Coloquio Internacional Repensar la Independencia desde el Caribe en el Bicentenario de la Revolución Española, 1808-2008, celebrado en Santo Domingo, República Dominicana, del 6 al 9 de octubre de 2008.

13. Sang, “La independencia...”, *Op. Cit.*

*de la colonia, pues había tertulias serias, como las de Núñez de Cáceres en cuya casa se trataba el asunto como controversia científica.*<sup>14</sup>

En 1820 la situación de Kindelán era extremadamente difícil, pues había “rumores de que vecinos de la capital, estimulados por los acontecimientos de otras partes de América, planeaban un golpe de Estado para proclamar la independencia”,<sup>15</sup> unido al hecho de que los criollos estaban disgustados por la ineficacia de España.

Es en ese contexto en el que en diciembre de 1821 José Núñez de Cáceres proclama la llamada “independencia efímera” queriendo incorporar la parte española a la Gran Colombia.<sup>16</sup> Este proyecto, llevado a cabo por Núñez de Cáceres, ha sido muy discutido por nuestros historiadores y algunos han llegado a decir que este ilustre prócer “festinó” la obra de la independencia antes de que su proceso estuviese realmente consolidado.

Otros, como Gustavo Adolfo Mejía Ricart, convienen en hacer una “trilogía patriótica” compuesta por Sánchez Ramírez, Núñez de Cáceres y Juan Pablo Duarte cuando expresa en su obra *Crítica de nuestra historia moderna*:

*Así, la idea patriótica que sembró débilmente y con flaquezas don Juan Sánchez Ramírez, que, más tarde, evolucionó y se*

---

14. García. *Rasgos biográficos...*, p. 157.

15. Moya Pons, Frank, *Manual de historia dominicana*, 14<sup>va</sup> edición, Santo Domingo, R. D.: Caribbean Publishers, 2008, p. 216.

16. Rodríguez Demorizi, Emilio, *Santo Domingo y la Gran Colombia. Bolívar y Núñez de Cáceres*, Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971, pp. 117-119.

*magnificó con don José Núñez de Cáceres, al fin prendiese a toda cabalidad en la mente de don Juan Pablo Duarte, sublimándose y perpetrándose en nuestra leyenda heroica por la gran acción que se inició la noche memorable del 27 de febrero, y que prolonga su aliento de Hércules al través de toda la era bélica del 1844.*<sup>17</sup>

Núñez de Cáceres ha sido criticado y la génesis de su proyecto cuestionada por algunos autores que afirman que lo realizado por él se debió a un desaire que le hiciera la Madre Patria en sus aspiraciones de ser oidor miembro de la Real Audiencia de Quito o que terminara como un “cortesano halagador” de Boyer cuando le entregó las llaves de la ciudad de Santo Domingo.

Lo cierto es que, como escribiera Emiliano Tejera, el paso de Núñez de Cáceres fue “muy aventurado”, porque no observó cómo estaban las circunstancias de la época: no podía ser viable su proyecto sin contar con un ejército, ante un vecino más poderoso y aguerrido. Además, no pudo contar con el apoyo del Gran Libertador, Simón Bolívar, quien en ese tiempo estaba ocupado con una expedición cuyo éxito era vital para la libertad del continente, lo que indudablemente causó una profunda amargura en Núñez de Cáceres.

---

17. Mejía Ricart, Gustavo Adolfo, *Crítica de nuestra historia moderna*, Santo Domingo, R. D.: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Colección Bibliófilos-Banreservas, 2007, Vol. III, p. 41. Véase al respecto, el ensayo de Pérez Memén, Fernando, “Liberalismo y conservadurismo en el ocaso del régimen hispano” en *El pensamiento democrático de Duarte y otros temas de historia dominicana y de Haití*, Santo Domingo, R. D.: Ediciones Banreservas, 2005, pp. 79-110.

Existe la posibilidad de que la acción de Núñez de Cáceres se debiera a que ya a principios de 1820 existía el rumor fundado de que iba a producirse una invasión de Francia a la isla, en común acuerdo con España, con el propósito de reconquistar Haití y posiblemente restablecer la esclavitud.

Sin embargo, la situación criolla era totalmente diferente. Todavía tenían el odio encendido contra los galos, a quienes expulsaron con la ayuda de los ingleses. Quizás de ahí nace la idea de Núñez de Cáceres de abandonar la metrópoli y unirse a la protección de la hermana república de la Gran Colombia creada por Simón Bolívar.

Con la proclamación de la independencia efímera, el 1 de diciembre de 1821, termina el período de la España Boba. Juan Bosch juzga el hecho de Núñez de Cáceres confirmando que

*qualquier persona hubiera podido hacer algo parecido, con otros fines y el resultado habría sido el mismo; nadie se movió para impedir la formación del Haití español, pero nadie se movió para darle apoyo [...]. Así Núñez de Cáceres actuó con un grupo de amigos en un vacío social. Fue como si hubiera ido a dar una batalla sin soldados contra un enemigo que no existía. Dos meses después Boyer entraba con sus tropas en la ciudad de Santo Domingo.<sup>18</sup>*

---

18. Bosch, Juan, *Composición Social Dominicana*, Santo Domingo, R. D.: Editora Alfa y Omega, 2005, p. 219.

## La ocupación haitiana de 1822

El 9 de febrero de 1822, Jean Pierre Boyer proclamó Santo Domingo como territorio haitiano, y en ese momento no hubo una fuerza social capaz de resistir a los invasores. A pesar de varios intentos, José Núñez de Cáceres no pudo convocar suficientes ciudadanos para formar al menos un ejército improvisado con que defender la soberanía.

José Gabriel García relata en su obra *Rasgos biográficos de dominicanos célebres* que Boyer, tomando como pretexto un artículo de la Constitución haitiana que destaca en su página 187: “el territorio de la isla de Haití es uno e indivisible”, pudo congregar una fuerza formidable de invasión y le envió una carta a Núñez de Cáceres en la que le decía que no podían haber dos naciones en una isla y que debían enarbolar la bandera haitiana en vez de pertenecer a la Gran Colombia.

Más adelante expresa:

*A la sombra precisamente de esas circunstancias, y de otras no menos desgraciadas, fue como lograron los soldados haitianos someter una por una todas las poblaciones que encontraban a su paso, hasta el extremo que sin disparar un solo tiro, ni encontrar el más leve obstáculo, lograron presentarse victoriosos y altaneros frente a los muros de Santo Domingo.<sup>19</sup>*

El historiador refiere que “compelido con la fatalidad a transigir con las aspiraciones de Boyer, no le faltaron la entereza y

---

19. García, *Rasgos...*, p. 169.

resolución necesarias para protestar dignamente contra ellas” y expresar en su discurso de entrega de las llaves de la ciudad a Boyer, lo siguiente, a manera de premonición:

*Siempre ha sido de una grande influencia en los políticos para la constitución de los estados y para la transmutación de diferentes pueblos en uno solo, la diversidad del lenguaje, la práctica de una antigua legislación, el poder de las costumbres que han tenido raíz de la infancia, y en fin, la semejanza de éstas, de mantenimiento y vestido; la palabra es el instrumento natural de la comunicación entre los hombres y si no se entienden por el órgano de la voz, no hay comunicación y veis aquí ya un muro de separación tan natural como insuperable, como puede serlo la interposición natural de los Andes y los Pirineos.<sup>20</sup>*

Núñez de Cáceres le enrostró con entereza y valentía a Boyer dos diferencias fundamentales que hacían imposible la “unión indivisible” entre haitianos y dominicanos: lenguaje y costumbres, dos razones que separan, como se ha visto confirmado a lo largo de nuestra historia.

Fueron muchos los ofrecimientos que hizo Boyer a Núñez de Cáceres para que se asimilara al nuevo statu quo, pero su vocación patriótica no se lo permitió y llegó el momento en que el gobernante haitiano le dijo que su presencia era una amenaza para la estabilidad del nuevo régimen, por lo que el prócer dominicano se vio precisado a irse al exilio.

---

20. *Ibid.*, p. 170.

Juan Bosch afirma que Boyer ocupó la parte española de la isla por la necesidad que tenía de repartir tierras entre sus oficiales, ya que en Haití carecía de ellas. La primera medida del gobernante haitiano fue abolir la esclavitud, después puso en vigor un Código Rural por el cual los dueños de las tierras tenían que hacer contratos con los trabajadores, quienes no podían salir sin el permiso de los propietarios.

Sin embargo, su medida más negativa fue que bajo el pretexto de una ley del 8 de julio de 1824 sustrajo tierras a los hateros y finqueros. La dimensión de tal despojo de derechos fue tal que en el mismo *Manifiesto del 16 de Enero de 1844*, escrito por Tomás Bobadilla –quien acaudillaba al sector conservador que creía en la separación de Haití, pero no confiaba en que la República a ser creada podía ser libre e independiente– y considerado el acta de independencia dominicana,<sup>21</sup> se menciona, entre el festival de “agravios”, que

*Boyer redujo muchas familias a la miseria y la indigencia, quitándoles sus propiedades para reunir las a los dominios de la república, darlas a los individuos de la parte Occidental o vendérselas a muy ínfimos... Emitió una ley para que entrasen en el Estado los bienes de los ausentes, cuyos hermanos y parientes aún existen sumergido en la miseria...*<sup>22</sup>

---

21. . Además de ese existieron otros manifiestos o proclamas. Ver “Antecedentes del 27 de febrero. Proclamas y manifiestos patrióticos”, en Incháustegui, Arístides y Blanca Delgado Malagón (compiladores). *Vetilio Alfau Durán en Clío. Escritos II*, Santo Domingo, R. D.: Comisión del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, 1994, pp. 177-186.

22. Ver “Manifestación de los pueblos de la parte este de la isla, antes Española o Santo Domingo, sobre las causas de su separación de la República Haitiana”, Wenceslao

Según esa ley, a los propietarios solo se les dejaba el tercero o el cuarto de la totalidad de sus tierras. Juan Bosch, citando ese Manifiesto de la Independencia, afirma que cuando Boyer tomó posesión de la parte este de la isla “no hubo un solo dominicano que no le recibiera con manifestaciones de simpatía, pero muy pronto, mirando a través del velo que escondía sus perniciosas intenciones, se descubrió que se había entregado el país a sus opresores”.<sup>23</sup> Según ese autor, la manifestación de las verdaderas intenciones de Boyer surgió en el mismo momento en que tierras de los grandes propietarios pasaron a manos de los jefes de Haití, cuando los sacerdotes perdieron sus rentas y la propiedad de sus casas, conventos y monasterios.

## Juan Pablo Duarte y la independencia nacional

La independencia nacional tuvo sus frutos luego de un largo proceso de maduración, hasta la llegada del 27 de febrero de 1844. Tardó veintitrés años en gestarse luego del acontecimiento de la independencia efímera que terminó con la ocupación del país por parte de los haitianos.

Juan Pablo Duarte nació el 26 de enero de 1813. Recibió las aguas bautismales el 4 de febrero del mismo año en la iglesia de Santa Bárbara, ubicada en la Ciudad Colonial de Santo Domingo. Su padre, Juan José Duarte, fue un comerciante español

---

Vega B. *Los documentos básicos de la historia dominicana*, Santo Domingo, Editora Taller, 1994, p. 91.

23. Bosch, *Composición...*, p. 232.

de la época, de manera que puede decirse que Juan Pablo era de una familia acomodada de principios del siglo XIX.<sup>24</sup>

Duarte siempre fue coherente con lo que predicó, realidad que lo llevó a experimentar sinsabores en algunos momentos de su vida, pero nunca flaqueó en mantener vivo el ideal independentista, como consta en lo que es el documento esencial de la nacionalidad dominicana: el juramento trinitario, el cual se ha conservado porque hacia el año 1890 Félix María Ruiz, uno de los nueve fundadores de La Trinitaria, ya anciano, pudo recordarlo.

Los nombres de los que componían esta sociedad patriótica eran, además de Juan Pablo Duarte, José María Serra, Juan Isidro Pérez, Jacinto de la Concha, Félix María Ruiz, Felipe Alfau, Benito González, Pedro Alejandro Pina y Juan Nepomuceno Ravelo.<sup>25</sup>

Se sabe de la fundación de esa sociedad patriótica clandestina porque cuenta José María Serra, otro de sus fundadores, que el 16 de julio del año 1838, Juan Pablo Duarte convocó a ocho de sus más dilectos amigos a la casa de Josefa Pérez, madre de Juan Isidro Pérez, que estaba ubicada frente a la iglesia del Carmen. Allí sacó un pliego y leyó dicho juramento, haciendo que todos y cada uno de los ocho acompañantes lo leyeran y lo firmaran. El texto decía lo siguiente:

---

24. Sobre la vida y obra de Juan Pablo Duarte pueden ser consultadas, entre otras fuentes, las diversas obras del historiador Juan Daniel Balcácer, especialmente *Juan Pablo Duarte. El padre de la Patria*, Santo Domingo, R. D.: Amigo del Hogar, 2001.

25. Alfau Durán, Vetilio, "En torno a La Trinitaria (II): ¿Quiénes fueron sus nueve miembros fundadores?", en *Vetilio Alfau Durán en Clío*, pp. 139-174.

*En nombre de la Santísima y Augustísima e Indivisible Trinidad de Dios omnipotente, juro y prometo, por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes a la separación definitiva del gobierno haitiano y a implantar una república libre y soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se denominará República Dominicana, la cual tendrá su pabellón tricolor en cuartos encarnados y azules, atravesados por una cruz blanca. Mientras tanto, seremos reconocidos los trinitarios con las palabras sacramentales: Dios, Patria y Libertad. Así lo prometo ante Dios y el mundo. Si lo hago, Dios me proteja y de no, me lo tome en cuenta y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición, si los vendo.*

Gracias a La Trinitaria, que no era más que una célula, un grupo de agitación política, seis años más tarde, es decir el 27 de febrero de 1844, surge República Dominicana. Para coadyuvar en la labor política fue fundada la sociedad llamada La Dramática. Juan Pablo Duarte, como ya se ha referido, había viajado en su juventud a Nueva York, Hamburgo y Barcelona, y durante el período que estuvo en esas ciudades (1824-1833) adquirió una sólida formación intelectual. La sociedad La Dramática, que sirvió también de instrumento de agitación política, fue un grupo teatral que escenificaba obras de cierto sentido satírico en contra de la ocupación, y en muchas de ellas el propio Duarte servía de anotador. De esta manera se despistaba a los haitianos, quienes ignoraban que el objetivo de las escenificaciones teatrales era mantener viva la idea independentista.

Junto a La Dramática, Juan Pablo Duarte ideó otro grupo llamado La Filantrópica cuya finalidad aparente fue la realización de obras de beneficencia, pero en el fondo era también un vehículo de agitación política.

El inicio de la proclamación de la independencia empezó en la Puerta de la Misericordia. A una señal convenida, el 27 de febrero de 1844, hacia las 10:30 de la noche, se congregó un grupo de trinitarios en ese lugar y se lanzó un trabucazo, al grito de ¡Viva la República Dominicana! De ahí corrieron los conjurados a la Puerta del Conde que en la época colonial era una de las tres puertas principales de acceso a la ciudad, donde se enarboló por primera vez la bandera dominicana.

Cuando se proclamó la independencia, Duarte no estaba en el país. Había sido expulsado un año antes, en 1843, por el presidente haitiano que había ocupado el país desde el año 1822 y en esos momentos se encontraba en la isla de Curazao que, como sucedió a todo lo largo del siglo XIX, siempre abrió sus brazos generosos a dominicanos perseguidos por razones políticas. Duarte se encontraba allí y al mes siguiente, en marzo, por un mandato del primer gobierno dominicano, llamado Junta Central Gubernativa, fue enviado a buscar en la goleta Leonor y trasladado a la ciudad de Santo Domingo.

Duarte entró a la ciudad por la llamada Puerta de San Diego, un monumento del siglo XVI que era el acceso principal a la ciudad de Santo Domingo y recibido por el entonces arzobispo de Santo Domingo, monseñor Tomás de Portes, quien, al verlo, le dijo por primera vez: “¡Salve a su tierra, Padre de la Patria!”.

La vida de Juan Pablo Duarte, desde la proclamación de la independencia en 1844 hasta su muerte fue un tanto azarosa. Habiendo sido gestor e ideólogo del país que se llamó República Dominicana, debilidades del movimiento político creado por él ocasionaron que él mismo no fuera capaz de tomar el control político de la república recién creada, el cual quedó en manos de los enemigos de Juan Pablo Duarte que nunca creyeron que los dominicanos eran capaces de constituirse en un país libre e independiente, sobre todo los grupos acaudillados por Buenaventura Báez y por otros personajes como Tomás Bobadilla y Pedro Santana que al principio fueron llamados los “afrancesados”. Ellos creían que era posible que nos separáramos de Haití, pero no confiaban en que el país era capaz de sostenerse por sí mismo y siempre soñaban que la república recién creada fuera un protectorado bajo la sombra de Francia o se anexara a otro país.

Fue ese grupo conservador, por llamarlo de alguna manera, el que tuvo el control de la situación e hizo que Duarte pasara muchas penurias, tan es así que en el mismo 1844 fue enviado al exilio, refugiándose en Venezuela, luego en Curazao nuevamente, hasta el año 1864, cuando regresa a República Dominicana a defender la república que había creado y que tres años antes (1861) había sido anexada a España por Pedro Santana. Todavía en 1864, época de la guerra restauradora, no se le reconocían a Juan Pablo Duarte todos sus méritos y tuvo que salir de nuevo hacia Venezuela, donde doce años más tarde, en 1876, murió de tuberculosis.

Durante toda su vida, Duarte creyó –al igual que plantea el liberalismo– que todas las personas eran iguales ante la ley, sin

privilegios ni distinciones, y que la misma debía ser acatada sin excepción de personas, o sea, que debían cumplirla tanto los gobernantes como los gobernados. Este principio se encuentra en el proyecto de Ley Fundamental, en su artículo 1, el cual expresa: “Ley es la regla a la cual deben acomodar sus actos, así los gobernados como los gobernantes”.

Otro de los postulados liberales de Duarte fue la garantía de la libertad individual. Así escribió:

*La nación está obligada a conservar y proteger, por medio de leyes sabias y justas, la libertad personal, civil e individual, así como la propiedad y demás derechos legítimos de todos los individuos que la componen.*

Esta libertad deberá estar garantizada por la autoridades que tendrán sus límites en la ley y la justicia. El artículo 13 del referido documento dice lo siguiente: “Todo poder dominicano está y deberá estar siempre limitado por la ley, y ésta por la justicia, la cual consiste en dar a cada uno lo que en derecho le pertenezca”.

Juan Isidro Jimenes Grullón considera que, tal como se ha venido sosteniendo, la tesis del proyecto duartiano se basaba en una concepción republicana-liberal, como demuestra cuando escribe:

*Lo primero sobre lo cual considero imprescindible insistir es en el contenido republicano-liberal que incorpora a la tesis. No se trataba, por tanto, de un nacionalismo monárquico, que era el que más en boga se hallaba entonces en Europa. Además, —obedeciendo a los principios de la Revolución Francesa antes*

*de ser traicionada por Napoleón— se fundamentaba en la confianza en el pueblo, visto éste como una totalidad indivisa cuyo atributo básico e inalienable es la soberanía. Duarte hizo así suyo el concepto de que, como afirma H. Kohn, “la patria es superior a los reyes y a los magistrados, comprende a todas las clases sociales, a toda clase de gente, al rico y al pobre, tanto al grande y al famoso como a la multitud desconocida, a los fieles de todas las religiones y sectas y, por tanto, a los hombres de todas las razas que en su suelo conviven”.*<sup>26</sup>

De estas concepciones del liberalismo, Duarte pasó a un nacionalismo radical que se convirtió en el mejor abono para el proyecto independentista. Recordemos las famosas palabras que en ese sentido fueron recogidas en su ideario:

*Nuestra Patria ha de ser libre e independiente de toda potencia extranjera o se hunde la isla.*

De ahí nace el brote nacionalista, que nunca transigió con intereses espurios ni entreguistas, sin que esto se convirtiera en antihaitianismo. Por el contrario, desde lo más profundo admiraba al pueblo haitiano por su valor. De hecho, una vez dijo:

*Yo admiro al pueblo haitiano desde el momento en que, recorriendo las páginas de su historia, lo encuentro luchando desesperadamente contra poderes excesivamente superiores y veo cómo los vence y cómo sale de la triste condición de esclavo para convertirse en una nación libre independiente.*

---

26. Jimenes Grullón, Juan Isidro. *La ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*, Santo Domingo, R. D.: Archivo General de la Nación, 2009, pp. 35-36.

*Lo reconozco poseedor de dos virtudes eminentes: el amor a la libertad y el valor...*

Sin embargo, Barcelona fue el sitio donde más tiempo permaneció en Europa. Allá en España, como se ha expresado más arriba, vivió momentos históricos importantes de la lucha del liberalismo y el absolutismo dinástico, lo que coadyuvó a fundamentar su ideología. Fue en Barcelona donde Duarte pudo cimentar las bases de su doctrina y accionar político influido por el liberalismo. En tal sentido, por ejemplo, Carlos Federico Pérez y Pérez considera que:

*...la permanencia en Barcelona fue la más prolongada y era la de más fresca impresión cuando regresa a Santo Domingo. Rosa Duarte recoge en sus “Apuntes” un breve diálogo que es testimonio vivo de cuanto decimos. En el hogar, tras la llegada, cuando él y sus padres recibían saludos y parabienes de familiares y amigos, el doctor Manuel María Valverde lo abrazó y le preguntó qué era lo que más le había llamado la atención y agrado en sus viajes. “Los fueros y libertades de Barcelona, le contestó, fueros y libertades que espero demos nosotros algún día a nuestra patria”.<sup>27</sup>*

Este historiador afirma, en su obra ya citada, que el liberalismo revolucionario europeo de las primeras décadas del siglo XIX elaboró el concepto de nación e iba a la par con el romanticismo, “individualista” en cuanto a los sentimientos y en cuanto a los derechos políticos “colectivista”.

---

27. Pérez, *El pensamiento...*, p. 79.

## Duarte y el romanticismo social

Además del liberalismo, Duarte fue el primer dominicano en enarbolar dentro de sus ideas democráticas el “romanticismo social”, tal como lo afirma el historiador Emilio Rodríguez Demorizi, pero antes fue el precursor del “romanticismo literario”.

Todo ese proceso lo adquirió a su paso por Francia, país en el que pudo constatar que en los sentimientos políticos de su gente estaban los sueños de justicia y libertad, tal como lo escribe Rodríguez Demorizi:

*A su paso por Francia, vio que el alma y el espíritu francés –como dice Picard– estaban nutridos de entusiasmo, de fe, de ternura y de amor; que se había apoderado de la patria de Hugo un sueño de justicia y libertad; que nadaba en el ideal y la ideología; que se afirmaba en el derecho a la felicidad para todos y cada uno...*<sup>28</sup>

Es por esa razón que pensamos que Duarte consigue la simbiosis de “liberalismo romántico”, ideas democráticas saturadas de una enraizada concepción del bien general de los ciudadanos. En el artículo 20 del proyecto de constitución duartiano puede advertirse ese hecho, cuando se expresa lo siguiente:

*La nación está obligada a conservar y proteger por medio de sus delegados, y a favor de leyes sabias y justas la libertad personal, civil e individual, así como la propiedad y demás derechos legítimos de todos los individuos que la*

---

28. Rodríguez Demorizi, *En torno...*, p. 111.

*componen; sin olvidarse para con los extraños (a quienes también se les debe justicia) de los deberes que impone la filantropía.*

Ese artículo refleja una visión integral de la relación estado-ciudadanos con varios factores como son la representatividad (delegados), leyes sabias y justas, las libertades (personal, civil e individual), la propiedad y más extendido, la justicia a los extraños.

Esos factores integrales garantizan una buena relación estado-ciudadanos. Tal como expresa Rodríguez Demorizi, en su obra ya citada, Duarte fue el primero en unir el concepto de libertad y de propiedad “a los conceptos derivados de las leyes sabias y justas y de los deberes que impone la filantropía, que son la esencia de los principios de las luchas sociales de nuestro tiempo, desde Hostos –se dijera– hasta Juan XXIII. El ideario político de Duarte, pues, su magno apostolado, es cosa vigente, de fuerza imperativa, quizás mucho más para mañana que para nuestros días”.

De acuerdo a ese historiador, todas las características del tipo romántico aparecen cabalmente en Duarte, tales como el vehemente nacionalismo y el espíritu revolucionario, que son inherentes también el liberalismo.

Otros historiadores opinan que Juan Pablo Duarte fue el precursor de la idea de pueblo-nación, una idea propia del “romanticismo revolucionario”. Raymundo González considera que:

*a Juan Pablo Duarte debemos la idea de pueblo-nación que galvanizó en la conciencia social el proyecto nacional en torno a un objetivo supremo: la independencia de todo*

*dominio extranjero. Ese pueblo-nación, por definición no podía estar supeditado a ningún otro poder. Esta era una idea propia del romanticismo revolucionario, que validaba toda existencia original e histórica... Es, sobre todo, en el pensamiento de Duarte y los trinitarios donde encontramos al pueblo dominicano, entendido como conglomerado de los diferentes sectores sociales que conviven en un territorio y comparten una historia, una lengua y una cultura...*<sup>29</sup>

De manera general, el pensamiento político de Duarte se corresponde con las corrientes político-doctrinarias que dieron al traste con la independencia de las naciones latinoamericanas. No obstante, vemos que posteriormente, en América Latina y aun en nuestro país, predominó una contracorriente, la desnacionalizante.

Esta pretendida desnacionalización, que en nuestro país fue llevada a cabo por los que promovían la idea del protectorado, hizo que en alguna medida “el principio de soberanía estatal conservara en gran medida un carácter de ficción: el poder real sigue en manos de minorías restringidas, como grupos nacionales, regionales y extranjeros...”<sup>30</sup>

En su ideario, Duarte fue radical en contra del proteccionismo. Esto lo revela cuando, en carta al Ministro de Relaciones

---

29. González, Raymundo, “El concepto de pueblo-nación de Duarte y la independencia dominicana”. Conferencia dictada en el año 2008. Inédita.

30. González Stephan, Beatriz, *La historiografía literaria del liberalismo hispano-americano del siglo XIX*, La Habana, Cuba: Casa de las Américas, 1987, p. 36.

Exteriores del Gobierno Provisional Restaurador de Santiago, desde Caracas, escribe en 1865:

*En Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera y una facción miserable que siempre se ha pronunciado en contra de esa ley, contra este querer del pueblo dominicano de un modo distinto como es en realidad; esa facción o mejor diremos, esa facción, es y será siempre todo, menos dominicana, así se la ve en nuestra historia, representante de todo partido antinacional y enemigo por tanto de nuestras revoluciones; y si no, véase ministeriales en tiempo de Boyer y luego riveristas, y aún no había sido el 27 de febrero, cuando se le vio proteccionistas franceses y más tarde anexionistas americanos y después españoles.<sup>31</sup>*

No obstante, las ideas de nación y nacionalismo que fueron la base de su ideario constituyen a lo largo de la historia dominicana, la culminación plena del proceso de conciencia de la identidad histórico-política de República Dominicana.

## **Peculiaridades de la independencia dominicana**

La independencia dominicana en el contexto hispanoamericano fue un acontecimiento sui generis, si se observan sus diferentes aspectos sociales e históricos. A nuestro entender tuvo cinco características que la diferencian de las demás del continente:

---

31. Alfau Durán, Vetilio (compilador), *Ideario de Duarte*, 5<sup>a</sup>. ed., Santo Domingo, R. D.: Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, p. 15.

Primera: mientras los demás países luchaban para quitarse el yugo del imperio español, lo cual hicieron a partir de 1810, en esa época los criollos dominicanos hacían todo lo contrario: luchaban contra Francia y consiguieron que la parte este de la isla volviera a ser, nuevamente, colonia española.

Segunda: la independencia no fue de España, como hicieron los demás países hispanoamericanos, sino de otro país americano, es decir, de Haití.

Tercera: Haití era un país diferente al dominicano, desde el punto de vista racial, cultural y religioso. Haití era una nación de raza predominantemente negra, mientras que la futura República Dominicana era un pueblo mulato y, desde el punto de vista idiomático y religioso, Haití era un país que hablaba francés y practicaba el vudú mientras en la “parte del Este” se hablaba español y se practicaba la religión católica. Recordemos los párrafos premonitorios citados más arriba del discurso de José Núñez de Cáceres.

Cuarta: la proclamación de la independencia dominicana el 27 de febrero de 1844 fue un hecho incruento, es decir, no se derramó una gota de sangre. Como se ha visto, la lucha dominico-haitiana se verificó en el período que va desde ese año hasta el 1856 porque los haitianos quedaron con la idea de que la isla era “una e indivisible”, y que si no dominaban a la antigua colonia española podría eventualmente reinstaurarse la esclavitud en Haití.

Quinta: la proclamación de la independencia contó con la ayuda de grupos haitianos, opuestos del gobierno de Boyer,

que colaboraron, sobre todo a partir de 1843, en el movimiento llamado de “La Reforma”, con los grupos ligados a los trinitarios.

## El período posindependentista

Luego de la proclamación de la independencia, hubo un largo tiempo de “consolidación” con el período denominado la “guerra dominico-haitiana” que va desde el 1844-1856. De las grandes batallas libradas contra Haití se destacan la de Azua o del 19 de marzo de 1844, donde sobresalió Pedro Santana, y la de Santiago o del 30 de marzo del mismo año donde se destacaron, entre otros, José María Imbert, Fernando Valerio y Achille Michel.

En 1844, meses después de ser proclamada la independencia, se instaló un Congreso Constituyente con la finalidad de dar un estatuto jurídico al Estado recién creado. La primera Constitución dominicana, elaborada tomando en consideración otras constituciones de la época, fue firmada el 6 de noviembre de ese año en la ciudad de San Cristóbal, localidad cercana a la ciudad capital, y en su elaboración jugó un importante papel la Iglesia católica.<sup>32</sup>

Sin embargo, aún con el fervor independentista de esos años, la idea del protectorado bullía en la mente de algunos hombres importantes como es el caso de Pedro Santana, quien en 1861

---

32. Al respecto, ver a Rodríguez Demorizi, Emilio, *La Constitución de San Cristóbal, 1844-1854*, Santo Domingo, R. D.: Academia Dominicana de la Historia, Vol. LII, 1980.

logró de manera inconsulta anexar República Dominicana a España enarbolando en la Torre del Homenaje la bandera española en lugar de la dominicana. Ese acto proditorio de Santana fue repudiado por la mayoría del pueblo dominicano. Gracias al movimiento restaurador iniciado el 16 de agosto de 1863, donde tuvieron destacada participación Gregorio Luperón y otros próceres, finalmente pudo combatirse la anexión a España. En esa fecha un grupo de patriotas que entró al país procedente de Haití izó la bandera dominicana en Capotillo. Ese grupo estuvo comandado por Santiago Rodríguez, José Cabrera y Benito Monción, entre otros.

De Capotillo, el movimiento se extendió por todo el país y el 14 de septiembre de 1863 pudo instalarse el gobierno de la Restauración. Ese día redactaron un manifiesto que decía así:

*(Anunciar) al mundo y al gabinete español las muy justas causales que han obligado a los dominicanos a sacudir, por la fuerza y por las armas, el yugo con que dicha nación hasta hoy les ha oprimido, y romper las cadenas a que una engañosa y forzada anexión a la Corona de Castilla preparada por el general Pedro Santana y sus satélites les había sometido quedando restaurada la República Dominicana y reconquistando el precioso don de la libertad inherente a todo ser creado...*

Muchos opinan que la Restauración, una guerra eminentemente social y nacional, fue la verdadera independencia dominicana.

Para esa época Duarte seguía firme en sus concepciones de una independencia pura, en la que no creían los separatistas, y

así lo expresó en una carta fechada el 2 de mayo de 1865 cuando escribió:

*Si me pronuncié dominicano independiente desde el 16 de julio de 1838, cuando los nombres de la Patria, Libertad, Honor Nacional se hallaban proscritos como palabras infames; si después del año 1844 me pronuncié contra el protectorado francés decidido por esos facciosos y la cesión a esta potencia de la península de Samaná, mereciendo por ello todos los males que sobre mí han llovido; si después de veinte años de ausencia he vuelto espontáneamente a mi Patria a protestar con las armas en la mano contra la anexión a España, llevada a cabo a despecho del voto nacional por la superchería de ese bando... no es de esperarse que yo deje de protestar (y conmigo todo buen dominicano) cual protesto y protestaré siempre, no digo contra toda anexión de mi Patria a la de Estados Unidos, sino a cualquiera otra potencia de la tierra.<sup>33</sup>*

Años más tarde, en 1871, Buenaventura Báez, uno de los que luchó para que República Dominicana se convirtiera en un protectorado de alguna potencia extranjera de la época, recibió una famosa comisión norteamericana que visitó Santo Domingo, y que exploraba la necesidad de que se cediera a Estados Unidos la península de Samaná, uno de los lugares de importancia estratégica para la navegación de la época. Ese plan no se materializó, fue derrotado. A partir de 1873 jamás volvió a

---

33. Alfau Durán, *Ideario de Duarte*, pp. 15-16.

hablarse de que República Dominicana debería ser anexada o puesta bajo la tutela de otro país.

Ese pensamiento fue manifestado por Pedro Henríquez Ureña a Federico García Godoy, autor de la novela *Rufinito*, cuando en carta de 1909 le dice que la idea de independencia germinó en Santo Domingo en el siglo XIX, pero no se “hizo clara y perfecta por el pueblo” hasta 1873. La primera independencia fue en 1821, la llamada “independencia efímera” de José Núñez de Cáceres, calificada como “no claramente concebida”, pero independencia al fin.

Opina el ilustre escritor que la del 1844 fue “consciente” y “definida” en los fundadores, pero no para el pueblo ni “aún para cierto grupo de dirigentes” y plantea una reflexión:

*...liberarse de los haitianos era justo, natural, ¿pero comprendía todo el pueblo que debíamos ser absolutamente independientes? Ello es que vemos la anexión a España y sabemos que, si para unos pecaba por su base, para otros fracasó por sus resultados y por ello la combatieron.*

Luego expresa que lo extraño era que ni ese fracaso bastó para “desterrar toda idea de intervención extraña” y que en el gobierno de Báez se pensó en Estados Unidos, pero cuando fue derrotado en la revolución de 1873 “se derrocó en Báez no solo a Báez, sino a su propio enemigo Santana y el régimen que prevaleció durante la Primera República y se desterró definitivamente toda idea de anexión a país extraño”. Por eso, para el gran pensador, el año 1873 “significa para los dominicanos lo que significa en México el año 1867: el momento

en que llega a su término el proceso de intelección de la idea nacional”.

Finalizaba expresando Henríquez Ureña que “nuestro período de independencia, por tanto nuestro proceso de independencia moral, se extiende desde 1821 hasta 1873. En ese medio siglo el momento más heroico, el ápex, es 1844, pero esa fecha debe considerarse como central, no inicial”. No obstante, aclara que no pretendía afirmar que 1821 fuera la fecha más gloriosa, sino que “la fecha simbólica debe ser siempre la que el voto popular eligió: el 27 de febrero, no por ser inicial, sino por ser la obra más grave y hondamente pesada”.

## **Bibliografía**

- Alfau Durán, Vetilio (compilador). *Ideario de Duarte*, 5<sup>ta.</sup> ed., Santo Domingo, R. D.: Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994,
- Balcácer, Juan Daniel. *Juan Pablo Duarte. El Padre de la Patria*, Santo Domingo, R. D.: Amigo del Hogar, 2001.
- Balcácer Juan Daniel y Manuel García Arévalo, *La independencia dominicana*, Madrid, España: Colecciones MAPFRE, 1992.
- Bosch, Juan. *Composición social dominicana*, Santo Domingo, R. D.: Editora Alfa y Omega, 2005.
- Cordero Michel, Emilio. “Reflexiones acerca de la reincorporación a España y el primer intento independentista dominicano”. Ponencia presentada en el coloquio internacional “Repensar la independencia desde el Caribe en el Bicentenario

de la Revolución Española, 1808-2008”. Santo Domingo, R. D., 6-9 de octubre de 2008.

Chez Checo, José. “Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplo, de Juan Bosch: una lectura historiográfica”, en *Dos coloquios sobre la obra de Juan Bosch*, Santo Domingo, R. D.: Banco Central de la República Dominicana, 2010.

Dirección de Información, Prensa y Publicidad de la Presidencia *Festival de las ideas: retrospectiva y perspectiva del pensamiento político dominicano*, Santo Domingo, R. D.: Eras Diseño Gráfico, 2009.

Duarte, Rosa. *Apuntes para la historia de la isla de Santo Domingo y para la biografía del general dominicano Juan Pablo Duarte y Díez*, Santo Domingo, R. D.: Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994.

García, José Gabriel. *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*, Santo Domingo, R. D.: Editora El Caribe, 1971.

González, Raymundo “El concepto de pueblo-nación de Duarte y la independencia dominicana”. Conferencia dictada en el año 2008. Inédita.

González Stephan, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispano-americano del siglo XIX*, La Habana, Cuba: Casa de las Américas, 1987.

Incháustegui, Arístides y Blanca Delgado Malagón (compiladores). *Vetilio Alfau Durán en Clío. Escritos II*, Santo Domingo, R. D.: Comisión del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, 1994.

Jimenes Grullón, Juan Isidro. *La ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*, Santo Domingo, R. D.: Archivo General de la Nación, 2009.

- Lynch, John. *Las revoluciones hispanoamericanas. 1808-1826*, 11<sup>a</sup> edición, Barcelona, España: Ariel, 2008.
- Mejía Ricart, Gustavo Adolfo. *Crítica de nuestra historia moderna*. Santo Domingo, R. D.: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Colección Bibliófilos-Banreservas, 2007.
- Moya Pons, Frank. *Manual de historia dominicana*, 14<sup>a</sup> edición. Santo Domingo, R. D.: Caribbean Publishers, 2008,
- \_\_\_\_\_. “Arritmia histórica, ¿cuál arritmia?”, en *Diario Libre*, Santo Domingo, sábado 15 de noviembre de 2008.
- Pérez, Carlos Federico. *El pensamiento y la acción en la vida de Juan Pablo Duarte*. Santo Domingo, R. D.: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Colección Bibliófilos-Banreservas,, 2007.
- Pérez Memén, Fernando. “Liberalismo y conservadurismo en el ocaso del régimen hispano”, en *El pensamiento democrático de Duarte y otros temas de historia dominicana y de Haití*, Santo Domingo, R. D.: Ediciones Banreservas, 2005.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Santo Domingo y la Gran Colombia. Bolívar y Núñez de Cáceres*, Santo Domingo, R. D.: Editora del Caribe, 1971.
- \_\_\_\_\_. *En torno a Duarte*, Santo Domingo, R. D.: Academia Dominicana de la Historia, 1976.
- \_\_\_\_\_. *La Constitución de San Cristóbal, 1844-1859*, Santo Domingo, R. D.: Academia Dominicana de la Historia, 1980.
- Sánchez Ramírez, Juan. *Diario de la Reconquista*, Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R. D.): Academia Militar Batalla de las Carreras, 1957.

Vega B., Wenceslao. *Los documentos básicos de la historia dominicana*, Santo Domingo, R. D.: Editora Taller, 1994.

\_\_\_\_\_. *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Santo Domingo, R. D.: Archivo General de la Nación, 2011.





## La república de Juan Pablo Duarte: un proyecto frustrado

Jorge Tena Reyes

La historia no se ha hecho para gente  
frívola y casquivana, y el primer deber  
de todo historiador honrado es  
ahondar en la investigación cuanto  
pueda, no desdeñar ningún documento  
y corregirse a sí mismo cuantas veces  
sea menester. La exactitud es una  
forma de la probidad literaria y debe extenderse  
a los más nimios pormenores...  
MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO (1856-1912).

*Historia de los Heterodoxos Españoles*, tomo I.



**I**ndependientemente del acuerdo estratégico logrado en 1843 entre los reformistas haitianos y los trinitarios dominicanos con el propósito de sacar a Boyer del poder, debe consignarse que en este año se produjeron varios hechos que presagiaban cambios políticos en la isla de Santo Domingo. El de mayor impacto fue precisamente el derrocamiento del presidente Jean Pierre Boyer (1775-1850), asediado desde el año anterior por los integrantes de la Sociedad de los Derechos Humanos y del Ciudadano; pero, además, a finales de enero de este año se inició en la hacienda de Praslin (llanura de Torbeck), la revuelta que daría al traste, el 13 de marzo de ese mismo año, con el gobierno imperante.

Por razones obvias, es mucho lo que se ha escrito en nuestro país acerca del régimen del presidente Boyer, con enfoques divergentes, dependiendo de la época y de la concepción ideológica con la que se sientan identificados quienes abordan este polémico tema. Para no extender demasiado estas consideraciones, se transcribirán sólo dos opiniones diametralmente contrapuestas, la de un político y prestigioso intelectual dominicano, el doctor Juan Isidro Jimenes Grullón (1903-1983), y la del reconocido sociólogo haitiano Gerard Pierre Charles (1935-2004).

El primero de estos dos autores estima que a Boyer lo califican unánimemente de tirano:

*... nos hablan del terror que desató, de sus abominables métodos de represión. Hay en todo esto una exageración notoria. Fue un régimen fuerte, pero bastante blando dentro de su fortaleza. Utilizó la represión violenta como la había utilizado España frente a aquellos que conspiraron abiertamente contra su existencia —tal vez el doctor Jimenes Grullón alude aquí a la draconiana sentencia de Juan Sánchez Ramírez (1762-1811), en contra de los gestores de la llamada Revolución de los Italianos, al tiempo que, al parecer sin proponérselo, reivindica el repudiado comportamiento de un régimen que él combatió abiertamente desde el exilio—. Igualmente parece olvidar que su bisabuelo Juan Jimenes fue uno de los implicados en la abortada conspiración de Los Alcarrizos en 1824 y fusilado junto a la mayoría de los conjurados por expresa disposición del general de División Jérôme Maximilien Borgella, primer comandante del Departamento de Santo Domingo durante el régimen de Jean Pierre Boyer, quien permitió, sigue diciendo el doctor Jimenes Grullón, que se desarrollara un movimiento opositorista, de tipo liberal, tanto en el este como en el oeste de la isla. Y se abstuvo de emplear el crimen como instrumento de acción política. No fue, pues, un tirano. Y la mejor prueba de ello es que el movimiento separatista, que culminó en la independencia de la República, pudo desarrollarse con escasos obstáculos”.*<sup>1</sup>

---

1. Jimenes Grullón, Juan Isidro. *La República Dominicana: una ficción*. Mérida, Venezuela: Talleres Gráficos Universitarios, 1963. p. 42.



Jean-Pierre Boyer, quien en su condición de Presidente de Haití, invadió la parte del Este de la isla en 1822, situación que se prolongó hasta el 27 de febrero de 1844. Su mayor virtud como político fue su ejemplo de austeridad. Murió en París en la mayor miseria.

Hasta ahora creía que este hecho había sido posible, no por la benevolencia de Boyer, sino por la hermética estructura de la sociedad La Trinitaria, que prevaleció hasta 1843, cuando se formaron las juntas populares, luego del derrocamiento del régimen boyerista.

Como contraste a la desbordada apreciación que se acaba de transcribir acerca del comportamiento político del presidente Jean Pierre Boyer, se resume la descripción que de este gobernante ofrece su compatriota, el sociólogo Gérard Pierre-Charles, para quien:

*Jean Pierre Boyer (1818-1843), que durante 26 años gobernó Haití con mano de hierro, con todas las características de un soberano medieval, no contento con tiranizar a las masas campesinas que habían logrado, con la independencia y las reformas agrarias que le siguieron, un pedazo de tierra propia del Estado; no contento con hacer sentir su ferocidad a los haitianos, se descubrió la vocación de conquistador.*

*Invadió la parte oriental de la isla y durante 22 años hizo pesar sobre los dominicanos la carga de una administración despótica.<sup>2</sup>*

Resulta visible la distancia valorativa existente entre estos dos acreditados escritores acerca del mandatario haitiano que invadió la parte del Este de la isla en 1822.

---

2. Pierre-Charles, Gérard. *Radiografía de una dictadura: Haití bajo el régimen del doctor Duvalier*. México: Editorial Nuestro Tiempo, S. A., 1969. p. 46.

Previo a su derrocamiento, Boyer había convocado una Asamblea Constituyente con ciento veinticinco diputados, a la que asistieron los representantes de la parte del Este, entre ellos Buenaventura Báez (1812-1884); pero mientras los constituyentes realizaban su labor en Puerto Príncipe, el general Charles Hérard (1789-1850), llamado Rivière-Hérard, se convertía en el posible sucesor del asediado mandatario, quien al ser depuesto del cargo se trasladó a París donde, según testimonio de la historiografía haitiana, murió en “condiciones de extrema pobreza”.

Como era de esperarse, el nivel de inestabilidad política se acrecentó en Haití desde el derrocamiento del dictador Jean Pierre Boyer, situación que indudablemente favorecía los planes de los duartistas, y tal vez fue esa la coyuntura que previó su líder cuando dispuso adherirse al movimiento que propugnaba por un cambio en la dirección del Estado haitiano, y que logró concertar Matías Ramón Mella y Castillo (1816-1864). Esta situación alentó la intensificación del proselitismo de los independentistas del Este, ya que para este año era de dominio público la existencia de este sector opositor, así como la identificación de su líder, Juan Pablo Duarte y Díez (1813-1876).

Esto explica la persecutoria actitud del presidente Charles Hérard durante su estadía en la ciudad de Santo Domingo, luego de asumir el poder con la finalidad de desarticular el movimiento independentista que se percibía en la mayor parte del territorio dominicano gracias a la acción y a los objetivos políticos de los trinitarios y sus adherentes, cada vez más numerosos y activos, conforme lo había diseñado Duarte durante largos



Jérôme Maximilien Borgella, General de División y Primer Comandante del Parlamento de Santo Domingo durante el régimen de Boyer. Le cabe la triste gloria de haber llevado al patíbulo, en 1824, a los implicados en la llamada conspiración de Los Alcarrizos. Su nombre se asocia, además, al palacio que lo habitó en la calle Isabel La Católica, frente al parque Colón.

años. Era así la expresión más fehaciente del pensamiento político del fundador de la República, alrededor de quien existe ya, por razones obvias, una copiosa bibliografía dedicada a su obra y a su sacrificio patriótico. Sin embargo aún no se ha dilucidado el período de la historia de España comprendido entre 1823 y 1833, o sea, lo que la moderna historiografía liberal española llama la Década Ominosa. Se trata del último período del absolutismo de Fernando VII (1784-1833), el “deseado”, el “rey absoluto, absolutísimo”, matizado por una fuerte confrontación entre liberales y monárquicos durante el cual tampoco estuvo ausente el activismo masónico y de las sociedades secretas, cuya presencia en España se incrementó con la invasión napoleónica en 1808.

La existencia de las sociedades secretas y la francmasonería en España eran tan notables que inspiraron la obra titulada *Fernando VII y la masonería* (1970), del marqués de Valdelomar. Antes que este marqués, Vicente de la Fuente había publicado la obra *Historia de las sociedades secretas, antiguas y modernas en España y especialmente de la franc-masonería* (1870). También aborda este tema el prolífico historiógrafo don Manuel Fernández Álvarez en su obra *Las sociedades secretas y los orígenes de la España contemporánea* (1961). Obras que hasta donde sepamos aún no han sido espulgadas por la mayoría de los estudiosos de la vida y la obra de Juan Pablo Duarte.

El estudio de la historia de España en este período es esencial, pues coincide con la presencia de Duarte en Cataluña y solo así se podría entender objetivamente la gestación del pensamiento político del fundador de la República. Lamentablemente son muy

escasos los estudios dominicanos que tocan este tema en forma global. La sociedad secreta La Trinitaria, fundada por Duarte, es hija legítima, según nuestro modesto entender, de las sociedades secretas españolas, de las que él de seguro tuvo noticias suficientes durante su estancia, por algo más de dos años, en Cataluña.

También se advierte cierta debilidad informativa entre los autores dominicanos acerca del análisis de la expresión de Duarte acerca de los “fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero demos nosotros algún día a nuestra Patria”. Es preciso ahondar en la dilucidación de este tema para explicar las razones que tuvo Duarte al concebir dichos fueros como parte de su proyecto político, pues hasta ahora solo se cita como un episodio anecdótico, cuando todo parece indicar que los asimiló como inspiración de su ideario revolucionario.

En esta disquisición bibliográfica cabe exaltar el discurso pronunciado por don Emilio Rodríguez Demorizi (1904-1986) en 1969, al ingresar como miembro al Instituto Duartiano. En el mismo, titulado “Duarte romántico”, él conecta el “romanticismo poético y político de Duarte” con el romanticismo español de Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862), aplaudido autor de la tragedia *La viuda de Padilla*, escrita a la manera de Víctor Alferi (1749-1803). Esta obra formó parte del repertorio del teatro de los trinitarios y fue presentada con desbordante aclamación por el mensaje de igualdad y de justicia que contiene, dirigido expresamente a todos los asistentes a esas representaciones teatrales. En éstas se incluyó también *Roma libre*, del citado Alfeire “un burgués revolucionario italiano”, como él mismo lo expresa en sus *Memorias*.

De acuerdo al análisis del licenciado Rodríguez Demorizi en el citado discurso, todo parece indicar que Duarte recibió también el influjo de Ángel de Saavedra y Ramírez de Boquedano, duque de Rivas (1791-1842), y también de José de Espronceda (1808-1842), entre otros autores de la rica escuela romántica española.

Igualmente, el fecundo historiógrafo Demorizi afirma que la llegada de “Duarte a la metrópoli coincide con el delirio romántico español” [...] y “podría decirse –agrega– que Duarte se inspiró en la sociedad secreta revolucionaria Los Numantinos, dada a conocer por Espronceda en 1823”. (“Duarte romántico”, 1969. p. 10). Para ahondar en el estudio de los citados fueros existen varias obras, como el extenso estudio de los señores don José Corolec y José Pella y Forgas: *Los fueros de Cataluña* (1878), texto que no se encuentra registrado en la bibliografía duartista, y nos preguntamos cuántos lo habrán estudiado, así como la *Historia del nacionalismo catalán*, en dos tomos de Maximiliano García Venero (1967).

Este autor señala que la “década de 1823-1833 es fascinadora por su tejido de conspiraciones, revueltas, alzamientos, pasos de frontera con designios liberales, odios dentro de los bandos que, sin embargo, se enfrentan duramente. Diríase que conspiraba toda España, comenzando por Fernando VII y su hermano Carlos María Isidro de Borbón (1788-1855) [...]. En los papeles de ese tiempo aparecen acusaciones contra el monarca, imputándole pertenecer a la masonería. Alguna –o algunas– de las sociedades secretas absolutistas fundadas en el trienio 1820-1823 que tomaron partido contra el rey.”<sup>3</sup>

---

3. *Historia del nacionalismo catalán*. Madrid: Editora Nacional, 1966, tomo I, p. 160.

La lectura de estos textos, y de otros que no se citan, permite, al estudiar la vida del patricio Juan Pablo Duarte, establecer distancia entre la leyenda y la historia verdadera.

Es importante señalar que cuando Juan Pablo Duarte regresó de España, probablemente antes de la muerte de Fernando VII, acaecida en 1833, y reveló de inmediato su disposición de darle a la parte del Este de la isla “los fueros y libertades de Barcelona”, dejó entender que ya para esa fecha tenía bien concebido su proyecto independentista, el que maduró durante cinco años antes de darlo a conocer, el 16 de julio de 1838, a los ocho jóvenes con los que se reunió a las 11:00 de la mañana en la casa de doña Josefa Pérez de la Paz, madre de Juan Isidro Pérez (1817-1868), quien se convertiría en uno de los más leales y consecuentes de sus seguidores. A partir de esta fecha, la semilla sembrada por Duarte cayó en terreno fértil y no hubo marcha atrás, a pesar de los riesgos y actitudes de los poderes fácticos.

En lo concerniente al citado año de 1843, Rosa Duarte (1820-1888), en un tono poco usual, destaca en sus *Apuntes*:

*La parte española, hoy República Dominicana, ya en 1843 era un volcán; solo esperaban una ocasión propicia para proclamar su libertad. Se supo en Santo Domingo que el general Rivière, que mandaba ya en Haití, venía con doce mil hombres sobre la parte española. Entonces los traidores indujeron a los verdaderos patriotas (el dominicano generalmente es crédulo, no porque sea ignorante, sino por bondad de corazón) a que hicieran una representación al Gobierno*

*haitiano pidiéndole su independencia. Serían las cuatro de la tarde cuando fueron llegando a casa de Duarte uno a uno para no inspirar sospechas. No es posible mencionarlos a todos, tampoco nombrar a los hijos espurios de mi dulce y querida patria, basta que ellos saben que estaban allí como Judas al lado de su amigo y maestro en el huerto de Getsemaní...<sup>4</sup>*

Esto se explica porque luego el derrocamiento de Boyer, hecho que fue recibido con júbilo en la parte del Este de la isla, Juan Pablo Duarte junto a Juan Isidro Pérez, Francisco Sánchez del Rosario (1817-1861), Matías Ramón Mella y Castillo (1816-1864), Pedro Alejandrino Pina (1826-1870) y otros próceres de la camada juvenil que seguía al fundador de La Trinitaria, formaran unas juntas populares con la discreta tolerancia del gobernador Henri Etienne Desgrotte, general de brigada, comandante de la Plaza y de la Común de Santo Domingo, quien, obviamente, era partidario de la Reforma que acababa de cambiar el rumbo político de Haití.

Las juntas populares tenían como objetivo organizar y difundir la revolución independentista en todos los pueblos. Duarte fue comisionado para los pueblos del Este. En El Seybo, en ausencia de Pedro Santana y Familia (1801-1862), entrevistó a su hermano mellizo, Ramón (1801-1844), quien expresó: “El día del peligro me hallará usted a su lado, y desde hoy trabajaré con empeño para atraer partidarios a la causa de la independencia”.

---

4. Duarte, Rosa. *Apuntes*. Santo Domingo, R. D.: Instituto Duartiano. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. Larrazabal Blanco y V. Alfau Durán, 1970, Vol. I, p. 53.

Todo parece indicar luego de la salida de Duarte, en 1843, los hermanos Santana se distanciaron del movimiento independentista. Tal vez esto explique la categórica respuesta de Pedro al rico propietario del Soco, su amigo Esteban Aybar, cuando éste le reclamó su auxilio: “Sí, estoy dispuesto a contribuir a la revolución, pero yo mando”.<sup>5</sup>

Lejos estaba el sacrificado Padre de la Patria de pensar, con el fervor de su inveterado patriotismo, que esa oportuna entrevista, parte importante para los propósitos de su causa, sería, en muy corto plazo, el germen sombrío de la discordia en su perjuicio y en el de los suyos, y finalmente significaría la anulación de la república que deseaba constituir.

Al regreso de su periplo por la región Este, Duarte fue designado coronel del Batallón de los Nacionales. Entonces, con la finalidad de acercarse a los pueblos del sur, se inscribió como agrimensor y se hizo acompañar de Ricardo Ramón Miura (1811-1852), quien ejercía esa profesión. El 15 de junio del citado año, los independentistas, animados por la nueva situación creada en Haití, enfrentaron a los partidarios del gobierno haitiano en un proceso eleccionario que se llevó a cabo en la plaza Anacaona, hoy parque Duarte. En esta ocasión los duartianos vencieron a los candidatos oficialistas, situación que auguraba cambios políticos en la parte del Este. Sin embargo, los efectos triunfalistas de los muchachos o de los “filorios”, como irónicamente se solía llamar al grupo de jóvenes que propugnaba por la

---

5. Rodríguez Demorizi, Emilio. *En torno a Duarte*. Santo Domingo, R. D.: Academia Dominicana de la Historia, Centenario de la muerte de Duarte, 1976, Vol. XLII, p. 10.

independencia, se disipó con el anuncio del 10 de julio de 1843, en el sentido de que el flamante presidente Charles Hérard se dirigía con un poderoso ejército hacia la parte del Este. Ante su inminente entrada a la ciudad, Duarte y sus compañeros identificados con el ideal independentista, previendo las intenciones del nuevo invasor de eliminar los focos segresionistas, de las que de seguro ya tenía noticias ciertas acerca de las acciones realizadas por las juntas populares, tal vez por conducto de “los hijos espurios de la dulce patria mía”, según la frase de Rosa Duarte.

En efecto, el 12 de julio el mandatario haitiano hizo su entrada a la ciudad de Santo Domingo. Duarte se ocultó primero en la casa de la madre de Juan Alejandro Acosta (1816-1886), mientras que Francisco Sánchez del Rosario se encontraba en Los Llanos cumpliendo una misión ordenada por el líder de la revolución ante su hermano Vicente Celestino. Al enterarse de la situación en la que se encontraba Duarte, se trasladó de inmediato a Santo Domingo para ponerse a su disposición, gesto de valor y solidaridad que el licenciado Ramón Lugo Lovatón relata ampliamente en su “pequeña biografía” de Sánchez, como la designaba don Américo Lugo.

Usualmente se nombra al prócer de febrero y mártir de El Cercado como Francisco del Rosario Sánchez, pero, como se ha podido apreciar, en el curso de este relato no se sigue esta errónea tradición, pues si bien es cierto que él nació en condición de hijo bastardo, costumbre muy generalizada en su época, Narciso Sánchez (1789-1869), su padre, y Olaya del Rosario, su madre, contrajeron matrimonio el 21 de marzo de 1819 y Narcisazo lo “legítima”, por lo que el apellido de la madre pasó a un segundo lugar, cuando Francisco



Charles Hérard, "llamado" Rivière Hérard, reemplazó a Boyer en la presidencia de Haití, del 31 de diciembre de 1843 al 3 de mayo de 1844. Como gobernante cosechó pocos éxitos, sin embargo, durante su larga gira en la parte del Este de la isla desató una tenaz persecución contra Juan Pablo Duarte que provocó la salida de éste hacia el exilio en 1843.

apenas había cumplido dos años de edad. Es por ello que se antepone el apellido Sánchez, para evitar un error cronológico con el que se ofende la jerarquía social de uno de los padres de la patria.

Para confirmar esta aseveración, puede verse el capítulo primero de la citada “pequeña” biografía de Sánchez, del licenciado Ramón Lugo Lovatón, con la salvedad de que este autor se excede en más de una ocasión en la valoración histórica de su biografiado, con apreciaciones visiblemente ilógicas en desmedro de la progenitura del Padre de la Patria, verbigracia la concepción de la bandera tricolor concebida por Duarte según consta en el juramento trinitario.

No es posible negar la alta cuota de sacrificio aportada por Francisco Sánchez del Rosario durante el proceso que culminó con la independencia nacional, pero de ahí a dignificarlo más allá de lo históricamente admisible, como se consigna en el numeral 49 de la biografía de Sánchez del mencionado historiador Lugo Lovatón, parece un despropósito lógicamente inaceptable. Dice:

*La casa de Sánchez fue para la revolución libertadora lo que el divino pesebre de Belén para el nacimiento de la revolución cristiana. Allí se efectuaban reuniones, recibió lectura el Manifiesto de Enero y se nombró la primera junta gubernamental, y allí también, como hija predilecta de la revolución, nació la bandera nacional.<sup>6</sup>*

También se le asigna la paternidad de la creación de la bandera tricolor que ondeó en la Puerta del Conde la memo-

---

6. Lugo Lovatón, Ramón. *Sánchez*. Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R.D.): Editora Montalvo, 1947, pp. 173-184.

rable noche del 27 de febrero de 1844 a Juan Nepomuceno Ravelo de los Reyes (1815-1885), uno de los fundadores de La Trinitaria, según consta en la carta que su hijo, Temístocles A. Ravelo Abreu, le dirigiera en 1932 al señor Mario S. García y Reina.

Dos reputados historiadores nacionales, de sólida formación profesional y de incuestionable honestidad, ilustran acerca de este tema. Ellos son los doctores Alcides García Llubes (1889-1967) y Vetilio Alfau Durán (1909-1985) de cuyas conclusiones historiográficas no hay posibilidades reales para dudar.

Para el primero de los autores precedentemente citados, “el 16 de julio de 1838 nació nuestro inmortal pabellón cruzado y tricolor. Así lo demuestra paladinamente el augusto texto del juramento de los trinitarios. Transcribámoslo siempre, hasta que se lo aprendan de coro todos nuestros compatriotas...”<sup>7</sup>

Por otra parte, Alfau Durán asienta:

*La historia sabe hoy que nuestra bandera fue obra de Duarte, y la que Sánchez desplegó en el Baluarte al ser proclamada fue obra material de las manos de las vecinas más gallardas de la antigua Puerta del Conde de Peñalva, de Concepción Bona (1824-1901), quien fue ayudada en tan noble tarea por su prima María de Jesús Pina. Ambas patricias, hijas y hermanas de trinitarios y febreristas.*<sup>8</sup>

---

7. García Llubes, Alcides. “El Día de la Bandera”, en *Duarte y otros temas*. Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 1971, Vol. XXVIII, p. 150.

8. Alfau Durán, Vetilio “Historia de las banderas”, en *Vetilio Alfau Durán en Clío (Escritos*

En la síntesis biográfica de Concepción Bona que se inserta en el difundido opúsculo *Mujeres de la independencia*, Alfau Durán expresa, además, lo siguiente:

*Doña Concepción Bona había cumplido 19 años cuando confeccionó con patriótico entusiasmo y con nerviosidad femenil la primera bandera nacional que acariciaron los vientos en la noche épica del 27 de febrero de 1844 enarbolada por Sánchez en el baluarte que hoy sirve de panteón excelso.*<sup>9</sup>

Otro autor digno de mencionar en este recuento de reafirmación de una verdad histórica incontrovertible, es el erudito historiógrafo, doctor Leónidas García Lluberés (1882-1962), hijo también, como Alcides, del “historiador nacional” don José Gabriel García (1834-1910).

*La lógica del hecho es incontrovertible. Bastaría meditar en las generosas ideas y los sentimientos aún más generosos de Duarte y los trinitarios; bastaría recordar la ardiente adhesión de muchos extranjeros a la causa separatista, para ratificar en la conciencia el convencimiento de que ese fue el noble origen de la bandera dominicana.*<sup>10</sup>

Aunque con frecuencia se le incluye en el proceso de confección, no de concepción, porque como ha quedado demostrado

---

II). Compiladores: Arístides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón. Santo Domingo: Publicaciones del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, 1994, Vol. II, p. 318.

9. Alfau Durán, Vetilio. *Mujeres de la independencia*. Santo Domingo: Archivo General de la Nación. Colección Cuadernos Populares 2, 2009. p. 60.

10. García Lluberés, Leónidas. “La bandera nacional”, en *Crítica histórica*. Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia. Centenario de la Restauración de la República, 1964, Vol. XVI, p. 230.

es obra de Duarte, se ha excluido de este hecho a María Trinidad Sánchez (1794-1845), primera víctima del acentuado primitivismo político que prevaleció durante la frustrada Primera República. Ella tiene méritos suficientes para estar en las páginas más fulgurantes de nuestra historia, pero se consigna como que estuvo en la Puerta del Conde la noche del 27 de febrero, no así en la casa de los Pina Benítez, en las inmediaciones del Baluarte, para prestar su colaboración a Concepción Bona en la confección de nuestra bandera.

A requerimiento de Sánchez, se reúnen él, Duarte, Pina y Pérez en la Plazoleta del Carmen para planificar los pasos que se deberían seguir de acuerdo a la nueva situación. Para evadir la persecución haitiana, Duarte y Pina se mudan de sitio y se alojan en la casa de la familia Hernández, desde donde se trasladan a la Plaza de San Lázaro para refugiarse en la residencia de Jaime Yépez; de aquí pasan, en el mismo vecindario, a la de Eusebio Puello (1811-1871), mientras la residencia de los padres de Duarte es allanada por las autoridades y mantenida en permanente vigilancia con el fin de detener al cabecilla de la revuelta. El éxito de sus evasivas demuestra que en 1843 existía en la parte del Este de la isla un decidido sentimiento antihaitiano en un amplio sector de la población, situación que permitió que pudieran cambiar constantemente de alojamiento sin ser apresados.

El 29 de julio de 1843 se encuentra Duarte en la casa del prócer Juan Alejandro Acosta, junto a su inseparable compañero Pedro Alejandrino Pina, el benjamín de los trinitarios, quien apenas tenía 18 años cumplidos cuando firmó con su sangre, como el resto de sus compañeros, el juramento del 16 de julio

de 1838, pero ante la persistente persecución de las autoridades se determina que Duarte salga del país. Por su parte, Pérez y Pina se alojan en la casa del español Pascual C. López, en el sector conocido entonces como Pajarito, hoy Villa Duarte. De ese lugar parten Duarte, Pina y Pérez, para Venezuela el 2 de agosto de 1843. Este último, después de muchos avatares pierde la razón, por lo que Rodríguez Demorizi lo ha exaltado como “el ilustre loco”.<sup>11</sup>

Trece días después de la salida de Duarte y sus compañeros hacia Caracas, Hérard abandona la ciudad, pero para no romper la costumbre de sus predecesores, se lleva un contingente considerable de presos dominicanos, entre los que estaban, según Rosa Duarte, Matías Ramón Mella, Félix Mercenario (1789-1861) y el padre del general Sánchez, que se supone se refiere a Narciso Sánchez (1789-1869).

Para mayor ilustración de quienes lean este breve relato, tal como se hizo con Boyer, se transcribe la opinión del doctor Dante Bellegarde, notable historiador haitiano, acerca del presidente Charles Hérard. Dice Bellegarde: “Hérard no era presidente de Haití más que de título. La persona que tenía verdaderamente en sus manos la dirección de los asuntos era el ministro Hérard-Dumesle, primo del jefe del Estado”. En alusión al recorrido de Hérard por la parte del Este agrega: “debido a los errores del jefe del gobierno provisional, agravó el descontento creado allí por le régimen de Boyer. El estallido no tardó en producirse...”<sup>12</sup>

---

11. Rodríguez Demorizi, Emilio. *Discursos de Tomás Bobadilla*. Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R.D.): Impr. J. R. Vda. García Suc., 1938.

12. Bellagarde, Dante. *La nación haitiana*, Santo Domingo, R.D.: Sociedad Dominica-



Fernando VII, el “Deseado”, pintado por Vicente López. Este óleo se exhibe en el Museo del Prado de Madrid. Luego de la abolición en 1814 de la Constitución de Cádiz, la confrontación política en España, entre conservadores y liberales, giró alrededor de este combatido monarca, en forma tan ácida que antes de morir en 1833, se permitió decir: “España es una botella de cerveza y yo soy el tapón: en el momento en que este salte, todo el líquido contenido se derramará sabe Dios en qué derrotero”. Esa fue la España que conoció Duarte y de cuyas ideas más progresistas se nutrió durante su estancia en Barcelona (1830-1832).

El gobierno de Hérard dura apenas un año, del primero de enero de 1843 al 3 de mayo de 1844. Entonces se traslada a Jamaica, y aunque intenta en dos ocasiones recuperar el poder, es igualmente rechazado por sus compatriotas. Muere en Rent Comb, cerca de Kingston, el 30 de octubre de 1850.

Juan Pablo Duarte y sus acompañantes, Pina y Pérez, llegan a La Guaira, procedentes de Saint Thomas, el 27 de agosto de 1844, en la goleta “La Nueva Felicidad”. Desde allí se trasladan a Caracas, y se hospedan en la casa de Prudencio Díaz, tío de Duarte por la vía materna, pero antes de ausentarse designa una comisión para que se encargue de continuar las labores proselitistas a favor de la independencia nacional. Los elegidos son Francisco Sánchez del Rosario, Vicente Celestino y Manuel Jimenes (1808-1854).

Lamentablemente, además del debilitamiento de su liderazgo, durante la ausencia de Duarte se produce una inoportuna segregación en las filas de su organización, con visibles desavenencias estratégicas entre Sánchez, Vicente Celestino y Mella. Los primeros llegan al extremo de escribirle una carta a Duarte, el 15 de noviembre de 1843, expresándole lo siguiente: “Ramón Mella se prepara para ir allá, aunque dice que va para Saint Thomas, no conviene que te fíes de él, pues es el único que en algo ha perjudicado nuevamente por su ciega ambición e imprudencia”.<sup>13</sup>

Les dicen, además, en esta extraña misiva: “Juan Pablo, volvemos a participarte la mayor actividad, a ver si hacemos que el mes de diciembre sea memorable para siempre”, al tiempo que

---

na de Bibliófilos, Inc., 1984, p. 138.

13. *Cartas al Padre de la Patria*. Selección de Emilio Rodríguez Demorizi. Presentación de Pedro Troncoso Sánchez. Santo Domingo, R.D.: Instituto Duartiano, 1970, Vol. V, p. 12.

le piden, en forma conminatoria, así sea a costa de una estrella del cielo, los efectos siguientes: 2000 ó 1000, o 500 fusiles, a lo menos; 4000 cartuchos, 250 libras de pólvora, 3 quintales de plomo, 500 lanzas o las que pudiere conseguir; “lo esencial es un auxilio, por pequeño que sea, pues éste es el dictamen de la mayor parte de los encabezados”.

Según ellos, una vez obtenida la ayuda solicitada, Duarte debería dirigirse del Puerto de Guayacanes, “siempre con la precaución de estar un poco retirado de tierra, como una o dos millas hasta que se te avise, o hagas señas, para cuyo efecto pondrás un gallardete blanco si fuere de día, y si fuere de noche, pondrás encima del palo mayor un farol que lo ilumine todo, procurando, si fuere posible, comunicarlo a Santo Domingo, para ir a esperarte a la costa el 9 de diciembre, o antes, pues es necesario temer la audacia de un tercer partido, o de un enemigo nuestro, estando el pueblo tan inflamado”.<sup>14</sup>

No debe descartarse que este posible tercer partido al que aluden Sánchez y Vicente Celestino sea el que, a su juicio, fraguaban los conservadores que ya Mella había logrado incorporar al movimiento independentista con Tomás Bobadilla a la cabeza (1785-1871).

Tal vez por la fragilidad estratégica, o por los limitados recursos de los encomendados, el proyecto Sánchez y Vicente Celestino, no pasó de ser un inviable propósito.

Lo que no puede negarse es que a pesar de la distancia y de la difícil situación, Duarte se mantuvo en contacto permanente

---

14. *Ibidem.*

con sus compañeros de partido y con todos aquellos que pudieron ser útiles para el logro de la independencia. Con ese propósito se movía entre Venezuela, Curazao y Saint Thomas. Todo lo que fuera útil para su causa era bien recibido por él.

Después de leer el contenido de la mencionada carta, resultan fácilmente comprensibles las diferencias existentes entre la comisión designada por Duarte y uno de los más destacados colaboradores. Nos referimos al osado Matías Ramón Mella, quien unilateralmente facilitó la incorporación de los conservadores al movimiento liberal que procuraba la independencia de Haití.

Tal como asienta Alcides García Lluberes: “La ausencia de Duarte hizo caer en manos conservadoras la dirección de los acontecimientos, y la Patria entró en la vida independiente al amparo del nombre de Francia y amenazada de lesiones en su soberanía y en su territorio”.<sup>15</sup>

Es evidente que el proyecto unionista articulado por Mella y el taimado Tomás Bobadilla y Briones cobró cuerpo programático después de la salida de Duarte hacia el exilio, y su nacionalismo radical fue contaminado por el sector conservador que se presentaba, por su experiencia política y su arraigo social, como la alternativa viable para lograr lo que en principio parecía un objetivo común: independizarse de Haití.

Esta ingenua creencia fue la que llevó a Mella a propiciar la entrada de los conservadores al movimiento separatista, quienes muy pronto le pusieron su sello con Bobadilla a la cabeza,

---

15. García Lluberes, Alcides. “Duarte en la Puerta del Conde”, en *Duarte...*, p. 70.

seguido del doctor José María Caminero y Ferrer (1782-1852) y por otros que muy pronto se declararon partidarios del protectorado, desconociendo la sustentación ética del nacionalismo integral de Juan Pablo Duarte, que tal vez era lo que Vicente Celestino y Sánchez querían evitar con la premonitoria carta cuyo contenido ha sido transcrito en parte.

Probablemente, cuando Mella se acercó a los conservadores no se proponía debilitar el liderazgo de Juan Pablo Duarte, a quien respetó sinceramente, sino que actuó guiado por los impulsos de su carácter, que puso de manifiesto tanto el 27 de febrero como en la propuesta de la candidatura presidencial de Duarte en Santiago, mientras se desempeñaba como delegado de la Junta Central Gubernativa en el Cibao. Ante la nueva situación creada, señala el maestro Alfau Durán:

*...la suplantación de Duarte por Bobadilla en la dirección de la revolución de la independencia no fue un simple desplazamiento personal. Ello implicó, necesariamente, un cambio político profundo de fatales consecuencias para la causa nacional, para el ideal independentista programado en el juramento trinitario y articulado en el apartado sexto del proyecto de Ley Fundamental, pues queda reducido a un simple propósito de mera separación, que era solo lo que perseguían los viejos, prostituidos y taimados conservadores, como los califica el doctor Alcides García Lluberés.<sup>16</sup>*

---

16. García Lluberés, Alcides, "Planes que precedieron al 27 de febrero de 1844", en *Vetilio Alfau Durán en Clío (Escritos II)*, p. Vol. II, p. 222.

Con el propósito de encontrarse con sus incondicionales amigos Pina y Pérez, Duarte sale de Caracas el 15 de diciembre sin esperanzas, con la muerte en el corazón, rumbo a Curazao, adonde llega el 20 de diciembre y tras un largo y efusivo abrazo a Pina y a Pérez, recibe la dolorosa noticia de la muerte de su padre, Juan José Duarte Rodríguez (1768-1843), hecho que acrecentaría su angustia por regresar al país. En Curazao le ataca una fiebre cerebral que no le permite hacer nada hasta el 4 de febrero.

En el orden político, el hecho que de seguro mayor efecto le produjo fue la firma, el 16 de enero de 1844, de la “Manifestación de los pueblos de la parte del Este de la isla, antes Española o de Santo Domingo, sobre las causas de su separación de la República Haitiana”. Este documento envenenado, si bien lo firmaron sirios y troyanos, debe consignarse en los anales de la historia dominicana como el epitafio de la república ideada por Juan Pablo Duarte, no solo porque contiene en su primer encabezado el malévolo propósito de los viejos conservadores, sino porque expresa, además, un vil desprecio a la dignidad nacional que habían asumido los trinitarios como consigna de un proyecto de redención nacional que no admitía claudicaciones.

Se describe por primera vez en el lenguaje político dominicano el término “separación”, antepuesto al de independencia que enarbolaba el ideal duartiano.

Bobadilla redactó la célebre “Manifestación...”, y Mella la firmó después del autor y salió con el grave documento todavía en forma de contrato bilateral a recoger las firmas de Sánchez, Jimenes, Mercenario y del resto de los conjurados, lo cual demuestra la



Retrato fotográfico de Juan Pablo Duarte realizado por Próspero Rey, en Caracas en 1879. Se estima que es el único retrato auténtico que hasta ahora se conoce del Padre de la Patria.

fe que tenía en la causa cuyo objetivo hasta ese momento no se había expresado abiertamente en el pensamiento de los conservadores.

Ahora, la pregunta que ha quedado sin respuesta: ¿habría firmado Juan Pablo Duarte la “Manifestación” del 16 de enero con el término separación que difería sustancialmente de su proyecto político, sustentado en la independencia pura y simple? Queda esto a merced de lo que Lucien Febvre llama “combates diferidos de la historia”.

Es que entre Bobadilla y Duarte no podía haber ningún tipo de coincidencia. El primero pertenecía al grupo de los que Duarte llamó orcopolitas, o sea, políticos del infierno, según el neologismo usado por el atropellado patricio, mientras que Duarte era un ser extraño, un obstáculo para la ejecución de los planes de los patricidas, por lo tanto no era suficiente extrañarlo del suelo que lo vio nacer y destruirlo moralmente con epítetos denigrantes. En cada uno de los actos en su contra es visible la sombra perturbadora de Tomás Bobadilla y Briones, hijo preclaro de Neyba.

El general Duarte —comenta Alcides García Lluberes— brilló semejante a un meteoro, y desapareció en segundos, puede decirse que era para su generación un personaje casi extraño, más aún:

*un ser a quien los odios políticos y la hiel de la persecución, que todo lo envenenan, se propusieron hacer aparecer cubierto con el ridículo, para cercenar su gloria y empequeñecer la obra gigantesca de haber realizado, sin recursos, en*

*1844, lo que en 1924 fue de todo punto imposible a una generación más opulenta y que rebosaba en elementos de toda especie...*

Por las circunstancias adversas a su liderazgo y al ideal independentista que Duarte había creado, el 4 de febrero de 1844 le escribe a su madre, doña Manuela Díez Jiménez (1786-1858), ya viuda Duarte, y a sus hermanos la carta vaciada en bronce en el pedestal de su estatua levantada en la intersección de las calles Hostos y Padre Billini, en la que les expresa su decisión de renunciar a sus bienes y a los de su familia para ponerlos a disposición de la causa de la independencia. Les dice:

*El único medio que encuentro para reunirme con ustedes es independizar la Patria: para conseguirlo se necesitan recursos, recursos supremos, y cuyos recursos son, que ustedes de mancomún conmigo y nuestro hermano Vicente ofrendemos en aras de la Patria, lo que a costa del amor y trabajo de nuestro padre hemos heredado. Independizada la Patria puedo hacerme cargo del almacén, y a más, heredero del ilimitado crédito de nuestro padre y de sus conocimientos en el ramo de la Marina, nuestros negocios mejorarán y no tendremos por qué arrepentirnos de habernos mostrado dignos hijos de la Patria.<sup>17</sup>*

Existen en los anales de la independencia americana pocos ejemplos de desprendimiento similares al que Duarte expresa en esta carta, por lo que don Américo Lugo (1878-1952), y esto se hace público por primera vez en el curso de nuestras acostumbradas

---

17. Rodríguez Demorizi, *En torno...* p. 13.

conversaciones, rectificaba su juicio acerca de la virilidad de Duarte y decía: “Como advierto que tiene gran admiración por Duarte, le autorizo a decir que contrario a mi valoración anterior, finalmente me he dado cuenta que Juan Pablo Duarte es uno de los próceres más dignos de la historia de América, solo comparable con José Martí”. Esto me pedía el doctor Lugo en 1951, en la casa número 4 de la calle Bernardo Pichardo, en Gascue, donde él residía.

La aludida carta fue leída con toda solemnidad. El presbítero Fernando Arturo de Meriño expresa: “Duarte propuso el sacrificio de su patrimonio con la aceptación de su paciente madre, quien accedió a todo; pero Francisca (+- 1889), la más pequeña de los once hermanos de la prole Duarte Jiménez, argumentó que su padre en una conversación había dicho: ‘No puedo sacrificarlo todo por la independencia de la Patria de mis hijos, porque mi esposa y mis hijas no tienen brazos para trabajar’. Recordando este argumento de su padre, dijo: ‘Si todo se pierde, nosotros ¿de qué vivimos?’. ¡Pobre niña –argumenta Rosa Duarte en sus *Apuntes*–, apenas salía de la infancia y ya le amedrentaba el porvenir!... Los que se hallaban reunidos –sigue diciendo Rosa Protomártir– para saber lo que tenían que esperar de la lectura de la carta, eran su hermano Vicente, su sobrino Enrique, los señores Sánchez, Mella y otro de sus tíos, José Díez, le respondieron (a Francisca): ‘Los que sobrevivan trabajarán para que no les falte un pan’. Sí, no les ha faltado el negro pan del destierro, amasado con amargas lágrimas que solo se ven enjugadas por el fúnebre velo que las acompaña al sepulcro!”<sup>18</sup>

---

18. Duarte, Rosa. *Apuntes...*, p. 69.



Doña Manuela Diez y Jiménez. Madre amantísima del Padre de la Patria. Acerca de ella escribió Ramón Emilio Jiménez, poeta y costumbrista, en *La patria en la canción* lo siguiente: "Fuiste para el Patriota como una sembrera/ alma de redención, carne de apostolado/ y como barro y puro que encierra oro preciado/ oro de libertad tu noble entraña era".

Tras el fracaso del proyecto Guayacanes, concebido por Vicente Celestino Duarte y los Sánchez, conservadores y liberales acordaron también, en ausencia de Duarte, fijar el 27 de febrero a las 10:00 de la noche para iniciar, desde la Puerta de la Misericordia, la revuelta libertadora, que ya era de amplio conocimiento de la población, debido a la circulación del nefasto *Manifiesto del 16 de Enero de 1843*. Desde allí saldrían los conjurados hacia la Puerta del Conde,<sup>19</sup> donde se produciría la proclamación de la República, previo acuerdo con su custodio, el teniente Martín Girón, quien quedó incorporado al ejército libertador con el rango de capitán.

El lugar escogido para la reunión previa a este solemne hecho tiene una curiosa historia, que bien vale conocer. Se consiguan como fuentes propicias para dar a conocer tal historia: “La muerte del padre Canales”, publicada en *Cosas añejas*, del erudito escritor César Nicolás Penson (1855-1901), en su edición de 1951, y el capítulo XV de la ilustrativa obra *Santo Domingo, Ciudad Trujillo* (1945), del acucioso investigador Luis E. Alemar (1883-1945).

Antes de la acción de Mella, este recinto tuvo varios nombres, entre otros: Cuartel de Milicias, la Puerta Grande, Plazoleta de San Gil y Plaza del Matadero. El 11 de mayo del fatídico 1843, luego que un terrible terremoto sacudió la isla, por iniciativa de

---

19. Este histórico recinto ha recibido varios nombres: Baluarte San Genaro, Baluarte 27 de Febrero, Puerta de Tierra o del Conde, parece ser que en honor a Bernardino de Meneses Bracamonte y Zapata, Conde de Peñalba, a quien se le asigna la gloria de haber salvado a la ciudad de Santo Domingo de la invasión inglesa de 1655, dirigida por el almirante William Penn y el general Robert Venable. Hoy se le conoce, además, como Altar de la Patria.

monseñor Tomás de Portes Infante (1783-1858) –entonces al frente de la diócesis de Santo Domingo– se levantó en ese lugar una tienda de campaña donde se llevó al Santísimo Sacramento. Allí mismo se inició posteriormente la construcción de una ermita de madera que se llamó Iglesia de la Misericordia, y que se mantenía abierta durante todo el día y recibía una gran afluencia de fieles [...] Por una rara coincidencia, el altar mayor de la ermita quedó colocado sobre una pequeña construcción de mampostería, que en tiempo de la colonia servía para fijar la horca en la que se ejecutaba a los criminales condenados al último suplicio, como fue la ejecución de Juan Rincón, asesino confeso del ya mencionado padre Canales.

El nombre de Plaza de la Misericordia (puerta tapiada de entonces), lo conservó nominalmente hasta el 21 de marzo de 1859, cuando por resolución del Ayuntamiento se le asignó oficialmente. También lo mantuvo, hasta 1914, la calle que hoy se conoce como Arzobispo Portes.

Son éstas, pues, las minucias de las que con frecuencia se nutre la crítica histórica, por lo que despreciarlas por meros pruritos cientificistas es como pretender levantar una gran torre sin disponer previamente de los materiales indispensables.

A la hora convenida, 11:00 de la noche del 27 de febrero de 1844, se partiría a la toma de la Puerta del Conde. Ante la ausencia de algunos de los convocados, “en un momento de vacilación, Mella empuñó su pedreñal, y haciendo uso de su acostumbrada audacia hizo su célebre disparo, viril anuncio del nacimiento de la República Dominicana”.<sup>20</sup>

---

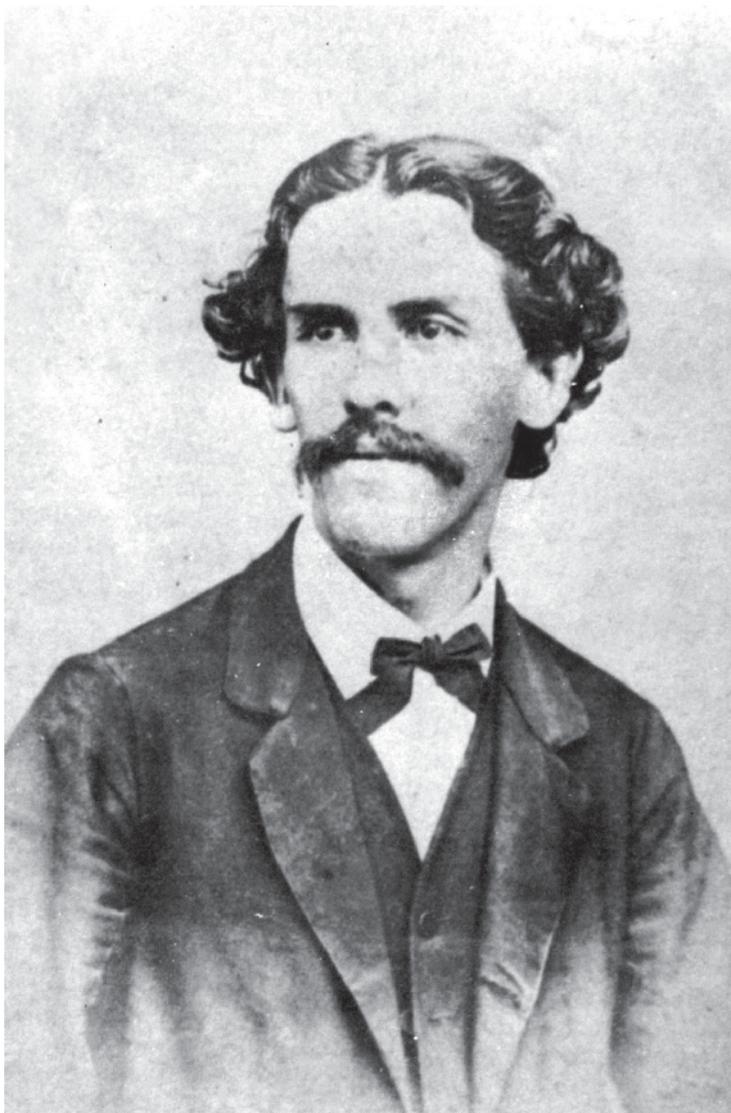
20. Rodríguez Demorizi, Emilio, *Homenaje a Mella*, Santo Domingo, R.D.: Academia Dominicana de la Historia. Centenario de la muerte de Mella (1864-1964), 1964. p. 9.

No había marcha atrás, y plenos de fervor patriótico, Mella y su grupo se dirigieron al lugar convenido para el acto de proclamación de la República. Allí concurrieron los más destacados dirigentes del movimiento revolucionario: Tomás Bobadilla, Mella, Manuel Jiménez, Vicente Celestino, Sánchez y otros más que la historia registra como febreristas. Efectivamente, todo parecía indicar que se había producido una decisión unánime en la colectividad nacional, en el sentido de que la dominación haitiana en la parte este había terminado por voluntad expresa de sus habitantes.

Los grandes ausentes de esa memorable noche fueron el fundador de La Trinitaria y sus dos compañeros de infortunio, Juan Isidro Pérez y Pedro Alejandrino Pina. Esa ausencia le enajenó a Duarte un derecho que por justicia le correspondía, la proclamación de la nueva república, que fue asumido por el corifeo de los conservadores Tomás Bobadilla y Briones, inmerecido privilegio que luego él reivindicó en desmedro del propio Duarte y de sus seguidores, en el discurso que pronunció en el Congreso Nacional el 10 de junio de 1847, cuando de manera formal y calculada afirmó que nadie podía ser mejor dominicano que él: “Yo fui el primero que dijo: Dios, Patria y Libertad; yo fui el autor del *Manifiesto del 16 de Enero*; yo, en la noche del 27 de febrero, me encontraba a la cabeza del pueblo; yo fui el presidente de la Junta Gubernativa más de tres meses, el que dirigió los negocios públicos, uno de los fundadores de la patria sin ninguna ambición ni ningún interés personal”.<sup>21</sup>

---

21. Rodríguez Demorizi, *Discursos de Tomás Bobadilla*, p. 34.



Vicente Celestino Duarte, hermano mayor de Juan Pablo Duarte. Su actuación en pro de la independencia nacional aún no ha sido justamente valorada.

Estas líneas cabrían perfectamente en un monumento en honor a la perfidia y el cinismo.

Luego de la proclamación de la República bajo el sacrosanto lema duartiano de Dios, Patria y Libertad, le correspondió a Francisco Sánchez del Rosario enarbolar la bandera dominicana, concebida por Duarte y confeccionada por Concepción Bona, como ya se ha dicho. Sánchez, además, arenga a los conjurados. El 28 en la mañana se instala el primer gobierno de la República, la Junta Central Gubernativa. La preside Tomás Bobadilla, de quien dice don José Gabriel García, “desdeñado por los reformistas, en vista de sus antecedentes políticos, supo buscar en el elemento nacional el lugar importante que no podían menos de proporcionarle sus extensas relaciones y la práctica que había adquirido en su larga carrera política”.<sup>22</sup> Pero pese a ello se puede decir que desde su nacimiento la República fue controlada por los conservadores y, consecuentemente, sentenciada al fracaso. También formaron parte de esa primera Junta, Francisco Sánchez, Matías Ramón Mella, Manuel Jimenes, Remigio del Castillo (1812-1861), José M. Caminero, Manuel María Valverde (1796-1850), Francisco Javier Abreu (1798-1878), Félix Mercenario (1789-1861) y Carlos Moreno (1800-1881). El secretario de esta primera Junta fue Silvano Pujol.

El 28 en la mañana se produjo el acto de resignación del poder por parte del general de brigada Henri Étienne Desgrotte, comandante de la plaza y de la comunidad de Santo Domingo y encargado provisional de la vigilancia del Distrito. Para viabilizar

---

22. García, José Gabriel. *Compendio de la historia de Santo Domingo*. Tercera edición aumentada y corregida, Santo Domingo, R.D.: Imprenta J. R. vda. García, 1919, tomo II, pp. 222-223.

ese proceso se designaron dos comisiones, conformadas al efecto por las partes deliberantes. El debate se centró en diez artículos, que a pesar de la inevitable tensión existente, bien pueden ser considerados modelos de ponderación y respeto. Fue sancionado, además, por el cónsul de Francia en Santo Domingo, Eustache de Juchereau de Saint Denys, quien llegó a esta ciudad el 13 de enero de 1844 y permaneció en ella hasta mediados de 1847, período en el que tuvo participación en los conflictos que surgieron inmediatamente después de la proclamación de la República, aunque a veces violando el decoro de la neutralidad, según consta en la correspondencia que en ocasión de los sucesos de Santo Domingo sostuvo con el ministro de Relaciones Exteriores de Francia, François Guizot (1787-1874).

Lo que le dice a su ministro en la citada correspondencia el 13 de marzo de 1844, con elocuente precisión, demuestra que el astuto cónsul estaba bien informado de los acontecimientos:

*El 27 en la noche fue fijada para esta audaz tentativa. La noticia se extendió prontamente por toda la ciudad. Las autoridades estaban al acecho, la inquietud era general, esperábamos, sin embargo, que el orden no sería alterado. El vicario general y las personas más influyentes de la ciudad hicieron inútiles esfuerzos para persuadir a esos jóvenes y hacerles ver sentimientos más razonables. Pero tenían una decisión inquebrantable; y como habían anunciado, la señal fue dada a las 11:00 de la noche por una descarga de masquiteria tirada al aire. Una media hora después la ciudad respondió con cañonazos tirados en señal de alarma.<sup>23</sup>*

---

23. Correspondencia citada. Tomo I. Colección Sesquicentenario de la Independencia Nacional. Vol. XI, 1996. p.19.

Refiriéndose a la actuación del mencionado cónsul, fruto de una coyuntura política muy fragmentada, el licenciado Rodríguez Demorizi asienta:

*La participación de Saint-Denys en los sucesos relativos a la proclamación de la República, por muchos considerada digna de la gratitud dominicana, fue (sic) en realidad, de importancia inapreciable. Su presencia en Santo Domingo hizo que los duartistas, temerosos de la audacia de los afrancesados, apresuraran el acto del 27 de febrero, y los afrancesados, por su parte, contaban con las simpatías del Cónsul de Francia para la realización de sus propósitos de la separación de Haití.<sup>24</sup>*

El 2 de marzo, la Junta Central Gubernativa, en función de Gobierno provisional, envió emisarios a Curazao a buscar a Duarte, a Pina y a Pérez. Para cumplir con esa misión fue escogido Juan Alejandro Acosta (1816-1886), quien comandaba la goleta Leonor. Integraban la comisión, además, Juan Nepomuceno Ravelo y el joven Enrique Duarte Villeta, sobrino de Juan Pablo Duarte. Firman la histórica carta todos los miembros de la Junta.

El 28 de febrero, coincidiendo con la capitulación del general Desgrotte, Duarte recibe en Curazao una carta de su madre y hermanos en respuesta a la suya del 4 del mes citado, en la que le informan que podía disponer de los bienes de la familia como

---

24. Rodríguez Demorizi, Emilio, *Correspondencia del cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846*. Traducción de Mu-Kien Adriana Sang, Colección del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, Vol. XI, Santo Domingo, 1996, p. 5.

lo había solicitado y que iban a fletar un buque para mandarlo a buscar. Sánchez y Vicente Celestino le agregan: “Solo a ustedes esperamos para que nuestra dicha y felicidad sea completa”. Se refieren, además, a Pedro Alejandrino Pina y a Juan Isidro Pérez, quienes acompañaban a Duarte.

En efecto, estando ya en Curazao Duarte, Pérez y Pina, divisan el 6 de marzo el buque “Eleonora”, y de inmediato toman un bote para encontrarse con sus ocupantes, que les llevan la esperada noticia del retorno a la Patria en condiciones libres de la dominación haitiana el ¡27 de febrero, día memorable, día de inmarcesible gloria!<sup>25</sup>

La aludida carta de la Junta se inicia con el lema: Dios, Patria y Libertad, República Dominicana:

*[...] Compañeros: El día 27 de febrero último llevamos a cabo nuestros proyectos. Triunfó la causa de nuestra separación con la capitulación de Desgrotte, con todo su Distrito. Azua y Santiago deben a esta hora haberse pronunciado. El amigo Ravelo, portavoz de la presente, les dará amplios detalles de lo sucedido y les informará de lo necesario que es el armamento y los pertrechos, embarcándolo y que sea tan pronto como sea posible, para tener el honor y el imponderable gusto de abrazarlos y no dejen de traer los pertrechos y el armamento, pues los necesitamos por temor de una invasión. Deseando venga con felicidad.*

FIRMAN TODOS LOS MIEMBROS DE LA JUNTA

---

25. Rodríguez Demorizi. “Cronología de Duarte”, en *En torno...*, pp. 13-14.

A pesar de la expresa manifestación de compañerismo y de amistad, resulta extraño que en la composición de la aludida Junta no aparece ninguno de los nueve miembros fundadores de la sociedad La Trinitaria, porque si bien estaban ausentes tres de ellos, aún permanecían en el país, además del precedentemente citado Juan Nepomuceno Ravelo, Félix María Ruiz (1815-1891), Benito González (1811-1883), quien luego de libertada la Patria no quiso ser político; Jacinto de la Concha (1819-1886), José María Serra (1819-1888) y Felipe Alfau (1819-1878), quien muy pronto desertó del núcleo duartista para aliarse a los conservadores, en cuyas filas desempeñó altas posiciones oficiales.

Se dirá que en la Junta estuvieron desde su creación, actuando en posición secundaria, Sánchez y Mella, pero éstos no eran trinitarios, sino comunicados o adeptos, si nos acogemos a la explicación ofrecida por el propio Duarte para merecer esa condición; cuando señala: “La existencia de esta sociedad –La Trinitaria– será igualmente secreta e inviolable para todo el que no sea trinitario aunque sea adepto”, por lo tanto, en la original Junta Central Gubernativa no hubo un trinitario-fundador, porque su espacio estaba en poder de los conservadores.

Tal vez sólo Bobadilla y Caminero podrían responder a los posibles propósitos de esa insólita ausencia, pues de lo contrario creemos que a Juan Pablo Duarte debió reservarse el puesto de mayor jerarquía en el primer gobierno que tuvo la República concebida por él.

El propósito de este trabajo consiste en demostrar que la República de Duarte fue un proyecto frustrado, no por falta de honestidad y de sacrificios de su creador, sino por debilidad de la



Rosa Protomártir Duarte Diez, apreciada hermana del Fundador de la República, quien en sus *Apuntes para la Historia de la isla de Santo Domingo y para la Biografía del General Juan Pablo Duarte*, así como en sus cartas, “conservó siempre en su corazón un ardiente amor al suelo donde se meció su cuna”.

estructura de la sociedad dominicana, afectada en su concreción orgánica desde la época colonial, cuyos efectos aún se sienten, como se verá al final de estas disquisiciones.

En la carta del cónsul francés Eustache Juchereau de Saint-Denys al ministro Guizat el 10 de marzo de 1844, se explica el fracaso de este proyecto político según lo concibieron los trinitarios; pero también muestra la insólita deshonestidad del primer presidente de la Junta Central Gubernativa, Tomás Bobadilla y Briones, quien salió a venderlo doce días después de haber nacido.

El astuto cónsul en esta indecorosa misiva expresa:

*No me precipité mucho cuando anuncié a Su Excelencia, mediante mi comunicación anterior, que la Junta Central no tardaría en ofrecer pruebas de simpatía a Francia, a fin de llegar a un acuerdo lo más pronto posible con su Gobierno. En efecto, el día 8 de febrero en la mañana, el señor Bobadilla, su Presidente, vino a hacerme la visita, y después de una larga disgregación sobre la situación presente y futura del país, me hizo la primera de las propuestas, que yo recibí con una indiferencia aparente. Le hice la observación de que no tenía la investidura para tratar semejantes asuntos, sino a manera de conversación, pero que el deber me imponía la obligación de instruir a mi Gobierno, único con poder para aceptar o rechazar las propuestas hechas a sus agentes. Esta reserva, Señor Ministro, me fue dictada por la línea de conducta que he adoptado y seguido religiosamente desde mi llegada a Santo Domingo. No opiné con el propósito de mantenerme al margen, incluso en esta circunstancia.*

Querida madre y hermanos:

El único medio que encuentro para poder reunirme con Ustedes es independizar la Patria; para conseguirlo se necesitan recursos, recursos supremos, y cuyos recursos son: que Uds., de mancomún conmigo, y nuestro hermano Vicente, ofrendemos en aras de la Patria lo que a costa del amor y trabajo de nuestro padre hemos heredado. Independizada la Patria puedo hacerme cargo del almacén, y a más, heredero del ilimitado crédito de nuestro padre, y de sus conocimientos en el ramo de la marina, nuestros negocios mejorarán y no tendremos por qué arrepentirnos de habernos mostrado dignos hijos de la Patria.

Texto de la llamada carta del sacrificio, ejemplo único en la historia de América. Está grabada en bronce en la estatua del Fundador de la República, situada en la calle padre Billini esquina Hostos, de la ciudad de Santo Domingo.

*El señor Bobadilla, un hombre astuto y fino, me conversó sobre los rumores que circulaban en la ciudad en relación a las supuestas negociaciones anteriormente realizadas con Francia por personajes que, según él, no tenían ni la misión ni el derecho de comprometer al país. Le respondí que no sabía a qué quería hacer alusión, que ignoraba completamente de qué me hablaba, que desde mi llegada habían llegado a mí esos comentarios, pero solo podía verlos como propósitos desconsiderados de algunos ociosos deseosos de atraer la atención pública. El señor Bobadilla me dijo entonces que era una cosa más seria que el mismo señor Báez (Buenaventura Báez) le había hecho implícitamente la confesión —se refiere al Plan Levasseur, concertado por Báez en Haití en 1843—, buscando la sanción de “confianza” no “desconocida” por parte de la Junta a los arreglos que se habían hecho sobre ese asunto. No respondí nada porque temía que tocando esa cuerda podía hacer más embarazosa la posición de por sí ya bastante falsa en la que se encontraba el señor Báez (supra identificado) frente a la Junta...*

*Llevada sobre ese terreno, la conversación se hizo más precisa. El señor Bobadilla abordó francamente el asunto, me solicitó lo que a mi juicio Francia podría exigir de los dominicanos en pago al apoyo y la ayuda que éstos se proponían pedirle. Le hablé de la cesión en toda propiedad y perpetuidad de la casi isla de Samaná; de las ventajas comerciales, tales como la asimilación a la bandera nacional y el trato como la nación más favorecida. Dije algunas palabras sobre el protectorado, pero que no hice más que tocar*

*ligeramente este asunto delicado, porque sabía por anticipado que la Junta sería infaliblemente rechazada por ella por inaceptable después de la publicación de su manifiesto que declara la República Dominicana un Estado independiente y soberano y sobre todo después de una revolución organizada con ese propósito.*<sup>26</sup>

Con un simple análisis del texto anterior se puede apreciar que la república de Duarte fue colocada en pública subasta inmediatamente después de su proclamación, como se explica en este denigrante diálogo entre el proponente y el intermediario, pues según Saint-Denys, Bobadilla salió satisfecho de la conversación y le prometió que se verían pronto.

Sin pérdida de tiempo, ese mismo día Bobadilla remitió una carta al susodicho funcionario francés, firmada por todos los miembros de la Junta, y con las propuestas sobre cuyo contenido se le invitaba a reflexionar, al tiempo que lo citaba para una reunión a la mañana siguiente.

En efecto, a las ocho de la mañana del día siguiente se presentó en la oficina del cónsul acompañado de Sánchez, jefe del Partido Revolucionario, para entregarle la resolución de la Junta del 8 de marzo, de la que se transcriben los numerales 4 y 5. En el primero de ellos se indica que el Gobierno de Santo Domingo prestaría a Francia todas las ayudas necesarias en el caso que tenga que dirigirlos contra la parte occidental o República Haitiana.

En el numeral 5 se indica que “el Gobierno de Santo Domingo, en recompensa, cederá a Francia a perpetuidad la península de

---

26. Rodríguez Demorizi, *Correspondencia...*, pp. 53-59.

Samaná en los límites fijados por la naturaleza y que la hacen península. Esta cesión es una derogación del contenido del artículo 1 y consentido bajo la condición expresa de que la esclavitud no existirá jamás en la citada península”.

Se habla también de que “en las circunstancias actuales, Francia entregará al gobierno de Santo Domingo fusiles, municiones de guerra, barcos y el dinero necesario para mantener y organizar su estado de defensa y al mismo tiempo las tropas de que tenga necesidad”. Se concluye destacando, además, que “habrá una paz sólida y duradera entre los dos gobiernos y en las mejores circunstancias se concluirá un tratado de comercio que estipulará las ventajas recíprocas en virtud de las cuales ninguna otra nación tendrá mayores ventajas y beneficios que el gobierno francés”.<sup>27</sup>

El único de los miembros de la Junta que no firmó este primer intento de claudicación de nuestra soberanía, proclamada diez días antes, fue Mella, porque desde el día 5 de marzo se encontraba en el Cibao como primer gobernador del Distrito de Santiago y delegado de la Junta Central Gubernativa para organizar la defensa contra la presumible reacción haitiana.

Un simple análisis de los textos precedentemente citados ofrece dos lecturas: por un lado, el señor Bobadilla, en un abierto desafío a la ética y a la solidaridad, traiciona la confianza de los duartistas y los conduce como indefensos borregos al mata-dero en el que sería sacrificada la Primera República; pero por otro lado, trata con aparente éxito de debilitar ante Saint-Denys

---

27. *Ibidem*

la imagen política de Buenaventura Báez, artífice confeso del Plan Levasseur, orquestado en Haití en 1843.

Así las cosas, el 7 de marzo la Junta Gubernativa nombra a Pedro Santana General de Brigada y lo encarga del ejército que debía oponerse al haitiano si se producía cualquier intento de invasión, el que ya lucía inminente.

En esas condiciones llegó Juan Pablo Duarte a Santo Domingo, el 14 de marzo, y al día siguiente es recibido con inusitado júbilo. A las 7:00 de la mañana una comisión bajó al muelle para darle la bienvenida. El arzobispo Dr. Tomás de Portes e Infante saluda a Duarte, “congratoriamente”: ¡Salve al Padre de la Patria! Al llegar a la Plaza de Armas, el pueblo y el ejército lo proclaman General en Jefe de los Ejércitos de la República, proclamación que automáticamente entra en conflicto con la autoridad de Pedro Santana, quien ya se perfilaba como Jefe Supremo de la República.

Juan Pablo Duarte recibió entonces el único homenaje masivo que se le ofreció posteriormente a su llegada, porque después del 15 de marzo todo en torno a él fueron intrigas y malquerencias. Duarte le ofrece sus servicios a la Junta y ésta lo designa general de brigada, miembro de este organismo y comandante de la Plaza de Santo Domingo. Luego se dirige a su casa seguido de una multitud y del ejército con una banda musical. En fin, sus días de gloria son efímeros y su martirio infinito, gracias a los engendros del mal: Tomás Bobadilla y Briones, y Pedro Santana y Familia.

Duarte firma el 17 de marzo, con Bobadilla y los demás componentes de la Junta la ratificación al Presidente haitiano,

“la firme resolución de los pueblos de la antigua parte española de separarse de la República de Haití, erigiéndose en un Estado soberano”.

A pesar de esas fingidas y calculadas demostraciones de afecto, cuando Duarte regresa de Caracas ya no tiene espacio en el movidizo escenario político creado con anterioridad al nacimiento de la República. La primera bellaquería que se le hace es enviarlo, el 21 de marzo a prestar servicios en el ejército del Sur, lo que implica enfrentarlo al “León del Seybo”, quien después del 19 de marzo se había atrincherado, en forma poco explicable, en Baní, mientras que Duarte y su tropa se asentaron en Sabana Buey en espera de las órdenes del Jefe de Operaciones en el Sur, las que nunca llegaron; lo que sí le llegó fue la decepcionante carta del 4 de abril en la que la Junta, con la distinción de compañero y amigo, le ordenaba retornar a Santo Domingo:

*Al recibo de esta se pondrá usted en marcha con solo los oficiales de su Estado Mayor para esta ciudad, donde su presencia es necesaria, avisándole al general Santana. Saludamos a usted afectuosamente*

FIRMAN LOS MIEMBROS DE LA JUNTA

Habría que ser excesivamente incauto para no pensar que en el espíritu de esa dolorosa carta estaba la tenebrosa mano de Pedro Santana, a quien Duarte le inquiriría asumir una actitud defensiva más activa; pero al mismo tiempo puede considerarse como la primera señal del ostracismo que le llegaría meses después.

A su regreso del Sur, Duarte da un ejemplo de honestidad que no ha sido validado en forma consecutiva, en el ejercicio de las

funciones públicas. A él se debe el primer rendimiento de cuentas por parte de un servidor del Estado que registra nuestra historia.

El reconocido escritor y crítico de la historia dominicana Rafael Abreu Licairac considera que fue un “grave error y falta de sentido político de la Junta Central Gubernativa” incorporar a Duarte al ejército del Sur bajo el mando del general Santana.<sup>28</sup>

Tal vez guiado por el entusiasmo y buena voluntad, Duarte no se percató del “peligro, ni se detuvo a pensar que iba a un campamento de tropas colectivas a compartir con el jefe agreste, envuelto aún por el entusiasmo del hombre indócil favorecido de aptitudes guerreras, a quien ya se le conocía ventajosamente por actos de individual entereza y juzgábasele hombre valeroso, como escribe don Mariano Antonio Cestero”.<sup>29</sup>

No existe ningún hecho cierto que nos indique cuándo comenzó Juan Pablo Duarte a redactar su segundo documento de relieve singular para la conformación de un estado libre e independiente. Me refiero, obviamente, a su proyecto de Ley Fundamental que de seguro comenzó a redactar en medio del torbellino político de la época, después de su regreso de Sabana Buey, convencido, tal vez, de que era urgente crear normas jurídicas capaces de consolidar un Estado de derecho sustentado en la libertad y en los derechos civiles.

En este inconcluso proyecto, Duarte se erige no solo en el primer constitucionalista del Estado dominicano, sino que trata

---

28. Abreu Licairac, Rafael. *Consideraciones acerca de nuestra independencia y sus prohombres*. Santo Domingo: La Cuna de América, 1894, p. 20.

29. Cestero, Mariano Antonio. 27 de febrero de 1844 (opúsculo), Santo Domingo, 1900. Segunda edición facsimilar: 1974.

de darle un instrumento legal fundamentado en la convivencia democrática y nacionalista: por eso expresa en el artículo VI:

*Siendo la independencia nacional la fuente y garantía de las libertades patrias, la Ley Suprema del pueblo dominicano es y será siempre su existencia política como nación libre e independiente de toda dominación, protectorado, intervención e influencia extranjera, cual la proclamaron los fundadores de nuestra asociación política al decir: Dios, Patria y Libertad, República Dominicana y fue proclamada el 27 de febrero de 1844...*

En lo que respecta a la religión y el Estado, Duarte deja escrito:

*La religión predominante del Estado deberá ser siempre la católica, apostólica, sin perjuicio de la libertad de conciencia y tolerancia de cultos y de sociedades no contrarias a la moral pública y caridad evangélicas”.*<sup>30</sup>

Mientras escribía su Proyecto de Ley Fundamental, Duarte continuó formando parte de la Junta, pero siempre condicionado a la voluntad de Tomás Bobadilla. La influencia de éste en la toma de decisiones era cada vez más obvia, por lo que el doctor Vetilio Alfau Durán comenta:

*La suplantación de Duarte por Bobadilla en la dirección de la revolución de la independencia, no fue un simple*

---

30. *Ideario de Duarte y su proyecto de Constitución*. Santo Domingo: Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2007.

*desplazamiento personal. Ello implicó, necesariamente, un cambio político profundo de fatales consecuencias para la causa nacional, por el ideal independentista proclamado en el juramento trinitario y articulado en el apartado sexto del proyecto de Ley Fundamental, pues quedó reducido a un simple propósito de mera separación...<sup>31</sup>*

Es tan evidente la actitud de rechazo hacia Duarte, la intención de humillarlo, que no se disimula ni en las ocasiones en que el Padre de la Patria expresa sus deseos de servir aún a riesgo de su propia vida, como es el caso de su solicitud para trasladarse a Santiago con la patriótica intención de incorporarse a la expedición que debía salir de allí rumbo a San Juan de la Maguana por el camino de Constanza para atacar a los haitianos por la retaguardia. Sin embargo, la Junta le contesta el 15 de mayo y le pide que se mantenga en sus funciones.

No aciertan quienes han puesto en duda el espíritu viril de Juan Pablo. El doctor Américo Lugo (1870-1952) fue de los primeros en propalar esta especie. Sin embargo, la actitud de Duarte en el Sur, y el haber venido en 1864 desde Caracas con la salud menguada y deteriorada, y con una pequeña expedición para ponerse a disposición del ejército que pretendía recobrar la nacionalidad perdida por la anexión a España en 1861, demuestran que era un hombre de valor, aunque no un hombre de armas, como Pedro Santana y Matías Ramón Mella, pero que

---

31. *Vetilio Alfau Durán en Clío (Escritos II)*, p. 222. Existen numerosas ediciones de este proyecto constitucional del Padre de la Patria.

mantenía una actitud de coherencia en sus fines y propósitos. Para él, como lo dejó dicho:

*Por desesperada que sea la causa de mi Patria, siempre será la causa del honor y siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre.*

El 11 de mayo de 1844, la oficialidad de Santo Domingo pide varios ascensos militares, entre ellos el de Duarte como general de División y comandante en jefe del Ejército. Su nombre, se dijo, es invocado inmediatamente después de los nombres de Dios, Patria y Libertad, siempre considerado como caudillo de la Revolución.

Como miembro de la Junta, firmó el Decreto del 5 de junio con el que se abren al comercio exterior los puertos de Tortuguero en Azua, y asimismo los de Montecristi y el de Samaná.

La tensa situación política de la naciente República no podía ser peor, sobre todo después del discutido discurso que diera Bobadilla el 26 de mayo de 1844 en pro de la protección de Francia, proyecto rechazado por Duarte y sus amigos. En este discurso, que Bobadilla pronuncia en la mañana de ese día en la gran reunión de autoridades, empleados y comerciantes, y al que hace referencia en la sesión del Senado Consultor del 26 de abril de 1860, califica a Duarte y sus amigos de sustentadores de ideas proditorias para la nación. Según él, se pudo restituir el orden por la enérgica intervención del ilustre General Libertador. Se refiere –lógicamente– a su par, el general Pedro Santana.

Por todo esto, el licenciado Demorizi llega a la siguiente conclusión: “puede afirmarse que Santana, no el soldado, sino el político y el mandatario omnipotente, es una creación de Bobadilla”.

Guayubín, marzo 28 de 1864,  
y 21 de la Independencia.  
Señores Individuos del Gobierno Provisorio.  
En Santiago.

Arrojado de mi suelo natal por ese bando parricida que empezando por proscribir a perpetuidad a los fundadores de la República ha concluido por vender al extranjero la Patria, cuya independencia jurara defender a todo trance; he arrastrado durante veinte años la vida nómada del proscrito, sin que la Providencia tuviese a bien realizar la esperanza, que siempre se albergó en mi alma, de volver un día al seno de mis conciudadanos y consagrar a la defensa de sus derechos políticos cuanto aun me restase de fuerza y vida.

Pero sonó la hora de la gran traición en que el Iscariote creyó consumada su obra, y sonó también para mí la hora de la vuelta a la Patria: el Señor allanó mis caminos y a pesar de cuantas dificultades y riesgos se presentaron en mi marcha, heme al fin, con cuatro compañeros más, en este heroico pueblo de Guayubín dispuesto a correr con vosotros, y del modo que lo tengais a bien, todos los azares y vicisitudes que Dios tenga aun reservados a la grande obra de la Restauración Dominicana que con tanto denuedo como honra y gloria habeis emprendido.

Creo, no sin fundamento, que el Gobierno Provisorio no dejará de apreciar, luego que me comunique con él personalmente, lo que he podido hacer en obsequio del triunfo de nuestra justa causa, y espero de su alta sabiduría que sacará de ello importantes y positivos resultados.

Dignaos aceptar los sentimientos de alta consideración y aprecio con que se pone a vuestra órdenes.

el Gl. Drt.

Esta carta dirigida desde Guayubín al gobierno restaurador establecido en Santiago, es una innegable muestra del valor y del patriotismo del Padre de la Patria. Sin embargo, este hermoso gesto no fue respondido en la forma deseada, pues el gobierno, presidido entonces por don Ulises Francisco Espaillat, le contestó que el gobierno había resuelto utilizar sus servicios encomendándole una misión diplomática en Venezuela, decisión que Duarte declinó razonablemente; pero una vez más se le cerraban las puertas de la Patria por cuya libertad y felicidad había consagrado toda su vida.

El 9 de junio, Duarte y sus colaboradores más cercanos se dirigen a la Fortaleza, donde están las tropas acuarteladas, y ordenan la prisión de los principales afrancesados. Báez, Manuel Joaquín del Monte, Francisco Xavier Abréu y Francisco Ruiz se asilan en el consulado francés; Bobadilla y Caminero se ocultan. En el acto los sustituyen por colaboradores cercanos: Pedro Alejandrino Pina; Sánchez, quien asume la presidencia, y Juan Isidro Pérez en la Secretaría de la Junta.

Algunos autores estiman que con la designación de Sánchez en la presidencia de la Junta, Duarte se enajenó la amistad de José Joaquín Pérez, quien al parecer deseaba ese cargo con legítimo derecho y sobradas condiciones.

Si bien la acción del 9 de junio fue la reafirmación del nacionalismo integral, en el momento de expulsar a los afrancesados de la Junta no se tuvo en cuenta que las “revoluciones se hacen con sangre, según dejó dicho el autor de las celebradas *Memorias de ultratumba*, François-René de Chateaubriand (1768-1848), pues muy pronto los expulsados se reagruparon y nuevamente tomaron el control de la Junta.

El 18 de junio, la Junta Central Gubernativa designó a Duarte como su delegado en el Cibao, para que intercediera en las discordias intestinas y restableciera la paz y el orden necesarios para la prosperidad pública.

A su llegada a Santiago, Duarte fue recibido jubilosamente. A pesar de esto, el primero de julio se le notificó el cese de sus funciones como delegado. El 2 de julio, Santana y el ejército se sublevaron contra la Junta Gubernativa, mientras dos días después, en Santiago, el pueblo y el ejército proclamaron

a Duarte Presidente de la República, por lo que recibió una comisión con el acta del pronunciamiento para la presidencia. El día 11 del citado mes de julio sucedió lo mismo en Puerto Plata; recibió una comisión con el general Antonio López Villanueva (aproximadamente 1850), y desde la cátedra sagrada de la iglesia de Puerto Plata, el presbítero Dr. Manuel González Regalado (1793-1867) lo aclamó como el más sano de corazón y devoto pensamiento de los libertadores de América.

Mientras estos hechos se producían en el Norte, en el Sur sucedía algo similar, pero en dirección adversa al Padre de la Patria: el 12 de julio hizo su entrada el general Santana a la consternada ciudad de Santo Domingo y al día siguiente fue proclamado Jefe Supremo de la República. En su Proclama al pueblo y al ejército anunció que reorganizaría la Junta Central Gubernativa, pero entre la multitud alguien gritó: “¡Abajo los filorios!” “Y le contestan como jamás se ha respondido a una infamia”. Desde entonces las jóvenes partidarias de Duarte llevaban en su cabellera una flor blanca: la filoria, símbolo romántico de los trinitarios.

En alusión a los sucesos del 13 de julio, el profesor Vetilio Alfau Durán comenta: “El 13 de julio de 1844 llegó a su término la desintegración del Partido Duartista, desintegración que tuvo su inicio el año anterior con la forzada salida de su fundador para el exilio, y no obstante las asonadas y exacerbaciones que se desbordaron a partir de aquel día sin lumbre, la mayoría de sus correligionarios, como anota Emiliano Tejera, “se alejaron de Duarte y de los que con él se habían negado constantemente

a pedir el apoyo extranjero, temerosos de comprometer el suelo de la Patria”.<sup>32</sup>

Desde esta funesta fecha para el futuro de la nacionalidad dominicana, la República de Duarte quedó a merced del sector conservador, para el que la nueva entidad política no pasaba de ser un botín que utilizarían con el único propósito de cumplir con sus espúreas apetencias, que les arrebataban a los dominicanos la oportunidad de constituirse en un Estado libre y soberano como lo deseaba Juan Pablo Duarte, quien fue humillado junto a sus parciales por los mercaderes de nuevo cuño.

El venerable Ulises Francisco Espaillat (1823-1878) inicia su medular artículo titulado: “La fusión, la situación y los partidos”, con la sentencia que se transcribe a continuación: “Amanece el 27 de febrero y nace la República Dominicana del cerebro y del corazón de un puñado de jóvenes inteligentes y patriotas. Pero al igual de esos seres que en el instante mismo de su nacimiento adquieren el germen de una prolongada y dolorosa enfermedad, la peste de los partidos se ensañó sobre la naciente sociedad”,<sup>33</sup> peste que aún gravita, con matices divergentes, en la composición social dominicana.

Es evidente que en 1844, el conjunto de la sociedad dominicana aún no había asimilado la diferencia entre la abyección y la libertad, por lo que dio un degradante ejemplo de incompetencia cívica que impidió asimilar el discurso mantenido por Duarte

---

32. *Vetilio Alfau Durán en Clío...*, p. 221.

33. Espaillat, Ulises F., en *Escritos*. Santo Domingo: Biblioteca Espaillat, 1962, Vol. II, p. 36

frente a los audaces sustentadores del entreguismo. De ahí que estaba en lo cierto el licenciado Máximo Coiscou Henríquez cuando escribió su artículo titulado: “Nuestro criticismo colonial”, en el que expresó:

*Proclamamos un Estado sin antes haber constituido ni una sociedad propiamente dicha, ni una nacionalidad caracterizada, ni una unidad nacional definida.*

*Vinimos a perecer adultos sin haber desarrollado una infancia plena y una juventud equilibrada.*

*Semejantes a los seres que medran en condiciones adversas, fuimos niños envejecidos, o como los frutos que maduran en falso, antes del tiempo previsto.*

*Las manifestaciones de una sociedad, de una nación y de un Estado verdaderas apenas concurren en nosotros.<sup>34</sup>*

Aunque parezca extraña esta síntesis socio-histórica, lo cierto es que la sociedad dominicana a la que Juan Pablo Duarte pretendió liberar del vasallaje no estaba preparada para asimilar el proceso de intelección de la idea nacional que a juicio de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) culmina en 1873 con la revolución que derrocó a Buenaventura Báez después de una desastrosa administración del Estado durante más de un lustro.<sup>35</sup>

---

34. Coiscou Henríquez, Máximo, en *Escritos breves*. Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R. D.): Impresora Dominicana, 1958. p. 96.

35. *Desde México*. “Carta de Pedro Henríquez Ureña a Federico García Godoy”, el 5 de mayo de 1909 en ocasión de la publicación de *Rufinito*. Santo Domingo: La Cuna de América. Año III, 6 de junio de 1909. Creemos que el docto humanista se quedó corto en su visión acerca del proceso de intelección por el lastre político y económico derivado de la administración de Buenaventura Báez.

Así nos explicamos por qué la República de Duarte fue un proyecto frustrado. Una vez Santana fue investido como Jefe Supremo de la República, Duarte fue objeto de los más indeseables improperios. En su proclama del 13 de julio le llama el anarquista, al tiempo que se dispone apresararlo junto a sus seguidores más cercanos, con la excepción de los que se habían adherido al denigrante y socorrido expediente del transfuguismo.

En esas condiciones, la Junta Central Gubernativa, mediante resolución del 22 de agosto de 1844 expulsó, por traidores a la Patria, a Duarte, a Mella, a Sánchez, a Pina, a Gregorio del Valle, a Juan E. Jiménez, a J. J. Illas y a Juan Isidro Pérez. Traidores a la Patria, “los que de lealtad sobran”, según la feliz frase de don Emiliano Tejera.

Fuera del país los duartistas, la República quedó en manos del sector conservador y de los proteccionistas, al tiempo que se creaba el funesto binomio político de la Primera República: Santana-Báez, en el que participaron, con distintos matices, algunos connotados duartistas, como Félix María del Monte (1819-1899), Felipe Alfau (1819-1878) y Juan Nepomuceno Ravelo (1815-1855). Éste, finalmente se convirtió en un fanático anexionista, al punto de abandonar el país con los españoles en 1865. Murió en Santiago de Cuba.

Durante el gobierno del tristemente célebre general Manuel Jimenes, el 23 de septiembre de 1848, el Congreso dictó un decreto mediante el cual se declara solemnemente la amnistía a favor de los desterrados de 1844. Solo Duarte no retornó a la Patria, en vista del deterioro moral de la política partidista de la época, cuando ya solo se hablaba de protectorado, situación que culminó con la

anexión a España en 1861. En este denigrante período de la recién nacida República se llegó al extremo de ofrecerla al gobierno subalterno de Cerdeña, según consta en la correspondencia del cónsul italiano en Santo Domingo, Juan Bautista Cambiaso.

La inquina de Bobadilla contra Duarte no se detuvo con la expulsión de éste, sino que en el importante discurso que pronunció el 26 de septiembre de 1844 en San Cristóbal con motivo de la solemne ocasión de la instalación de la Asamblea Constituyente, se encuentra este injusto y perverso juicio contra Duarte, además fuera de contexto:

*La tranquilidad, el día de hoy, reinaba entre nosotros. Una pequeña facción desde el mes de junio (no a favor de los haitianos) creada por la ambición, turbó el sosiego político y dio lugar a que en Santiago y Puerto Plata se nombrase ilegalmente, y contra los principios, presidente de la República a Juan Pablo Duarte, joven inexperto, que lejos de haber servido a su país, jamás ha hecho otra cosa que comprometer su seguridad y las libertades públicas; pero los amantes del orden y de los principios, los buenos patriotas se apresuraron a poner remedio a esta especie de calamidad”.*<sup>36</sup>

Los buenos patriotas eran como él, los conservadores anexionistas.

Podría decirse que el párrafo anterior subrayado es, quizás, el más auténtico retrato autobiográfico de Bobadilla. Los hechos así lo demuestran.

---

36. Rodríguez Demorizi, *Discursos de Tomás Bobadilla...*, p. 11.

De manera incidental se hace referencia a la euforia proteccionista que en 1888 extendió hasta la Cancillería de Cerdeña, pero con anterioridad a este denigrante clamor, se firmó el 18 de febrero de 1855 el primer Tratado Hispano-Dominicano de Paz, Amistad, Comercio, Navegación y Extradición que fue suscrito por los plenipotenciarios Claudio Antonio Luzuriaga (1810-1874) y Rafael María Baralt (1810-1880).

En cumplimiento de este tratado, se nombró cónsul general y encargado de negocios a Antonio María Segovia e Izquierdo, quien llegó a Santo Domingo el 27 de septiembre del citado año de 1855. Su gestión fue harto polémica, pues se permitió aplicar en forma arbitraria el Artículo 7 del aludido documento acerca de la adquisición de la nacionalidad española. Es lo que se llama en los anales de la historia dominicana “Matrícula de Segovia”; pero ante la aparente actitud pro norteamericana de Santana, Segovia alentó una conspiración propiciada por Buenaventura Báez, con quien se reunió en Saint Thomas en abril de 1856, a los fines de favorecer su retorno al poder, mientras que la inscripción en la Matrícula era una especie de salvoconducto a favor de los desafectos al gobierno de Santana.

Los detalles políticos de este nefasto hecho eran conocidos parcialmente hasta hace poco en la historiografía dominicana, a pesar de la polémica que provocó entre *El Eco del Pueblo* y *La República*, este último dirigido por el docto periodista Alejandro Angulo Guridi (1823-1906).

El periódico *La República* se opuso abiertamente a la concertación de la célebre Matrícula que se articuló con la anuencia del presidente Báez y al exceso de autoridad del primer cónsul

que tuvo España en el país, pero que fue desautorizado por las autoridades españolas establecidas en Cuba.

Se ha hecho referencia a este extraño suceso enmarcado dentro de la tendencia proteccionista que auspiciaron tanto el tirano Pedro Santana como el insalubre Buenaventura Báez. La Matrícula de Segovia debe considerarse como el proyecto de protectorado más formal que antecede a la anexión a España de 1861. Es oportuno destacar que incluso se elaboró una Constitución, pues la República dejaría de ser dominicana para llamarse República Hispano-Dominicana y se adoptaría un nuevo pabellón, que podría ser el español, cruzado por dos bandas blancas semejantes a las del dominicano concebido por Duarte. Tendría, además, una ley electoral y el Poder Ejecutivo constaría de un presidente y un vicepresidente elegidos por diez años y con derecho a la reelección.

El nuevo Estado tendría sus ministros de Relaciones Exteriores, de Justicia y Negocios Eclesiásticos, de Instrucción Pública, de Interior y Obras Públicas, de Hacienda y de Guerra y Marina. Se le confería a Su Majestad la facultad de designar a un comisario regio, que debía ser, como era lógico, español de nacimiento y origen.<sup>37</sup>

El precedente relato parecería un chiste si no estuviera avalado por bases documentales confiables. El caso es que en 1856 se elaboró un verdadero proyecto de protectorado, y aunque en esa ocasión fue abortado por impropio, su objetivo no se extinguió,

---

37. Herrera, César A. *De Hartmont a Trujillo*. Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Colección Bibliófilos Banreservas, 2009, Vol. VI, p. 33.

sino que afluó consumado el 18 de marzo de 1861, cuando Pedro Santana proclamó la anexión de República Dominicana a España, y la convirtió así en provincia de la antigua metrópoli, con la complacencia de la reina Isabel II (1830-1904) y su primer ministro, el intrépido general Leopoldo O'Donnell (1809-1867).

Al fin, la infeliz bandera tricolor de Duarte fue arriada de su mástil para colocar en su lugar la bandera de España. Al parecer, después de sus victorias en África, ésta soñaba con el surgimiento del Imperio de los Austria. Mientras tanto, el Padre de la Patria soportaba la amargura de su infame destierro en los confines de la región sur de la amazonía venezolana.

Curiosamente, después de una cruenta guerra de aproximadamente dos años (1863-1865), que le costó a España, según los datos obtenidos hace poco, 392 millones de reales en gastos y 16,000 bajas, en la República restaurada continuó desarrollándose, como se verá más adelante, lo que el historiador Ricardo Pateé llama la insolvencia crónica de Santo Domingo.

El autor material de esta infamia anexionista, Pedro Santana y Familia, murió el martes 14 de abril de 1864, a las cuatro de la tarde, en Santo Domingo, decepcionado por el visible desprecio de sus nuevos amos y odiado por sus compatriotas.

Pero el fantasma del protectorado no desapareció con la salida de los españoles en 1865 y el restablecimiento de la República, porque en lugar de elegir para la dirección del Estado a uno de los héroes calificados de la gesta restauradora, se nombra al mariscal de campo de Isabel II, el empecinado anexionista Buenaventura Báez. El liderazgo político de éste aún no se había

extinguido y su primera propuesta fue entregarle la Bahía de Samaná al general Ulysses S. Grant, presidente de Estados Unidos, y posteriormente todo el país, según el plebiscito que dejó abierto el Gran Ciudadano el 16 de febrero de 1870, a fin de que se concurriera a dar un voto que expresara categóricamente la voluntad del pueblo de unirse a Estados Unidos de América y formar parte de su territorio.

La actitud de los generales Gregorio Luperón (1839-1897) y en principio de José María Cabral (1819-1899), frustró los reiterados planes anexionistas de Báez, pero si bien no logró la enajenación del territorio nacional, sí logró hipotecarlo económicamente con la concertación del funesto Empréstito Hartmont que el gobierno de Báez manejó, según expone el licenciado César Herrera (1910-1988) en la obra *De Hartmont a Trujillo*, con una torpeza absoluta, cuando aún no había salido de la primavera de la Restauración, confirmando lo que Ricardo Pattee llama “el ritmo clásico de la historia dominicana”.

Para el licenciado César Herrera, este empréstito “fue el primer grueso eslabón de la cadena de desaciertos que implicaron la revolución normal y progresiva de República Dominicana. Sus efectos desastrosos se perciben claramente en el transcurso de sesenta años”, en el entendido de que sin independencia económica no puede haber soberanía política.

Después del citado empréstito celebrado por el gobierno de Ulises Heureaux (1845-1899) con los banqueros Westendorp y Compañía, de Amberes, se comprometió la fiscalización y la recaudación de las rentas aduanales que fueron puestas bajo la fiscalización de un organismo llamado “La Regie” o Caja General de Recaudación.

Según el doctor Manuel de Jesús Troncoso de la Concha (1878-1955), la interposición de intereses norteamericanos en la hacienda pública de nuestro país comenzó en el año 1892, cuando la Westendorp y Compañía traspasó sus derechos de percibir directamente sus rentas aduaneras a una compañía americana en Nueva Jersey, la Santo Domingo Improvement Company, de siniestra recordación.

Para Ulises Heureaux y Buenaventura Báez no hubo límites “ni en el orden interno ni en el internacional, ni consideración alguna que los detuviera, ni aún la dignidad de la República, cuando de lucro personal se trataba”.

Mientras República Dominicana continuaba acreditando puntos para su nuevo colapso a causa del endeudamiento externo causado por la errónea política de Lilís y de Báez, moría en Caracas, el 15 de julio de 1876, el Padre de la Patria, sumido en la más espantosa miseria.

Rosa Duarte escribe:

*El general falleció a las 3:00 de la mañana del 15 de julio de 1876. Se había pronunciado independiente a las 11 de la mañana del 16 de julio de 1838. Bajó a la tumba a las 11:00 de la mañana del 16 de julio al cumplirse 38 años de que se consagrara a vivir solo para su Patria.*

Puede decirse que la ciudad de Caracas se convirtió en el cementerio de la familia Duarte, pues fue donde todos se vieron obligados a purgar en un duro exilio su amor y lealtad hacia la Patria que los vio nacer.

Con la presión de la Improvement y los acreedores de la Hartmont se arribó al siglo xx. La insolvencia económica y el contrato

de amparo firmado con la Santo Domingo Improvement fueron las causas por las que en el transcurso de los años el país se vio más comprometido con el Protocolo de (1924), el Laudo (1904), la Convención de 1905, el Modus Vivendi (1905) y las convenciones de 1907 y 1924.<sup>38</sup>

Para darle vigencia operativa a estas medidas se creó la figura del Interventor de Aduanas, que excluía a República Dominicana del manejo de las finanzas públicas. El próximo paso fue la intervención militar norteamericana, con la llegada, el 25 de noviembre de 1916, del capitán Knapp, quien sostuvo una conversación ese día con el presidente Francisco Henríquez y Carvajal (1855-1935). La frase final del agente norteamericano fue: *Le droit international n'est pas mort* (El Derecho Internacional no está muerto).

Cuatro días después de esta primera entrevista llevada a cabo el 29 de noviembre, el presidente Francisco Henríquez y Carvajal, quien no fue reconocido por el gobierno de Estados Unidos por sus reserva ante la actitud intransigente del Interventor de Aduanas, recibió una comunicación que leyó con la mayor atención. En ella le decía el mismo capitán Knapp que se declaraba a República Dominicana “en estado de ocupación militar” por las fuerzas bajo su mando y sometida a un gobierno militar establecido por Estados Unidos, situación que se prolongó hasta 1924. Nueva vez, la República de Duarte se convertía en un proyecto frustrado, y nuestra enseña tricolor era suplantada por la norteamericana.

---

38. Troncoso de la Concha, Manuel de Jesús. *La génesis de la Convención Dominico-Americana*. Santiago: *El Diario*. 1946, p. 11.

Han transcurrido ochenta y ocho años de la victoria en 1924 del nacionalismo dominicano, pues gracias a ello se logró el restablecimiento de la soberanía nacional, acto con el que se honraba la memoria de Juan Pablo Duarte y Díez, pero a pesar de esta dolorosa experiencia, cuando oímos decir que la “economía dominicana está hipotecada”, que “el país es el traspatio del imperio”, o que “el presupuesto nacional está bajo el central del Fondo Monetario Internacional, se nos ocurre pensar que, desde su tumba, el fundador de La Trinitaria lanza un grito de protesta para recordarnos que “nuestra Patria ha de ser libre e independiente de toda potencia extranjera” o de lo contrario se hunde la isla.

Aunque el proyecto político concebido por el Padre de la Patria se frustró por la actitud del bando de los apátridas, Duarte sigue siendo el más alto símbolo de la dignidad nacional.

La precedente sentencia debería vibrar al unísono en el corazón de todos los dominicanos para superar el pesimismo historiográfico del doctor Juan Isidro Jimenes Grullón, para quien la República “fue y continúa siendo una ficción”.

En el curso de este dilatado escarceo por los oscuros meandros de la Primera República se percibe que su colapso no fue por falta de voluntad de su creador, sino por la debilidad moral de los líderes políticos que se sucedieron en el poder desde 1844 y quienes en vez de fortalecer el ideario de Juan Pablo se convirtieron en repudiables arquetipos de la intriga y de la maledicencia.

Por la infame actitud de los Bobadilla, de los Santana y de los Báez, solo queda de ellos el triste recuerdo de su oscuro pasado; sin embargo, el nombre y la gloria de Juan Pablo Duarte y Díez, el “romántico de la libertad”, se agiganta en el transcurrir del tiempo como el más alto ejemplo de la dignidad nacional.

El próximo bicentenario del natalicio del Padre de la Patria debe ser aprovechado con actitud cívica, para reencontrarnos con su ideario como legítimos herederos de su inmenso sacrificio, comenzando por consagrar como inamovible la fecha de su natalicio.

*Fines coronat opus (El fin corona la obra).*

## **Bibliografía**

- Abreu Licairac, Rafael. *Consideraciones acerca de nuestra independencia y sus prohombres*. Santo Domingo: La Cuna de América, 1894. Segunda edición, 1973.
- Acosta Piña, Carlos A. *El general Duarte*. Santo Domingo: Editora Universitaria. 1986.
- Arcalá Galiano, Antonio. *Recuerdos de un anciano*. Barcelona: Crítica. 2009.
- Alfau Durán, Vetilio. *En torno a La Trinitaria*. Santo Domingo, R.D.: Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 1999.
- \_\_\_\_\_. *Mujeres de la Independencia*. Santo Domingo: Archivo General de la Nación, Colección Cuadernos Populares 2, 2009.
- \_\_\_\_\_. *Apuntaciones sobre el 27 de febrero de 1844*. Santo Domingo: Publicaciones de la Secretaría de Estado de Educación. Dirección de Cultura. 1976. Año de Duarte.
- \_\_\_\_\_. *Escritos II*. Compilación de Arístides Incháustegui y Blanca Malagón. Santo Domingo: Colección del Sesquicentenario de la Independencia Nacional. Vol. II, 1994. Obra rica en informaciones acerca de la vida y la obra de Juan Pablo Duarte.

- Artola, Miguel. *La Guerra de Independencia*. Madrid: Espasa, 2007.
- Balcácer, Juan Daniel. *El pensamiento político de Juan Pablo Duarte*, Santo Domingo, R.D.: Ediciones Taller, 1986
- \_\_\_\_\_. *Vicisitudes de Juan Pablo Duarte*. Santo Domingo: Banco Central de la República Dominicana, 1998.
- \_\_\_\_\_. Balaguer, Joaquín. *El Cristo de la libertad*. Vida de Juan Pablo Duarte. Edición Especial. Santo Domingo: Fundación de Crédito Educativo, Inc. 1970.
- Cassá, Roberto. *Padres de la Patria*. Santo Domingo, R.D.: Archivo General de la Nación, Colección Juvenil. Vol. V, 2008.
- Campillo Pérez, Julio G. *Documentos del primer gobierno dominicano*. Santo Domingo: Colección Sesquicentenario de la Independencia Nacional. Vol. V, 1994. Se reproduce in extenso el infamante Decreto del 22 de agosto de 1844 que expulsa a Duarte y sus más cercanos colaboradores por traidores a la Patria.
- Cestero, Mariano Antonio. “Descentralización y personalismo”, en *27 de febrero de 1844*. (Opúsculo). Santo Domingo, R. D.: Publicaciones de la Secretaría de Estado de Educación, Colección Enriquillo. 1974.
- Comellas García-Llera, José Luis. *Los primeros pronunciamientos en España: 1814-1820*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Historia Moderna, 1958.
- \_\_\_\_\_. *El trienio constitucional*. Madrid: Ediciones Rialp, S. A., 1963.
- \_\_\_\_\_. *Los realistas en el trienio constitucional (1820-1823)*. Pamplona, 1958.

- Coralec, D. José y Pella Forgas, D. José. *Los fueros de Cataluña*, Barcelona: Administración San Pablo, 1878.
- Chez Checo, José. “Juan Pablo Duarte y la independencia nacional”, en *Nuevos ensayos históricos*, 1998-2001. Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, Colección Historia, 2008.
- De Villaurrutia, Wenceslao Ramírez, Marqués. *Fernando VII. Rey Constitucional*. 2 tomos. Madrid: Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, 1922.
- De la Fuente, Vicente. *Historia de las sociedades secretas, antiguas y modernas de España y especialmente de la Francmasonería*. Lugo: Imprenta de Soto Freire, editor, 1870.
- De Valdelomar, Marqués: *Fernando VII y la masonería*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1970.
- Duarte, Rosa. *Apuntes de... Archivo y versos de Juan Pablo Duarte*. Compilación y notas de Emilio Rodríguez Demorizi. C. Larrazabal Blanco y V. Alfau Durán. Santo Domingo, R. D.: Instituto Duartiano. Vol. 1, 1970.
- Estenger, Rafael. *Vida gloriosa y triste de Juan Pablo Duarte*. Santo Domingo, R. D.: Editorial UNPHU, 1981.
- Fernández Álvarez, Manuel. *Las sociedades secretas y los orígenes de la España contemporánea*. Temas de España ante el mundo. Madrid: Publicaciones Españolas, 1961.
- Franco, Franklin. *Las ideologías políticas dominicanas en síntesis*. Santo Domingo: Cuesta-Veliz Ediciones, 2009.
- García, José Gabriel. *Compendio de Historia Dominicana*, cuatro tomos. Tercera edición, Santo Domingo, R.D., 1919. Para el tema valen el II y la primera parte del tercero. Hay nuevas ediciones de la obra.

\_\_\_\_\_. *Rasgos biográficos de dominicanos célebres: Juan Pablo Duarte*. Compilación y notas de Vetilio Alfau Durán. Santo Domingo, R. D.: Academia Dominicana de la Historia. Centenario de la muerte de Pedro A. Pina. 1971.

García Lluberés, Alcides: *Duarte y otros temas*. Santo Domingo, R. D.: Academia Dominicana de la Historia. Vol. XXVIII, 1971.

\_\_\_\_\_. *El testamento político de Duarte y los orígenes de nuestra efectiva idea nacional de independencia*. Santo Domingo, R. D.: Colección UASD. Crítica. Vol. CCVI, No. 1, 1976.

García Lluberés, Leonidas: *Crítica histórica*. Santo Domingo, R. D.: Academia Dominicana de la Historia. Centenario de la Restauración de la República. Vol. XVI, 1964. Esta obra contiene varios artículos acerca de la vida y la obra de Juan Pablo Duarte de los que no se puede prescindir cuando se aborda este tema.

García Samudio, Nicolás. *La independencia de Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1945.

González Calleja, Eduardo y Antonio Fontecha Pedraza. *Una cuestión de honor. La polémica sobre la anexión de Santo Domingo vista desde España (1861-1865)*. Santo Domingo, R. D.: Fundación García Arévalo, 2005. Contiene novedosas informaciones desconocidas por nosotros hasta la publicación de esta obra.

García Venero, Maximiliano *Historia del nacionalismo catalán*. 2 tomos, Madrid: Editora Nacional, 1966.

“Homenaje Duartiano”, en *Aula. Revista General de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña* (Santo Domingo,

Enero-Junio, 1976). Contiene, entre otros, seis artículos dedicados a Duarte.

*Historia de la República Dominicana*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Academia Dominicana de la Historia. Ediciones Doce Calles. Coordinador Frank Moya Pons, Volumen II, 2010.

Herrera, César A.: *De Hartmont a Trujillo. Estudio para la historia de la deuda pública*. Santo Domingo, R. D.: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Colección Bibliófilos-Banreservas. Volumen VI, 2009

Inoa, Orlando. *Biografía de Juan Pablo Duarte*. Santo Domingo, R. D.: Letra Gráfica, 2008.

Jimenes Grullón, Juan Isidro. *La República Dominicana: una ficción. Análisis de la revolución histórica y de la presencia actual del coloniaje y el colonialismo en Santo Domingo*. Mérida, Venezuela: Talleres Gráficos Universitarios, 1965.

\_\_\_\_\_. *Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*. Santo Domingo, R. D.: Archivo General de la Nación. Colección Cuadernos Populares I, 2009. Existe una edición anterior (1983).

\_\_\_\_\_. *Sociología política dominicana, 1844-1966*. Volumen I (1844-1898), Santo Domingo, R. D.: Taller, 1974.

Lugo Lovatón, Lic. Ramón: *Sánchez*, 2 tomos. Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R. D.): Editora Montalvo, 1947.

Machado Báez, Manuel A.: *La Trinitaria*. Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R. D.): Impresora Dominicana, 1956.

Machado Gimbernard, José Manuel. “La reconquista y La Trinitaria” (ensayo). Santo Domingo, R. D.: Taller, 1990.

Martínez, Rufino. *Santana y Báez. Hombres dominicanos*. Santiago, R. D.: Editorial El Diario, 1943.

- Marte, Roberto y Luis Cordero Velásquez. *Juan Pablo Duarte y la Venezuela de su época* (contribución al estudio de su vida en Los Llanos de Apure). Santo Domingo, R. D.: Banco Central de la República Dominicana, 1997.
- Moya Pons, Frank: *La dominación haitiana. 1822-1844*. Santiago, R.D.: UCMM, 1972.
- Patín Veloz, Enrique: *El sentido de la masonería en la vida de Juan Pablo Duarte*. Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R.D.): Librería Dominicana. Colección Renacimiento, 1956.
- Pérez, Carlos Federico: *Duarte: ideal y realidad*. Santo Domingo, R. D.: Publicaciones del Instituto Duartiano, 1968.
- \_\_\_\_\_. *Pensamiento y acción en la vida de Juan Pablo Duarte*. Santo Domingo, R. D.: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Colección Bibliófilos-Banreservas, Volumen I, 2007.
- Pérez Memén, Fernando. *El pensamiento democrático de Juan Pablo Duarte y otros temas de historia dominicana y de Haití*. Santo Domingo, R. D., 2005.
- Pigna, Felipe. *Libertadores de América. Vida y obra de los revolucionarios que pasaron por España*. Colombia: Fundación José Manuel Lara, 2010.
- Portillo, Julio. *Venezuela y la República Dominicana. Relaciones diplomáticas: 1844-1984*. Caracas, Venezuela: Ex Libris, 1991.
- Prospectiva y perspectiva del pensamiento político dominicano. Compilación de conferencias*. Varios autores. Festival de las Ideas, 2009. Para el tema de Duarte es válido el capítulo III, “El pensamiento liberal clásico dominicano”, cuyos expositores son: Juan Daniel Balcácer, Adriano Miguel Tejada y Héctor Luis Martínez.

- Rodríguez Demorizi, Emilio: *En torno a Duarte*. Santo Domingo, R. D.: Academia Dominicana de la Historia. Centenario de la muerte de Juan Pablo Duarte. Vol. XVII, 1976.
- \_\_\_\_\_. *Papeles de Buenaventura Báez*. Santo Domingo, R.D.: Academia Dominicana de la Historia. Vol. XXI, 1969.
- \_\_\_\_\_. *Antecedentes de la anexión a España*. Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R. D.): Academia Dominicana de la Historia. 25 Aniversario de la Era de Trujillo, Vol. IV, 1955.
- \_\_\_\_\_. *Relaciones Dominico-Españolas (1844-1859)* Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R. D.): Academia Dominicana de la Historia. 25 Aniversario de la Era de Trujillo, Vol. III, 1955.
- \_\_\_\_\_. *Homenaje a Mella*. Santo Domingo, R. D.: Academia Dominicana de la Historia, Vol. XVIII. Centenario de la muerte de Matías Ramón Mella, 1964.
- \_\_\_\_\_. “Duarte romántico” (Discurso de ingreso en el Instituto Duartiano, Vol. III. Santo Domingo, 1969.
- \_\_\_\_\_. *Papeles del General Santana*. Roma: Stb. Topográfico G. Menoglia, 1952.
- \_\_\_\_\_. *Cartas del Padre de la Patria*. Santo Domingo, R. D.: Instituto Duartiano. Vol. V, 1970.
- \_\_\_\_\_. *Discursos de Tomás Bobadilla*. Compilación y presentación de..... Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R. D.): Imprenta J. R. Vda. García, Sucs. 1938.
- \_\_\_\_\_. *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo*. Tomo I. Edición y Notas de... Traducción de Mukien Adriana Sang. Santo Domingo, R. D.: Colección Sesquicentenario de la Independencia Nacional. Vol. XI, 1996.

- \_\_\_\_\_. *La Trinitaria. Apuntes y documentos para su estudio*, en *Boletín del Archivo General de la Nación*. Año VII, Núm. 32-22 (Ciudad Trujillo [Santo Domingo, R. D.]: Enero-Abril 1944).
- \_\_\_\_\_. *Investigación duartiana: Duarte hombre de acción, Duarte en la poesía, Duarte y Manzini, Duarte y la filosofía*, *Boletín del Instituto Duartiano*, Año VII, Núm II (Santo Domingo, R. D., enero-junio 1975)
- Sang, Mu-Kien Adriana. *Ulises Heureaux. Biografía de un dictador*. Santo Domingo R. D.: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1989.
- \_\_\_\_\_. *Buenaventura Báez. El caudillo del sur (1844-1878)*. Santo Domingo, R. D.: Instituto Tecnológico de Santo Domingo. 1991.
- Serra, José María: *Apuntes para la historia de los trinitarios, fundadores de la República Dominicana*. Santo Domingo, R. D.: Imprenta de García Hermanos, 1887. Se han hecho varias ediciones de estos Apuntes de vital importancia para conocer la génesis de la obra política de Duarte.
- Tena Reyes, Jorge: *Duarte en la historiografía dominicana*. Colección y Notas de... Santo Domingo, R. D.: Publicaciones del Sesquicentenario de la Independencia Nacional. Vol. III, 1994.
- Troncoso de la Concha, Manuel de Jesús. *Génesis de Convención Dominico-Americana*. Santiago, R. D.: Editorial El Diario, 1946.
- Troncoso Sánchez, Pedro: *Decálogo duartiano*. Santo Domingo, R. D., Instituto Duartiano. Vol. VII, 1972.
- Vida de Juan Pablo Duarte*. Santo Domingo, R. D., Instituto Duartiano, Vol. I, 1975.

Tejera, Emiliano. “Monumento a Duarte”, en *Antología*. Selección, prólogo y notas de Manuel Arturo Peña Batlle. Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R. D.): Librería Dominicana, 1951.

**NOTA:** Fuentes especializadas en las que existen abundantes informaciones acerca de la vida y la obra de Juan Pablo Duarte son el *Boletín del Instituto Duartiano*, institución presidida por el apasionado duartiano profesor José Joaquín Pérez Saviñón, y la revista *Clío*, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, publicación bajo la competente dirección del licenciado Emilio Cordero Michel.



**Juan Pablo Duarte.**  
**Su última batalla: Padre de la Patria**  
**Orlando Inoa**



Juan Pablo Duarte murió en Caracas, Venezuela, el 15 de julio de 1876, a los 63 años de edad. En ese momento no era el Padre de la Patria en su natal República Dominicana ni tampoco se le reconocía como tal en ninguno de los otros lugares del extranjero donde residió por más de la mitad de su vida, pues esa consideración no se la profesaban ni sus contados amigos. En su país ni tan siquiera se le tenía en buena estima, pues el anuncio de su muerte pasó sin mayor repercusión. La noticia se conoció una semana después de ocurrida.<sup>1</sup>

Estando Duarte aún vivo, su fama de prócer de la independencia dominicana no estaba muy bien cimentada en la conciencia colectiva del pueblo que él condujo a su liberación. Esta situación era el resultado de muchos factores que concurrían para que eso se produjera. Su ausencia en la Puerta del Conde en el magno evento de la independencia el 27 de febrero de 1844; su exilio de 20 años, primero forzado y luego voluntario, entre 1844 y 1864; su pobre actuación durante la guerra de la Restauración que dio por resultado nuestra segunda independencia; y su ausencia definitiva del país cuando la Patria se vio restaurada en 1865, conspiraron impidiendo que

---

1. Inoa, Orlando, *Biografía de Juan Pablo Duarte*, Santo Domingo, R. D.: Letra Gráfica, 2008, p. 209.

fuera considerado como la figura máxima de la independencia dominicana. Para complicar más las cosas, los ocho años que transcurrieron entre la Restauración de la República y la instalación del gobierno liberal de Ignacio María González no dieron respiro para pensar en la honra de los que fundaron la nación dominicana.

Cuando la paz llegó a República Dominicana en el año 1874, Duarte era ya un gran olvidado. Francisco del Rosario Sánchez fue más afortunado, pues su destacada participación militar en defensa de la Patria contra los españoles que habían desconocido nuestra independencia en el 1861 y que terminó en su martirologio de El Cercado en ese mismo año estaba muy presente en la conciencia del país. Este hecho, sumado a que un hijo suyo, Juan Francisco Sánchez, fuera una figura importante en la política local y asumiera una pasional defensa de la actuación de su padre, cuando Duarte no contó con este apuntalamiento, pues no tuvo descendientes, contribuyó a imponer desde la esfera del poder el reconocimiento de Sánchez en menoscabo de Duarte, llegando en algunos casos a sobredimensionarse la actuación del primero.

El deterioro de la justa apreciación de la labor patriótica de Juan Pablo Duarte viene entronizado en el mismo desarrollo de la historia del país. República Dominicana goza en Latinoamérica del extraño caso de tener dos independencias. La primera fue la de 1844, cuando se separó de Haití y se formalizó la creación de la nación que desde entonces se denominó República Dominicana; la segunda fue la que se obtuvo después de una cruenta guerra que duró dos años cuando el imperio colonial español

reincorporó el país a su dominio después de que disfrutara siete años de vida independiente. Al culminar ambas independencias, la figura de Duarte no fue protagónica, y su participación en los hechos que se desencadenaron después fue totalmente nula.

Como ya ha sido señalado, Duarte no estuvo en el escenario de los hechos al proclamarse la primera independencia dominicana en el año 1844, el protagonismo fue asumido por Francisco del Rosario Sánchez, pretexto que sirvió más tarde para regatear a Duarte la honra de ser la figura eximia de ese acontecimiento. Durante la segunda independencia, cuando Duarte hizo un intento de colaboración con la causa de la Restauración, su ayuda fue desestimada de manera descortés. Entonces surgió una camada de nuevos líderes, desde donde salió una generación de patriotas cuya figura cimera fue Gregorio Luperón. Este nuevo escenario político fue extraño a Duarte, quien permaneció opacado en el exilio. La euforia patriótica que siguió al triunfo de la Restauración se realizó sin ensalzar a los hombres de 1844 y el derrotero político que tomó el país no fue el que soñaron los fundadores de República Dominicana.

## **Apoteosis a los Padres de la Patria**

En distintos momentos del último cuarto del siglo XIX, los restos de Sánchez, Duarte y Mella (en ese mismo orden) fueron trasladados con los honores correspondientes desde los respectivos lugares donde habían sido enterrados hasta la Catedral de

Santo Domingo. Esto se hizo como paso previo a la exaltación y veneración patria de sus figuras. Cada uno de estos traslados tuvo su propia motivación, valiéndose cada patriota de sus propios méritos. Reunidos los restos de los tres patricios más destacados de la independencia dominicana en la Catedral de Santo Domingo, un extraño elemento se agregó al panorama: se desató una pugna por demostrar primacías en sus respectivas actuaciones.

Esta engorrosa situación se presentó de manera contraria a la forma como ellos se trataron en vida, pues es bien sabido que el liderato de Duarte nunca fue discutido entre sus compañeros. Bajo estas nuevas premisas, la valoración de sus actuaciones empezó a ser pauta por la supremacía o no de los intereses de los sectores sociales que aupaban a cada uno de ellos.

### **Francisco del Rosario Sánchez**

Francisco del Rosario Sánchez fue exaltado como prócer eximio de nuestra primera independencia con prioridad a Juan Pablo Duarte, pues sus restos fueron llevados casi una década antes que los de Duarte a un panteón en la capilla de Nuestra Señora de la Altagracia, en la Catedral de Santo Domingo. El lugar donde se colocó la sepultura de Sánchez sería lo que más tarde devino en llamarse Capilla de los Inmortales.

A principios del año 1874, después de erradicada la dictadura de Buenaventura Báez, conocida como el “Gobierno de los Seis Años”, e instalado el gobierno democrático de Ignacio María González, el periódico *El Nacional*, órgano de la sociedad

La Republicana, hizo pública la idea de trasladar a la capital los restos de Francisco del Rosario Sánchez que se encontraban en el cementerio de San Juan de la Maguana desde que fue fusilado en el año 1861. No fue sino diez meses después, en noviembre de 1874, cuando la sociedad literaria La Republicana decidió llevar a efecto la propuesta del traslado de los restos de Sánchez para lo que pidió el concurso de la población en general.<sup>2</sup> Cónsono con el llamado de los jóvenes de la capital agrupados en la sociedad La Republicana, los jóvenes del Cibao, reunidos en la sociedad Amantes de la Luz, emitieron el 27 de noviembre de 1874 una circular firmada por José J. Hungría y M. J. Mercado, publicada en el periódico *El Orden*, de Santiago, invitando a todos los poetas dominicanos

*a enviar de hoy al 27 de febrero próximo una producción sobre los hechos de nuestra Guerra de Independencia y Restauración, dando preferencia a la forma del romance y a la décima... Que una vez en posesión de tales composiciones nombre una comisión editora que abra a ellas una suscripción nacional y forma*

---

2. Véase Rodríguez Demorizi, Emilio, *Acerca de Francisco R. Sánchez*. Santo Domingo, R. D.: Academia Dominicana de la Historia, 1976, p. 33. Una circular de fecha 16 de enero de 1875 firmada por el presidente de la sociedad literaria La Republicana decía: "Ciudadanos/ ... Al despejarse nuestro horizonte político... era necesario dirigir una mirada de ternura a la comarca de San Juan, al teatro de nuestra más sangrientas hecatombes, para redimarnos del dictado vergonzoso que lanzaría la posteridad si olvidáramos estúpidamente donde se ocultó el sol en Santo Domingo, donde yacen sepultados en triste abandono, cubriéndolos tal vez una rústica cruz, los despojos del que con su soplo dio vida a la hija de febrero restaurada en agosto: el que vino después de un prolongado martirio, no a inflamar los ánimos y empujar a este pueblo a fratricidas contiendas, sino a restaurar su hechura predilecta, y solo obtuvo, que fue mucho, cubrirse con el sudario que parece que estaba destinado a servirle a entrambos de consuno" (*La Opinión*, Núm. 38 (12 de febrero de 1875)).

*con ellas un libro, dedicándolo a la memoria del general Sánchez... ”.*<sup>3</sup>

A los pocos días de esta publicación, el periódico de Santo Domingo El Pueblo (órgano de la sociedad La Juventud) trajo un comentario titulado “Reflexión” en el que decía que desde el momento de recibir la circular de Amantes de la Luz, a los directivos de ese periódico les llamó la atención el hecho de que esa justa poética convocada para exaltar la independencia y la restauración de la República se dedicara exclusivamente a honrar a Francisco del Rosario Sánchez. A seguidas agregaba que “sin duda, dos son los que merecen el dictado de padres de la Patria: Juan Pablo Duarte y Francisco del Rosario Sánchez. El primero fue el iniciador de la sublime idea. El segundo fue el fundador de esa misma idea realizada”. Continuando con su argumentación, la nota del periódico decía: “Consagrados ambos amigos al servicio constante del pensamiento glorioso de la independencia y autonomía de la República, obtuvieron: el destierro perpetuo el uno, el otro el martirio por premio de sus afanes y amor a la Patria”. El artículo finalizaba diciendo: “Y ambos inmensamente infortunados, son y serán eternamente llamados por la historia los padres de la República de Quisqueya”.<sup>4</sup> Hay que hacer constar que al momento de ese debate, Juan Pablo

---

3. Esta nota fue publicada por *El Orden*, de Santiago, y reproducida en *El Pueblo*, Núm. 29 (11 de diciembre de 1874).

4. *El Pueblo*, Núm. 30 (18 de diciembre de 1874). Esta polémica se extendió a otros trabajos. Apareció una réplica de la sociedad Amantes de la Luz en *El Orden*, de Santiago, y una contrarréplica con el título “Por cortesía” en *El Pueblo*, Núm. 34 (15 de enero de 1875). Aunque los trabajos de *El Pueblo* no estaban firmados, se deja ver los trazos de Federico Henríquez y Carvajal, quien era redactor de ese periódico.

Duarte se encontraba en Venezuela abandonado y en la mayor miseria.

A mediados de febrero del año 1875, el presidente de la República, Ignacio María González, inició un viaje de varias semanas a la región Sur de la República, el cual está minuciosamente detallado en varias crónicas periodísticas de la época.<sup>5</sup> Para la celebración de las efemérides patrias del 27 de febrero de ese año, el periódico *La Opinión* del día 26 publicó un artículo sin firma titulado “27 de Febrero” en el que decía: “Actualmente ocúpase nuestra amiga “La Republicana” de recolectar fondos con qué hacer la exhumación de las venerandas cenizas del padre de la Patria, general Sánchez...”.

El 3 de marzo, encontrándose el presidente Ignacio María González en San Juan de la Maguana, procedió a exhumar los restos de Francisco del Rosario Sánchez. Estuvo acompañado de los ministros Pedro T. Garrido, José de Jesús Castro y Pablo López Villanueva, así como del coronel Juan Pablo Pina y los señores Juan B. Tejada y Alejo Justo Chanlatte, todos miembros de su comitiva.<sup>6</sup> Los restos de Francisco del Rosario Sánchez fueron llevados a la iglesia parroquial y de allí pasaron a la ciudad de Azua al final de ese mismo día. El 14 de marzo pasaron a Baní, desde donde continuaron a San Cristóbal, llegando a Santo Domingo el día 6 del siguiente mes de abril, que previamente había sido declarado de duelo nacional por el presidente

---

5. Estas crónicas aparecieron en varias entregas, firmadas por *El Corresponsal*, a partir del Núm. 41 (5 de marzo de 1875) del periódico *La Opinión*.

6. Rodríguez Demorizi, *Acerca de...*, pp. 33-34.

González. Ese día, dice el historiador Rodríguez Demorizi,<sup>7</sup> a los restos de Sánchez “se le rindieron honores extraordinarios. Son depositados en la Catedral de Santo Domingo con inusitada pompa. Se empieza a formar la venerada Capilla de Inmortales”. El panegírico de las exequias que se realizó fue leído por el cura Calixto María Pina. La reseña detallada de lo que pasó ese día apareció publicada el 2 de abril de 1875 en el periódico *La Opinión* en un artículo titulado “Homenaje al patriotismo”:

*Nada, pues, más justo ni más plausible que el entusiasmo con que en esta ciudad se recibieron los restos de Sánchez en la mañana del martes.*

*Todo estaba preparado con mucha antelación. La Plaza de Armas se encontraba a las siete casi llena de los muchos invitados que esperaban la hora de la partida. Un grupo compuesto de los miembros de “La Republicana” y “La Juventud” y de algunos otros señores se dirigió a las siete y media en busca de su Excelencia el Presidente de la República, quien, con los ministros del Interior, de Relaciones Exteriores, de Justicia, de Guerra, el Cuerpo Consular y muchos otros empleados de alta categoría, se hallaban en la residencia reunidos hacía algunos instantes.*

*Salimos de la morada del Jefe del Estado; la inmensa concurrencia que esperaba en la Plaza de Armas se unió a “La Republicana” y a los miembros del Gobierno dirigiéndose todos a la Puerta del Conde, cuya calle estaba engalanada con banderas y poblada de grande gentío. En un bellissimo carro*

---

7. *Ibid.*, p. 33

*fúnebre, tirado por dos hermosos caballos que fueron galantemente ofrecidos a “La Republicana” por el Presidente de la República, y escoltado por la tropa militar cuya banda de música tocaba marcha fúnebre, condujeron los restos del mártir de la Patria hasta la misma puerta en donde treinta y un años antes se lanzó el mágico grito de independencia y libertad. Allí el joven J. J. Pérez pronunció elocuentísimo discurso y diez señoritas con trajes y velos blancos y un lazo de crespón en el brazo ofrecieron, todas pronunciando bellísimas frases de entusiasmo y patriotismo, la corona de blancas flores que habían ornado sus sienes.*

*Entre las grandes hileras que encabezaban los miembros de “La Juventud” y “El Progreso Democrático” y en la que se hallaban todas las sociedades y personas notables de la capital, es decir, más de 400 individuos, dirigióse el cortejo a la Catedral, que había sido ya invadida por una gran muchedumbre y en donde se celebró solemnísimas misa, y el canónigo Pina nos hizo oír, desde la cátedra sagrada, su muy autorizada y elocuente voz.*

*Concluidos los funerales, el presidente de “La Republicana”, señor Juan T. Mejía, leyó en el mismo templo un largo y elocuentísimo discurso que, como el pronunciado por nuestro respetable amigo el presbítero Pina, fue escuchado con placer verdaderamente indecible. Concluido a las doce y media de la mañana el imponente acto que se celebraba, diseminóse la concurrencia, desfiló la tropa y todos se retiraron enorgullecidos de haber visto recompensado con el amor y veneración de todo un pueblo el martirio impuesto al*

*patriotismo de una de las figuras, acaso la más veneranda,  
de nuestra independencia.*

En mayo del año 1878, tres años después del traslado de los restos de Sánchez a la Catedral de Santo Domingo, se cambió su urna de madera por una de plomo y dentro de la misma capilla se trasladó a otro nicho. El lugar que abandonó Sánchez fue ocupado por Duarte en 1884.

## Juan Pablo Duarte

A principios del año 1883, cuando en Santo Domingo se celebraba el centenario del nacimiento de Simón Bolívar, tomó cuerpo la iniciativa de trasladar desde Caracas, Venezuela, los restos de Juan Pablo Duarte.<sup>8</sup> Para tal efecto, el Cabildo de Santo Domingo, bajo la presidencia de Manuel de Jesús García, quien era hermano del historiador nacional José Gabriel García, inició las gestiones. Una comisión compuesta por Álvaro Logroño y José Francisco Pellerano viajó a Caracas para motorizar esos fines. Al retornar al país, esa comisión trajo consigo un retrato de Duarte que fuera donado por sus hermanas a la ciudad de Santo Domingo. El retrato de cuerpo entero de Juan Pablo Duarte se exhibió en los primeros meses de 1883 en la sala de sesiones del Ayuntamiento. Es bueno señalar que la fotografía no gustó mucho por mostrar a un Duarte “en edad propecta, ya

---

8. Henríquez y Carvajal, Federico, *Duarte. Próceres, héroes y mártires de la independencia*. Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R. D.): Academia Dominicana de la Historia, 1944, p. 42.

caduco y en una pose harto violenta y sin duda ajena al elevado y noble carácter de Duarte”.<sup>9</sup> Llama la atención que ese mismo día el presidente Ulises Heureaux emitiera un decreto en que denomina a la histórica Puerta del Conde con el nombre de Puerta del 27 de Febrero y ambas festividades se hicieran por separado sin ninguna conexión entre sí.

El 27 de febrero de 1884, un año después de realizar las primeras gestiones en Caracas, los restos de Duarte fueron oficialmente recibidos en Santo Domingo y se procedió a la apoteosis de su traslado a la Catedral. Como constancia documental de ese hecho el abogado notario González Lavastida levantó un acta<sup>10</sup> del cual copiamos algunos extractos:

*El infrascrito notario público de los del número de esta ciudad y del Cabildo Civil de la misma y en virtud del requerimiento que le hizo el Honorable Ayuntamiento, se transportó junto con dicha Corporación a las siete de la mañana del mencionado día a la orilla del río Ozama para levantar acta de todo lo que tuviera lugar en el momento del desembarco y entrega de los restos del prócer Juan Pablo Duarte, que traído de Caracas, Estados Unidos de Venezuela, se hallaban en la goleta holandesa Leonor.*

*Llegado el Ayuntamiento a aquel lugar, la comisión compuesta de los ciudadanos Álvaro Logroño, vicepresidente*

---

9. Henríquez y Carvajal, Federico, “Duarte”, en *Letras*, Núm. 114 (25 de mayo de 1919). Otros detalles en Inoa, *Biografía...*, p. 82.

10. Acta notarial del traslado de los restos del patricio Juan Pablo Duarte. Archivo General de la Nación, Notario Ignacio González Lavastida. Bienio 1883-1884. Copia en el archivo del autor.

*del Ayuntamiento, y José Francisco Pellerano, síndico, pasaron a bordo del expresado buque para efectuar el desembarque de dichos restos, lo que tuvo lugar pocos momentos después, siendo recibida la urna que los contenía por la Corporación y conducido por ella procesionalmente a la Comandancia del Puerto, situada en el antiguo baluarte de San Diego. La guarnición y banda de música formaba un ala y baterías de la plaza le rindieron en aquel momento los honores de ordenanza. Allí la Comisión hizo entrega de ellos al Ayuntamiento y el Presidente de la Corporación contestó las palabras que alusivas del acto pronunció el comisionado señor Logroño. (...)*

*Allí permanecieron hasta las cuatro de la tarde del mismo día que fueron conducidos a la Santa Iglesia Catedral por la procesión cívica organizada con ese fin y a la que concurrieron el Poder Ejecutivo de la República, el Congreso Nacional, la Suprema Corte de Justicia, el clero presidido por Domingo de la Mota, vicario general, el Cuerpo Diplomático y Consular...*

*Durante la procesión cargaron alternativamente las andas en que iba la urna, los regidores del Ayuntamiento y los representantes de los demás municipios de la República. (...)*

*Llegada la procesión a la santa iglesia Metropolitana, los restos fueron colocados en un túmulo preparado de antemano en el centro del templo y el Pbro. Fernando Arturo de Meriño, dean de la santa iglesia Catedral, ocupó la cátedra sagrada e hizo el elogio póstumo del prócer.*

*Terminado esto, los regidores del Ayuntamiento pasaron a tomar del túmulo la urna funeraria y la condujeron a la capilla de Nuestra Señora de la Altagracia, depositándola luego en un nicho que hay a la derecha de dicha capilla, el mismo en que estuvieron los restos del ilustre general Francisco del Rosario Sánchez.*

Si hacemos una comparación entre las apoteosis de Sánchez y Duarte para llevar sus respectivas osamentas a la Catedral de Santo Domingo, notamos muy claro que para el momento de sus traslados Sánchez gozaba de mayor reconocimiento como Padre de la Patria que el que se le tenía a Duarte.<sup>11</sup> Esa situación no cambió en los años siguientes y a pesar de que Duarte y Sánchez compartían los mismos honores en su lugar de enterramiento en la Catedral de Santo Domingo, en el país a la figura de Sánchez se le tenía como la del patricio eximio. La situación se complicó más con la llegada de otro prócer a la Capilla de los Inmortales.

## Ramón Matías Mella

El 15 de mayo de 1890 la sociedad Hijos del Pueblo, de Santo Domingo, entonces presidida por Luis A. Weber, constituyó una comisión que integraban Miguel A. Garrido, Ángel M. Soler, Esteban R. Suazo y Moisés García Mella, con el fin de

---

11. En el traslado de los restos de Sánchez estuvo presente el presidente Ignacio María González, no así el presidente Ulises Heureaux cuando se trasladaron los de Duarte. Los detalles de la apoteosis a Duarte pueden leerse en *El Mensajero* edición del 1 de marzo de 1884, reproducido en Henríquez y Carvajal, *Duarte...*, pp. 148-154.

dirigirse al Congreso Nacional en solicitud de autorización para la exhumación de los restos de Ramón Matías Mella para su traslado a la Capilla de los Inmortales de la Catedral de Santo Domingo junto a los de Juan Pablo Duarte y Francisco del Rosario Sánchez. Al efecto, el 6 de junio de 1890 se realizó en Santiago la exhumación de los restos de Mella, los que, como parte del ceremonial, fueron conducidos con honor hacia La Vega. Al salir de Santiago, a nombre de la juventud de esa ciudad y en alabanza a Mella, Augusto Franco Bidó pronunció un discurso en el que, entre otras cosas, dijo: “En El Conde hubo desde el primer momento ausencias y vacilaciones ingratas a la patriótica inspiración del doctor Hernández y Mella definió la situación por medio de un trabucazo”. Ese señor Hernández que mencionó Franco Bidó en su discurso era el padre Gaspar Hernández. Correspondiendo a la verdad histórica “la patriótica inspiración” de esa noche que Franco Bidó rememoró ante los despojos de Mella correspondió a Juan Pablo Duarte, a quien como era común entonces se le regateaba tal honra. La razón de ese desaguizado la explica el propio Franco Bidó en la continuación de su discurso:

*No será extraño que yo ande equivocado en estas apreciaciones. La ausencia de la historia nos deja en libertad de equivocarnos. ¡Oh, que se formule la historia! La necesitamos para saber qué somos, quiénes nos hicieron, ante qué nombres debemos doblegar la frente.<sup>12</sup>*

---

12. El discurso de Augusto Franco Bidó se encuentra en el periódico *El Sol*, Núm. 4 (27 de febrero de 1891), reproducido en el libro de la Academia Dominicana de la Historia, *Homenaje a Mella* (Santo Domingo, R. D., 1964), p. 65.

La razón del viaje a La Vega de los despojos de Mella era para continuar su procesión mortuoria hacia Santo Domingo usando el ferrocarril que iba hasta la ciudad de Sánchez. Una vez llegado allí, el vapor “Presidente”<sup>13</sup> trasladó los restos de Mella hasta la ciudad capital, donde la sociedad Hijos del Pueblo tuvo a su cargo el ceremonial que se desarrolló en su honra. Una comisión fue al puerto, donde se les rindió los honores de lugar. Luego los restos mortales de Mella fueron trasladados a la iglesia de San Carlos haciéndoseles guardia de honor. A prima tarde del 27 de febrero de 1891 se realizó solemne marcha hacia la Catedral haciendo una parada en el Baluarte del Conde, donde habló Federico Henríquez y Carvajal. En el ceremonial realizado en la Catedral leyó la oración fúnebre el presbítero Alejandro Nouel, pasando a descansar sus restos en la Capilla de los Inmortales de la Catedral de Santo Domingo junto a los de Duarte y Sánchez.

Con anterioridad al traslado de los restos de Ramón Matías Mella a Santo Domingo, de manera tímida, ya se había realizado algún reconocimiento a su figura. En el año 1888 el antiguo puesto cantonal de Sabana Grande del Espíritu Santo, próximo a la capital, fue bautizado con el nombre de Villa Mella. Pero lo que puso en el tapete el nombre de Mella y motivó el traslado de sus restos a la Catedral de Santo Domingo fue un hecho

---

13. El vapor “Presidente” fue el primer barco que compró Ulises Heureaux para la Marina de Guerra dominicana. Entró en servicio en enero de 1889 y era de uso exclusivo del dictador. Fue facilitado a la comisión de la sociedad Hijos del Pueblo para que fuera al Cibao en procura de los restos de Mella para trasladarlos a Santo Domingo. Tenía además la encomienda de retornarlos.

casual: una polémica que desató un artículo que en *El Eco de la Opinión* escribió Manuel de Jesús Galván alabando la figura de Pedro Santana. Este escrito culminó, contrario a lo originalmente planificado, con el encumbramiento de Mella cuando el historiador nacional José Gabriel García salió en su defensa.<sup>14</sup> Como resultado de esta polémica, el 27 de febrero de 1891 se trasladaron los restos de Mella a la Capilla de los Inmortales de la Catedral de Santo Domingo para descansar junto a los de Duarte y Sánchez.

## La tríada de los Padres de la Patria

Estando los tres patriotas juntos en la Catedral de Santo Domingo se procedió a la oficialización de la tríada patriótica conocida desde entonces como “los tres Padres de la Patria”. La resolución del Congreso Nacional Núm. 3392 del 11 de abril de 1894, sancionada luego por el presidente Ulises Heureaux, dejó establecido que los Padres de la Patria eran definitivamente tres: Duarte, Sánchez y Mella cuando consignó:

*Mella, Duarte y Sánchez merecen, por virtud de la principal participación que tuvieron en la propaganda*

---

14. El artículo “19 de Marzo” que apareció sin firma en el *Eco de la Opinión* el 16 de marzo de 1889 fue escrito por Manuel de Jesús Galván y era un exaltación a la figura de Pedro Santana. Ese artículo fue contestado, con otro titulado “Rectificación”, aparecido también sin firma pero escrito por José Gabriel García, en el periódico *El Teléfono* el 24 de marzo de ese año. Así se inició una extensa polémica que se extendió a 23 artículos y que fueron recogidos en folleto al año siguiente de la polémica con el título *Controversia histórica sostenida en 1889 entre El Teléfono y El Eco de la Opinión coleccionada por la Sociedad Hijos del Pueblo a beneficio de la traslación de los restos del prócer Mella de Santiago a Santo Domingo*. (Santo Domingo, Imprenta de García Hermanos, 1890, 99 páginas).

*y realización de la idea redentora, pasar a la posteridad, conservando en ella la personificación del ideal patriótico que confundió a los tres próceres en una aspiración común y única: la de la emancipación política de la familia dominicana.*<sup>15</sup>

## El himno nacional dominicano

El 16 de agosto de 1883 se celebraron en todo el país los festejos conmemorativos del vigésimo aniversario del triunfo de la guerra de la Restauración. Puerto Plata fue la ciudad que hizo los actos más lucidos, pues según un periódico de Santo Domingo “aquí en la capital no se celebró el 16 de agosto como se esperaba”.<sup>16</sup> Como parte de la celebración efectuada en Santo Domingo, el periódico *El Eco de la Opinión* publicó en su portada del día 16 de agosto las letras del Himno a la Patria (así le llamaba entonces la prensa) que había escrito Emilio Prud’Homme. En una nota que el periódico insertó en su interior y que se titulaba “Himno al 16 de agosto de 1863” dice:

*El himno nacional que adorna la portada de la presente edición de nuestro semanario escrito por nuestro buen amigo Sr. Prud’Homme, se cantará el 17 en la noche en la velada de la prensa, con la música adaptada a él que ha compuesto el maestro José Reyes.*

---

15. *Gaceta Oficial* Núm. 1027 (28 de abril de 1894).

16. El periódico *El Eco de la Opinión* (31 de agosto de 1883) agregaba: “Sin embargo, fue significativo el banquete de algunas sociedades y la segunda velada de la prensa”.

La velada de la prensa estaba pautada a realizarse en el colegio San Luis Gonzaga, que dirigía Francisco Xavier Billini, quien era también el director del periódico *La Crónica*, pero debido a que el anfitrión estaba de duelo por la muerte de un pariente se cambió de local a los salones de la Logia Esperanza en la casa colonial de la calle Mercedes esquina Las Damas.<sup>17</sup> Es importante que quede constancia de que a ese acto en que se tocó el himno nacional por primera vez no asistió el presidente de la República Ulises Heureaux y la autoridad máxima allí presente fue Juan Tomás Mejía, ministro de Fomento e Instrucción Pública.

En la edición de la semana siguiente, el periódico *El Eco de la Opinión* trajo una detallada relación de las actuaciones que se presentaron en esa velada.<sup>18</sup> Una de ellas, cuyo turno estuvo al final de la primera mitad del programa, fue la interpretación del himno nacional que había escrito Emilio Prud'Homme y al que José Reyes le puso música. Ese no fue el único himno patrio que se interpretó esa noche. La segunda parte de la velada terminó con otro himno nacional cantado por el señor José María Arredondo, autor también de la música. Tampoco el himno de Prud'Homme fue la actuación más aplaudida, pues según la reseña periodística las glorias se las llevaron, en prosa, los discursos de José Joaquín Pérez y Juan Tomás Mejía y, en verso, los poemas "A mi Patria", de Josefa Perdomo, y "Al héroe-mártir Eugenio Perdomo", de Enrique Henríquez.

---

17. "Velada de prensa", *El Eco de la Opinión*, 16 de agosto de 1883.

18. "Segunda velada de la prensa", *El Eco de la Opinión*, 24 de agosto de 1883.

El himno nacional de Prud'Homme fue escrito en honor a los héroes de Capotillo y no a los de la independencia del 1844. De ahí que su primera estrofa diga:

*Quisqueyanos valientes alcemos  
Nuestro canto con viva emoción  
Y la aurora feliz saludemos  
De la Patria y la Restauración.*

Más sin embargo, en otra de sus estrofas ese himno refiere a la gesta libertadora simbolizada en el acto de proclamación de la independencia en el Baluarte del Conde cuando dice:

*¡Libertad! exclamó en el Baluarte  
De febrero la voz de lealtad,  
y el acento de Sánchez y Duarte  
Resonó por doquier ¡Libertad!”.*

Como puede notarse, Prud'Homme importantizaba más a Sánchez que a Duarte en su canto; pero ese fue el himno que se le tocó a Duarte cuando sus restos mortales fueron llevados a la Catedral de Santo Domingo en el 1884. Prud'Homme no era el único que pensaba que Sánchez era el patriota más eximio del país. Lucas T. Gibbes, un aventajado discípulo de Eugenio María de Hostos, escribió en el año 1888 unas efemérides patrias en las que dice que fue el presidente Cabral quien el 27 de febrero de 1867 conquistó la gloria de ser el primero que exhibiera el retrato del general Sánchez como el del héroe del 27

de febrero “y señala a la posteridad, en un famoso obelisco, los nombres hasta entonces ocultos por la envidia, de los próceres de la Patria”.<sup>19</sup>

## **La toponimia honra a patriotas (y no patriotas) pero muy poco a Duarte**

En el año 1882, y por resolución del Ayuntamiento de la capital, la calle denominada “del Sol” le fue cambiado el nombre por el de Duarte, siendo la primera vez que una calle del país honraba a tan insigne patriota. Pero esa honra sólo duró dos años, pues como parte de los festejos del traslado de los restos de Duarte desde Caracas en el año 1884, una disposición del Ayuntamiento fechada el 27 de junio de ese año que le dio el nombre de Duarte a la llamada calle de los Mártires también eliminaba el nombre de Duarte que dos años antes se le había dado a la antigua calle del Sol. En su lugar esta calle fue rebautizada con el nombre de Espaillat, en tributo al ex presidente Ulises Francisco Espaillat. Al momento en que en el año 1884 el Ayuntamiento nombró como Duarte a la calle de los Mártires, también renombró la calle La Luna (en la que había nacido Ramón Matías Mella) con el nombre de Sánchez.

Los honores a Duarte se detuvieron ahí. El 29 de mayo del 1885, por resolución del Congreso Nacional y en el gobierno presidido por Alejandro Woss y Gil, se creó en el país una nueva provincia. Era la primera vez que se establecía una provincia

---

19. Lucas T. Gibbes, “27 de Febrero. Efemérides nacionales en homenaje al gran día de la Patria”, *El Eco de la Opinión*, 27 de febrero de 1888.

luego de las cinco creadas por la primera Constitución en 1844. La creación se produjo al escindirse la provincia de La Vega y sacarle las siguientes comunidades: San Francisco de Macorís, San Antonio del Yuna, Matanzas (Nagua), Juana Núñez (Salcedo) y Moca, la que pasó a ser la común cabecera. Esta nueva provincia llevó el nombre del ex presidente Ulises Francisco Espaillat, y al designársele así se dejaba sin ese honor a Juan Pablo Duarte, un patriota ilustre cuyo aporte a la Patria se reputa superior al de Espaillat. La decisión de nombrar esta demarcación geográfica como provincia Espaillat era la segunda vez que el nombre de Espaillat le disputaba una honra a Duarte.

Cuando al año siguiente se presentó una segunda oportunidad de honrar a un patriota dominicano, tampoco se consideró a la figura de Duarte. El 28 de abril de 1886 los moradores de Las Cañitas enviaron al Congreso Nacional una carta en la que se solicitaba que ese poblado fuera erigido en común. Como consecuencia de esa carta, un diputado pidió que se le nombrara Gregorio Riva, en honor a uno de los promotores del ferrocarril que le dio vida al poblado. El Congreso dominicano era presidido en esa fecha por Juan Francisco Sánchez (Papí), hijo del patricio de igual apellido, quien no descansó hasta conseguir que la nueva común fuera nombrada Sánchez en honor a su progenitor, lo que al efecto se produjo el 31 de mayo de 1886. Esta fue la primera designación de un toponímico para honrar a un prócer de la independencia, y para desconsideración de la figura de Duarte, ni siquiera se tomó en cuenta su nombre en las posibilidades de esa designación.

## El retrato de Duarte hecho por Alejandro Bonilla

Al finalizar el verano del año 1887 Alejandro Bonilla había terminado un retrato de Juan Pablo Duarte. Era una interpretación libre de la figura de Duarte ayudado por los recuerdos que tenía del Patricio así como también los recuerdos de otros que le habían conocido. El de Bonilla es el primer retrato de Duarte del que se tenga noticia y se hizo para subsanar el desaire que la foto auténtica del patricio había causado en la población (que en su mayoría no le conocía) cuando llegó desde Caracas en el año 1883. Este retrato de Bonilla gustó más que la fotografía auténtica de Duarte porque el artista usó como modelo “las facciones de un rey moderno de Europa”.<sup>20</sup> El periódico *El Teléfono* saludó la aparición de este retrato en un editorial del 4 de septiembre de 1887, cuando dijo: “Don Alejandro Bonilla acaba de hacer el retrato de este prócer de la independencia, tal como era en 1844, en el día glorioso de la redención de la Patria. Todos los que conocieron en su juventud al ilustre caudillo afirman que el retrato es de una exactitud admirable”.

A pesar de la aparente aceptación del retrato que hizo Bonilla de Duarte, se sabe que el mismo no satisfizo a todos por igual. Al decir de la dirección de la revista *Letras* (1919): “A la familia Duarte de Venezuela se le remitió copia del cuadro de Bonilla y le encontró muy poco parecido”, en cambio, sigue diciendo la revista *Letras*, en la fotografía auténtica de Duarte su familia dijo que “hay un notable parecimiento con el Duarte ya anciano,

---

20. “Cosas varias: El retrato de Duarte”, *El Eco de la Opinión*, Núm. 434 (10 de marzo de 1888)

ya a las puertas de la tumba”. Don Emiliano Tejera, quien trató a Duarte en Caracas, según cita la revista *Letras*, dice que “el cuadro de Bonilla, así como los bustos que se han hecho, tienen una expresión de mansedumbre que no era peculiar del Fundador”. En base a sus considerandos, la revista *Letras* concluye que al efecto en el retrato auténtico de Duarte, y no en el cuadro de Bonilla, “se ve una fisonomía enérgica que según don Emiliano era la de Duarte”.

No conforme con el rejuvenecimiento de Duarte hecho por Bonilla, Abelardo Rodríguez Urdaneta realizó en el año 1892 otro retrato de Duarte más joven y elegante, el cual con el tiempo ha devenido en el retrato oficial del fundador de la Patria.

## Duarte y la dificultad de honrarlo con una estatua

La primera estatua erigida en el país a un dominicano<sup>21</sup> se inauguró en La Vega el 16 de agosto de 1891 y no se realizó para la honra de la figura de Duarte.<sup>22</sup> En el año 1890 Doroteo Antonio Tapia, Horacio Vásquez, Manuel Ubaldo Gómez y otros municipios fundaron en La Vega la sociedad Justicia al Mérito en procura de levantar una estatua a Gregorio Riva fallecido en el año 1889. La estatua fue confeccionada en Nueva York e inaugurada

---

21. La primera estatua erigida en República Dominicana honró al descubridor Cristóbal Colón y fue inaugurada el 27 de febrero de 1887. Se levantó con aportaciones ciudadanas y se ubicó en la antigua Plaza de Armas, que empezó a llamarse desde entonces plaza Colón.

22. Tampoco honró a Duarte la primera estatua a un dominicano que se erigió en el exterior. Le cupo la gloria al prócer Dionisio Gil, en Cienfuegos, Cuba, por su participación en la guerra de independencia de ese país (Véase a Mario Concepción, “Biografía de una estatua: Gregorio Riva”, *Renovación*, Núm. 282 (25 de octubre de 1975), p. 3).

con la ceremonia de lugar en recordación del munícipe mocano que se había radicado en La Vega.

El mismo año en que se inauguró esta estatua el Ayuntamiento de Santo Domingo asignó con el nombre de plaza Duarte la plaza localizada frente al ex convento de los dominicos, en tributo que hacía al patricio Duarte el presidente de esa corporación edilicia, Pedro Valverde y Lara, uno de los próceres de la independencia. Dos años después, el Ayuntamiento tomó la iniciativa de erigir en esa plaza una estatua a Duarte para cuyos fines especializó un fondo de dos mil pesos. Para motorizar la propuesta se eligió una Junta Central Directiva compuesta por connotadas figuras de la sociedad dominicana y devotos duartianos: monseñor Fernando A. Meriño, Emiliano Tejera y Félix María del Monte, entre otros. Además de recabar los fondos para la estatua, esta Junta se encargó de redactar, para conocimiento de los miembros del Congreso Nacional, el documento “Exposición al Congreso Nacional” en el cual se detallaban las razones que justificaban la erección de la estatua. Este documento fue publicado en el año 1894 en forma de folleto,<sup>23</sup> pero antes de su circulación, los que se oponían a la estatua habían ganado bastante terreno propalando sus argumentos en contra de la misma.

---

23. *Monumento a Duarte* (Santo Domingo, Imprenta García Hermanos, 1894). Aunque este documento está firmado por todos los miembros de la Junta Central Directiva, se reputa que fue escrito por Emiliano Tejera. Sobre este documento dice Américo Lugo: “Trabajo elocuentísimo, monumento literario él mismo, más hermoso y duradero que la grotesca estatua de bronce erigida en el parque Duarte, al cabo de treinta y siete años: ¡Tal es la desgana del pueblo dominicano en honrar a sus hombres más preclaros!” (“Fragmento sobre Duarte”, *Bahoruco*, Núm. 184 (3 de marzo de 1934), p. 4).

Gregorio Luperón, quien en el año 1893 estaba en el exilio, al enterarse del proyecto de la estatua a Duarte calificó esta acción de “valeroso patriotismo en medio de una tiranía espantosa”. Más sin embargo agregó:

*Son muchos los beneméritos dominicanos que por su gloriosa memoria merecen que se les erijan estatuas. Ramón Mella y Sánchez resolvieron y realizaron el bellissimo problema de Duarte, y el grande y eminente don José Núñez de Cáceres, que murió en el destierro por la incuria del pueblo, que lo abandonó para echarse en brazos de la dominación de Boyer, y que fue el creador y fundador de la Primera República en 1821, son muy acreedores, como Duarte, de la gratitud pública, y merecen también que se les levanten estatuas.*<sup>24</sup>

A la iniciativa de la estatua se opuso radicalmente Juan Francisco Sánchez, hijo del patricio Sánchez, llegando incluso a negar los méritos de Duarte para tal honra alegando que Sánchez fue “primero en la gloria y el primero en el sacrificio”.<sup>25</sup> Los que se opusieron a la estatua de Duarte se aglutinaron alrededor del periódico *El Teléfono*, no cesaron en sus ataques hasta que el proyecto de la estatua fue desestimado a raíz de una hoja impresa que con el nombre de *¡Gloria a Duarte!* hicieron circular en la ciudad capital los promotores de la estatua de Duarte y que el periódico *El Teléfono* reprodujo con algunas notas el día 3 de septiembre de

---

24. Luperón, Gregorio, *Notas autobiográficas*, tomo III, Santiago, El Diario.1939, p. 336.

25. Su oposición a la estatua de Duarte la expuso en dos artículos aparecidos en *Listín Diario* el 28 de octubre y el 4 de noviembre de 1893.

1893 diciendo que esa propuesta no era laudable porque excluía del proyecto a Sánchez y a Mella. Las notas del periódico también argumentaban que “era injusto que se le niegue al prócer Sánchez sus méritos como continuador de esa obra redentora que inició Duarte y que realizó Sánchez con éxito. Y a Mella, soldado invicto, de abnegación patriótica sin límites, que acompañó a Sánchez en la épica jornada del Baluarte del Conde”. Al final de las notas, y después de algunas exposiciones históricas en las que se resaltaba el papel de Sánchez en la proclama de la independencia, el periódico asumió un razonamiento más radical cuando dijo:

*Por todo lo expuesto, nos parece que sería una desconsideración no comprender a Sánchez en el homenaje que trata de tributar nuestro Ayuntamiento al prócer Duarte.*

Las notas a que hacemos alusión terminaban informando que la proyectada estatua de Duarte tampoco gozaba del aprecio del presidente Ulises Heureaux, porque cuando el Ayuntamiento le participó el propósito de erigir la estatua de Duarte, el Presidente manifestó que “aplaude tan patriótica idea, [pero] se reserva prestarle su apoyo para cuando el Congreso Nacional autorice ese homenaje”.

El periódico *El Teléfono* volvió a la carga el 24 de septiembre de 1893 con otro editorial. Allí, además de valerse de fragmentos de los escritos de Eugenio María de Hostos, Fernando Arturo de Meriño y José Gabriel García que hablaban del protagonismo de Sánchez en la Puerta del Conde, decía: “¡Cuán injusto sería perpetuar en el bronce la memoria del prócer Duarte, relegando al olvido a Sánchez y a Mella!”. Otro trabajo publicado por ese

periódico el 1 de octubre refería que del interior del país, particularmente del Cotuí, se adherían a la idea de que la estatua debe de ser erigida personificando a Duarte y a Sánchez juntos.

Al finalizar el siglo XIX, del proyecto de la estatua de Duarte sólo existía la maqueta. El artista catalán Pedro Carbonell, quien era conocido en el país por el mausoleo a Cristóbal Colón que había levantado en la Catedral de Santo Domingo, vino el 6 de julio de 1899 trayendo consigo una maqueta de yeso del proyectado monumento (*Listín Diario*, 17 de julio de 1899). Una detallada descripción de la proyectada estatua fue publicada en el *Listín Diario* del 25 de julio de 1899 basado en declaraciones a la prensa del escultor Carbonell.

Más de un cuarto de siglo después, un concurso abierto el 19 de marzo de 1928 culminó con la selección de la estatua de Duarte realizada por el escultor italiano Arturo Tomagnini para su instalación en la plaza. Finalmente esta escultura fue inaugurada el 16 de julio de 1930 en el periodo de la presidencia ilegítima de Rafael Estrella Ureña.

## El centenario del nacimiento de Duarte

Al igual que lo ocurrido cuando Duarte falleció en el 1876, al cumplirse el centenario de su nacimiento en el 1913, República Dominicana se encontraba en una situación políticamente calamitosa, con revoluciones sucediéndose con tan espantosa rapidez que esta fecha no se pudo celebrar.<sup>26</sup>

---

26. En la conferencia que leyó Federico Henríquez y Carvajal en el Casino de la Juventud la noche del 16 de julio de 1913, aniversario de la fundación de La Trinitaria y

El año del centenario de Duarte se había iniciado con Alejandro Nouel como presidente de la República (lo era desde el 1 de diciembre del año anterior). Su gestión cesó el 13 de abril cuando el turno le tocó a José Bordas Valdez, quien en una de sus primeras medidas como presidente autorizó la emisión de una serie de sellos conmemorativa al centenario del nacimiento de Juan Pablo Duarte. Esta no era la primera vez que Duarte iba a aparecer en sellos de correos dominicano, pues el 25 de febrero de 1902 se puso a circular una serie de estampillas como parte de la celebración del cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Santo Domingo, que previamente había autorizado por decreto del presidente Jimenes, en la que se incluían las efigies de los tres Padres de la Patria más la Torre del Homenaje. Es bueno hacer notar que el orden en que aparecieron los patricios en esos sellos del 1902 fue el siguiente: 1¢ Sánchez, 2¢ Duarte y 12¢ Mella, lo cual es un claro indicador de que se privilegiaba la figura de Sánchez sobre la de Duarte. Tanto en las estampillas del año 1902 como los del 1913 se usó la figura de Duarte pintada por Alejandro Bonilla.

La emisión de los sellos del centenario de Duarte del año 1913 fue encargada a la casa impresora del gobierno alemán para ponerse a circular el 16 de julio de ese año coincidiendo con la festividad recordatoria de la fecha de creación de la

---

año del centenario del nacimiento de Duarte, dijo: “Acabáis de oír el himno escolar con que el Instituto Salomé Ureña saludó el natalicio del Padre de la Patria el 26 de enero del corriente año, en celebración de su no celebrado centenario” (Henríquez y Carvajal, *Duarte. Próceres...*, p. 23).

sociedad La Trinitaria, pues ya había pasado el 26 de enero, fecha del centenario del nacimiento de Duarte. Pero no estuvieron listos para el tiempo acordado y entonces se dispuso su circulación para un mes después, coincidiendo con las efemérides de la Restauración de la República del 16 de agosto. Tampoco para esa fecha se respetó el compromiso y no sería hasta abril de 1914, un año después del centenario del nacimiento de Duarte, cuando por fin los sellos estuvieron disponibles.<sup>27</sup>

Para deslucir más el centenario de Duarte, un artículo de Joaquín Ulises Alfau que con el nombre de “Cartas a la juventud dominicana” fue publicado en ese año en *La Cuna de América*,<sup>28</sup> la más importante revista literaria del país, abogaba por que se reconociera a Mella como la figura principal del 27 de febrero. En su argumentación decía:

*Su tiro del Conde es un símbolo. ¿Lo creo superior a Duarte y a Sánchez? Empero, cuán dignos de nuestra admiración y amor son Juan Pablo Duarte y Francisco del Rosario Sánchez, padres legítimos de la Patria, conjuntamente con Mella. Sin embargo, en lugar de decirse Duarte, Sánchez y Mella, debiéramos decir: ¿Mella, Duarte y Sánchez?*

---

27. Danilo Mueses dice que “los sellos solo podían usarse para el correo interno. Los sellos circularon únicamente durante tres meses, no habiendo noticias de quien compró los saldos, pero al parecer cuando la serie fue retirada de circulación quedaban muchos sellos...”. (Emisiones postales dominicanas, 1865-1965, Santo Domingo, R. D.: Banco Central de la República Dominicana, 1999, p. 149).

28. *La Cuna de América*, Núm. 47 (junio de 1913).

## Honrar a Duarte en las provincias

En el primer cuarto del siglo xx San Pedro de Macorís era la provincia más desarrollada del país. Su común cabecera, de igual nombre, era la ciudad más próspera del país con gran ventaja sobre las demás, incluyendo a la capital. Para honrar a Duarte en esa ciudad se esperó hasta el 27 de febrero de 1911 y se tuvo que hacer junto a Sánchez y a Mella. Anterior a esa fecha se habían hecho algunos intentos sin resultados positivos: J. H. Ducoudray había pedido a través de una carta pública en el periódico *Listín Diario* que una calle de la ciudad llevara el nombre de Duarte. Por otro lado, Félix Lluberes había recomendado al cabildo que buscara la forma de honrar a los Padres de la Patria.<sup>29</sup>

Para viabilizar el proyecto que honraba a los Padres de la Patria, el Ayuntamiento de San Pedro de Macorís dispuso de \$2,000 para que se erigiese un monumento en el parque Ros, frente a la Catedral, el cual debía de inaugurarse en las festividades del 27 de febrero de 1911. Para viabilizar el esperado y merecido homenaje, el cabildo de Macorís puso la responsabilidad de los preparativos de esos actos en manos de una Junta Patriótica. La obra de fábrica estuvo a tiempo, pero los preparativos de la ceremonia inaugural empezaron a caminar mal, quedando el acto totalmente deslucido.

---

29. Libro de actas No. 8 del Ayuntamiento de San Pedro de Macorís, página 496, citado por Silva Mercedes, Benjamín, en su artículo “En SPM erigieron el primer monumento a los patricios”, *Hoy*, 27 de febrero de 2011, p. 6A.

Siguiendo la narración de Silva Mercedes<sup>30</sup> sabemos que el atractivo principal para la inauguración del monumento era colocar alumbrado de carburo en el parque, lo que no se pudo realizar “ya que, según el regidor Eduardo Ramírez, no se encontró en Santo Domingo el aparato que necesitaban”. Para el esplendor del acto se estaba contando con un espectáculo pirotécnico, para lo cual el cabildo avanzó \$40 de un total de \$100 “a unos hermanos pirotécnicos de Santo Domingo”. La fuente que citamos dice que mientras uno de esos hermanos confeccionaba parte de esos fuegos artificiales, se produjo un accidente y perdió uno de sus brazos. La Sala Capitular, por razones de humanidad, desistió en recuperar el dinero avanzado y el espectáculo fue cancelado. Por último, aunque el cabildo, según consta en acta, hizo contactos con escuelas públicas para garantizar un gran público el día de la inauguración, este acto coincidió con la inauguración del majestuoso parque del Cuerpo de Bomberos Civiles, quienes en su celebración repartieron comida y bebida en abundancia, resultando la apoteosis a los Padres de la Patria deslucida en asistencia.

## Duarte y Trujillo

El respeto y la admiración hacia la figura del patricio Juan Pablo Duarte durante la Era de Trujillo tuvo un obstáculo insalvable: la preeminente figura del dictador Rafael L. Trujillo apuntalada por una cohorte de aduladores que competían con genuflexiones que bordeaban la extravagancia.

---

30. Silva Mercedes, *Ibidem*.

Al inicio de la llamada Era de Trujillo todo parecía que iba a marchar bien para el reconocimiento de la figura de Juan Pablo Duarte como patricio cuando tres días antes de la celebración de la fiesta de independencia del 27 de febrero de 1931, la primera que a ese gobierno le tocaba celebrar, se instituyó la Orden al Mérito Juan Pablo Duarte. Poco tiempo pasó para que el uso político de esa orden beneficiara al dictador, quien cansado de ofrecerla con fines políticos le despojó de cualquier honra que le quedara cuando el 3 de junio de 1950 se la otorgó a Félix W. Bernardino, uno de sus matones más depravados, en honor a su actuación como Ministro Consejero en La Habana, lugar donde hizo fama de criminal despiadado sembrando el terror en la comunidad de exiliados dominicanos.

El 12 de junio de 1935, apenas día y medio después del fallecimiento de José Trujillo Valdez, padre de Trujillo, una sesión extraordinaria del Consejo Administrativo del Distrito Nacional, presidida por Virgilio Álvarez Pina, emitió la ordenanza núm. 14 que quitó el nombre de Juan Pablo Duarte a la avenida así designada en la barriada de Villa Francisca y en su lugar se le nombró José Trujillo Valdez. El primer considerando de esa resolución decía “que otras calles, carreteras y parques de esta ciudad capital de la República ostentan el nombre ilustre del prócer fundador Juan Pablo Duarte y que el presente homenaje [sustituir el nombre de Juan Pablo Duarte por el de José Trujillo Valdez] vincula simbólica y expresivamente el hecho portentoso de la creación de la nacionalidad al apellido esclarecido del Gobernante que la ha rescatado de las sombras del pasado, haciéndola digna, civilizada y fuerte”. El acápite número uno de la

Ordenanza número 14 hablaba de las “virtudes” de José Trujillo Valdez cuando decía:

*Que el preclaro ciudadano don José Trujillo Valdez, lamentablemente fallecido el día diez del cursante, además de sus virtudes cívicas y de sus relevantes méritos, es acreedor al reconocimiento público por la circunstancia feliz de haber sido el progenitor muy amado del varón extraordinario que pone empeños inigualados en nuestra historia por la estructuración de la Patria Nueva.*

Lo que se le olvidó recordar a los que hicieron tal monumento a la ignominia era que Trujillo Valdez tenía fama de rufián y su conducta ciudadana tenía muchos lados oscuros. “Agradable, mujeriego, bailador, taimado y no limpio negociante”, le llama Gimbernard.<sup>31</sup> Se sabe que en octubre del año 1898 cayó preso por homicidio, durando su proceso judicial al menos hasta diciembre de 1898.<sup>32</sup> Ornes afirma que Trujillo Valdez fue ladrón, cuando dice: “No es improbable que como actividad suplementaria el *pater familias* y sus hijos mayores recurrieran ocasionalmente a robar ganado”.<sup>33</sup>

El entierro de Trujillo Valdez se realizó con toda pompa en la Catedral Primada de América, con aprobación del Vaticano tras diligencias hechas por Ricardo Pittini, quien tres meses des-

---

31. Gimbernard, Jacinto, *Trujillo*. Santo Domingo, R. D.: Editora Cultural Dominicana, 1976, p. 15.

32. *Gaceta Oficial* Núm. 1322 (23 de diciembre de 1898), última página.

33. Ornes, Germán Emilio, *Trujillo. Pequeño César del Caribe*. Santo Domingo, R. D.: Cole, 1999, p. 41.

pués pasó a ser arzobispo de Santo Domingo. Sus restos mortales fueron colocados junto a los padres fundadores de la nacionalidad y los de Cristóbal Colón. El vicepresidente de la República, Jacinto B. Peynado, dijo en la oración fúnebre: “Jamás despojos tan ilustres han pasado bajo las arcadas de este templo para recibir cristiana sepultura”.<sup>34</sup> Como puede verse, según Peynado (quien luego fue Presidente de la República), la estatura patriótica de Trujillo Valdez superaba a la de Juan Pablo Duarte.

Cuando el 3 de mayo de 1936 se inauguró la avenida con el nombre del padre del presidente Trujillo contó con la presencia de éste, la primera dama María Martínez y su hijo Ramfis.<sup>35</sup> La vergüenza (o desvergüenza) del historiador Rodríguez Demorizi fue tan grande que cuando en ese mismo texto<sup>36</sup> se refirió a esa ignominia dijo: “El Ayuntamiento de Santo Domingo designa con el nombre de José Trujillo Valdez la avenida de la capital llamada *Calle de los Bancos* para no dejar constancia escrita de que esa calle, llamada por él “de los bancos”, era la avenida Juan Pablo Duarte.

Pero todavía la dictadura tenía sorpresas mayores respecto a Juan Pablo Duarte. El 31 de octubre de 1940 el Congreso Nacional aprobó el proyecto de ley que obligaba “toda vez que haya que colocar, imprimir o grabar la efigie de Duarte, Sánchez y Mella, en cualquier lugar u objeto, se colocará, se imprimirá o se grabará

---

34. Mejía, Luis F. *De Lilís a Trujillo*, Caracas, Venezuela: Élite, 1944, p. 336.

35. Rodríguez Demorizi, Emilio, *Cronología de Trujillo*. Vol. 9, tomo I, colección “La Era de Trujillo. 25 años de historia dominicana”, Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1955, p. 165.

36. *Ibid.*, p. 146.

junto a la de los tres trinitarios, la efigie de Trujillo”. Cuando el presidente Troncoso de la Concha promulgó la ley dispuso que su aplicación fuera extensiva a las oficinas y escuelas públicas.

Un momento importante en el trayecto recorrido para el reconocimiento de Duarte como Padre de la Patria ocurrió cuando fue creado el peso dominicano. Siguiendo la tradición establecida en la numismática, la primera emisión del año 1947 se le dedicó a la trilogía de patriotas dominicanos: el billete de \$1 trajo la figura de Duarte, el de \$5 la de Sánchez y el de \$10 la de Mella. Pero la adulación trujillista no estaba complacida con esa decisión. En menos de cinco años ocurrió algo insólito. En el 1952 se decidió que el billete de \$20, que hasta ese entonces tenía la imagen de la Puerta del Conde, mausoleo que con el nombre de Altar de la Patria contenía los restos de los tres Padres de la Patria, se cambiara por la figura de Rafael Leónidas Trujillo. Esta carrera de fervorosa adulación trujillista se completó en el año 1955 cuando la figura de Trujillo vistiendo uniforme militar apareció en una moneda de \$1 con la siguiente leyenda: 25 Aniversario de la Era de Trujillo. Ese mismo año apareció también otra moneda, esta vez de oro de \$30, con la figura de un busto desnudo de Trujillo y la siguiente leyenda: Trujillo Padre de la Patria Nueva. Juan Pablo Duarte tuvo que esperar veintiún años para que su figura apareciera en una moneda al cumplirse el centenario de su muerte en el año 1976. Dos años después, el decreto 3367 del 3 de abril de 1978 reemplazó la figura de la indígena que solía aparecer en las monedas dominicanas por el busto de Duarte. En la escala de desvalorización de la figura de Duarte, el 9 de septiembre de 1954, y sin mayor explicación, la

antigua Orden Juan Pablo Duarte le fue sustituido su nombre por el de “Orden Duarte, Sánchez y Mella”. El proyecto de ley que cambió el nombre “fue votado de pies a petición del diputado doctor Gustavo Adolfo Mejía-Ricart”, fervoroso defensor de Pedro Santana.<sup>37</sup>

El año 1955, llamado Año del Benefactor de la Patria, no dejó de dar sorpresas. En mayo de ese año Trujillo se agenció un nuevo título a su rosario de grandilocuencias: Padre de la Patria Nueva, por lo que oficialmente los Padres de la Patria pasaron a ser cuatro, aunque de hecho tal consideración existía desde el 1941 cuando se emitió un sello de correos que incluyó a Trujillo junto a los tres Padres de la Patria.

Como se ve, la degradación al patricio Duarte también alcanzó a la filatelia. Durante la Era de Trujillo los sellos de correos tuvieron, entre otras funciones propagandísticas, alabar a la familia Trujillo y de manera preponderante al propio dictador. El primero de los Trujillo en merecer un sello postal dominicano fue Rafael L. Trujillo cuando el 14 de septiembre de 1932 el Congreso Dominicano derogó la Ley Núm. 40 que el mismo Trujillo había promulgado el 10 de diciembre de 1930 prohibiendo el uso de la efigie de personas vivas en sellos de correos. Derogada esta ley se promulgó la Ley Núm. 369 del 29 de septiembre de 1932 autorizando una emisión conmemorativa del natalicio del Presidente. A este sello le siguió otro cuando el decreto 1380 del 19 de septiembre de 1935 autorizó una

---

37. “Cámara de Diputados aprueba cambio nombre de orden”, *El Caribe* (9 de septiembre de 1954), p. 12.

emisión para conmemorar la firma del Protocolo de Revisión del Tratado Dominicano-Haitiano relativo al arreglo fronterizo. Este sello traía una foto de Trujillo tomada por el fotógrafo Julio Aybar. Esta misma fotografía apareció en el sello que autorizó el Decreto Núm. 1508 del 13 de febrero de 1936 en conmemoración de la designación del Paseo Presidente Trujillo con el nombre de George Washington y también apareció en el sello del 11 de enero de 1937 que conmemoraba la erección del obelisco en la avenida George Washington.

La muerte de José Trujillo Valdez, el padre de Trujillo, permitió que otro miembro de la familia Trujillo apareciera en un sello de correos. El 27 de julio de 1939 el presidente Peynado autorizó una emisión de sellos conmemorativos del cuarto aniversario de la muerte de José Trujillo Valdez, lo que fue seguido el 25 de mayo de 1940 cuando el decreto Núm. 604 autorizó una emisión conmemorativa del Día de las Madres luciendo la efigie de Julia Molina viuda Trujillo.

El servilismo a Trujillo volvió a tocar las puertas de la filatelia, esta vez en grande, cuando el 16 de mayo de 1941 se emitió una serie de estampillas para conmemorar el tratado Trujillo-Hull en la cual aparecían los cuatro Padres de la Patria: Duarte, Sánchez, Mella y Trujillo. En otros sellos que se emitieron en los restantes veinte años de la dictadura apareció reiteradamente la imagen de Trujillo: el 2 de diciembre, uno conmemorativo de la creación de cinco mil escuelas rudimentarias incluía la figura de Trujillo; la conmemoración del 25 aniversario de la Era de Trujillo en el año 1955 trajo algunos sellos del dictador: el 26 de enero de 1955 se ordenó una emisión de 14 millones (la mayor emisión

en la historia dominicana) alusiva a las celebraciones de los 25 años de la Era; el 24 de agosto se hizo otra dedicada a la Feria de la Paz, y el 12 de julio de 1958 una emisión del 25 aniversario de otorgársele a Trujillo el título de Benefactor. El 19 de julio de 1959 apareció un sello con la figura de Trujillo haciendo una ofrenda en el Altar de la Patria y en abril de 1960 otra foto cuya apareció promoviendo el Censo Nacional.

Dos hijos de Trujillo merecieron estar en sellos dominicanos: Angelita Trujillo, en 1955, a raíz de la Feria de la Paz y Radhamés Trujillo, en el 1959, promoviendo un torneo de polo.

Duarte no apareció en sello alguno durante la Era de Trujillo, con la excepción del que circuló en mayo de 1941 en que forma parte de los cuatro Padres de la Patria (que incluye a Sánchez, Duarte, Mella y Trujillo, este último en un lugar más destacado). Debe de consignarse que en abril de 1949 se puso a circular un sello con la figura de Pedro Santana.

## **La democracia se satura en alabanzas a Duarte, no de su ejemplo**

Cuando en el año 1961 desapareció la dictadura de Rafael L. Trujillo y lentamente República Dominicana empezó a abocarse a una vida democrática, el país se encontró sobredimensionado por la abundancia de nombres de los Trujillo esparcidos por el territorio nacional y que había rápidamente que cambiar. La tarea ingente era trastocar esos nombres por otros más adecuados a los nuevos tiempos y el favorito de la lista para reemplazar las antiguas denominaciones fue el de Juan

Pablo Duarte.<sup>38</sup> Lamentablemente, este proceso masivo de rebautizo no se hizo bajo el criterio de conocer la obra del patricio, ni tampoco su pensamiento y sus enseñanzas, y fue más bien una imposición burocrática que se hizo al margen del parecer de una generación de dominicanos que de pronto honró a Duarte sin conocerlo y sin quererlo. El compendio de leyes y ordenanzas dominicanas, así como la prensa del periodo, dan constancia de todos estos cambios.

Cuando en el año 1966 Joaquín Balaguer alcanzó la presidencia de la República inició una solapada pero persistente campaña para fomentar el culto a la figura de Duarte con tanta vehemencia que el resultado, como eran sus planes, fue el resurgimiento de un Duarte demasiado parecido a su propia figura. La raíz de esta campaña se encuentra en su particular devoción a Duarte, cuya primera seña fue dada cuando escribió en el año 1950 una biografía del patricio que dio pie a resucitar no el Duarte real, sino a un Duarte apocado, arquetipo del héroe que Balaguer quería impulsar según su credo y aspiraciones políticas.

El 7 de diciembre de 1969, el presidente Balaguer creó el Instituto Duartiano, una institución que en manos de Pedro Troncoso Sánchez se encargaría de propalar el culto al patricio, y cuyo inicio de labores se produjo el 26 de enero de 1968 en

---

38. Este fenómeno fue observado certeramente por Román Franco Fondeur para el caso de Santiago. Al respecto escribió: “A partir de la caída de Trujillo todo aquello que llevó el nombre de los Trujillo se tornó en Duarte”. Refiriéndose a Santiago dijo que muerto Trujillo, allí “existen un parque Duarte, una avenida Duarte, se llega a ella por el este por una autopista Duarte. Además [existe] una calle Duarte y otra avenida llamada Juan Pablo Duarte”. Véase *La Información*, 6 de diciembre de 1968 y 24 de agosto de 1970.

reunión presidida por Balaguer. El clímax a toda esta campaña de un nuevo Duarte llegó en el año 1976 con las celebraciones del centenario de su muerte, donde las alabanzas a su figura llegaron al paroxismo.

El resultado de esta orquestada campaña fue legarnos a un Juan Pablo Duarte maleado al que en lugar de quererse, se rechaza. La biografía de Duarte no es enseñada adecuadamente en las escuelas y muchos dominicanos no saben el porqué debemos de quererlo y honrarlo.

Desde entonces la promoción de un Duarte con olor a oficialidad y promovido por líderes políticos no ha sido una buena ayuda para perpetuar su memoria. Este tipo de propaganda contiene en sí una contradicción, pues la vida acrisolada y honesta de Duarte no es norte a imitar por los políticos dominicanos que en la historia reciente se han alzado con el poder. Al contrario, la práctica corrupta con la que se han manejado conspira contra los postulados duartianos de honradez, decoro y patriotismo.

Otro obstáculo que conspira contra la interpretación correcta de Duarte es su mitificación. El Duarte que conoce el dominicano de hoy día fue pincelado por Joaquín Balaguer en la biografía novelada *El Cristo de la Libertad* y apuntalado en su periodo de gobierno conocido como los doce años (1966-1978), plagado de arbitrariedades y terror. Actualmente esta mitificación está continuada por un sistema educativo que desdibuja la vida de Duarte y lo aleja del pueblo. Para muchos dominicanos ese Duarte es etéreo e inalcanzable. Por eso no se le quiere ni se le respeta, y por eso Duarte es un mito.

El mejor reconocimiento que los dominicanos le pueden hacer a Duarte hoy día es volver a él para conocerlo en su condición humana. Así podremos honrarlo, conociéndolo.

## Bibliografía

### Libros y artículos

- Alemar, Luis E., *Santo Domingo, Ciudad Trujillo*. Santiago, R. D.: Editorial El Diario, 1943.
- Balaguer, Joaquín, *El Cristo de la libertad. Vida de Juan Pablo Duarte*. Buenos Aires, Argentina: Américalee, 1950.
- Concepción, Mario, “Biografía de una estatua: Gregorio Riva”, *Renovación*, Núm. 282 (25 de octubre de 1975).
- Despradel, Luis M., “Gregorio Riva, Juan Bosch y don Agapito”, *¡Ahora!*, Núm. 248 (12 de agosto de 1968).
- Espínola, Jovino A., “Don Gregorio Riva. Su estatua”, *¡Ahora!*, Núm. 247 (5 de agosto de 1968).
- Gimbernard, Jacinto, *Trujillo*. Santo Domingo, R. D.: Editora Cultural Dominicana, 1976.
- Henríquez y Carvajal, Federico, “Duarte”, *Letras*, Núm. 114 (25 de mayo de 1919).
- \_\_\_\_\_. *Duarte. Próceres, héroes y mártires de la independencia*. Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R. D.): Academia Dominicana de la Historia, 1944.
- Inoa, Orlando, *Biografía de Duarte*. Santo Domingo, R. D.: Letra Gráfica, 2008.
- Luperón, Gregorio, *Notas autobiográficas y apuntes históricos* [tomo III]. Santiago, R. D.: *El Diario*, 1939.

Mejía, Luis F., *De Lilís a Trujillo*. Caracas, Venezuela: Élite, 1944.

Mueses, Danilo, *Emisiones postales dominicanas, 1865-1965*, Santo Domingo, R. D.: Banco Central de la República Dominicana, 1999, p. 149

Ornes, Germán Emilio, *Trujillo. Pequeño César del Caribe*. Santo Domingo, R. D.: Cole, 1999.

Rodríguez Demorizi, Emilio, *Cronología de Trujillo*. Vol. 9, tomo I, colección “La Era de Trujillo. 25 años de Historia Dominicana”. Ciudad Trujillo (Santo Domingo, R. D.): Impresora Dominicana, 1955.

\_\_\_\_\_. *Acerca de Francisco R. Sánchez*. Santo Domingo, R. D.: Academia Dominicana de la Historia, 1976.

Silva Mercedes, Benjamín, “En SPM erigieron el primer monumento a los patricios”, *Hoy*, 27 de febrero de 2011.

## Documentos

*Homenaje a Mella*, Academia Dominicana de la Historia (Santo Domingo, 1964)

Acta notarial del traslado de los restos del patricio Juan Pablo Duarte. Archivo General de la Nación, Notario Ignacio González Lavastida. Bienio 1883-1884.

Memoria que al mayor general José García, M. M., Secretario de Estado de lo Interior, Policía, Guerra y Marina y al Consejo Administrativo del Distrito Nacional, presenta al Presidente de dicho Consejo, señor Virgilio Álvarez Pina, relativa a las labores realizadas durante el año 1935. Enero de 1936.



Duarte  
de carne y hueso

José Miguel Soto Jiménez



## Del destino de los héroes

¿Para qué nos sirven los héroes? ¿Para qué nos sirven los próceres? ¿Para qué nos sirven los mártires?

¿Sirven sólo para alimentar nuestro amor propio como pueblo, engordar con alharacas épicas el anecdotario popular y de paso justificar el gasto de las ceremonias oficiales?

Con esa impenitente manía de simplificarlo todo, el pueblo dominicano suele fundir sus añoranzas en una amalgama donde se confunde todo. Se trata de una unidad estrambótica parecida a su propia naturaleza, la que le es aparentemente más fácil de manipular con los códigos fundamentales de la cultura popular.

Desde esa óptica héroe, prócer y mártir, todos convertidos en categorías diferentes, son sinónimos en el imaginario atrabiliario del dominicano, lo que provoca que en su inconsciente colectivo se confundan paladines, caudillos, víctimas, patricios y “concho primos” casi siempre de forma indisoluble.

¿Son los héroes, mártires y próceres, elementos claves y emblemáticos de la dominicanidad, sincretismo de nuestra angustia? ¿Excitación de nuestra pobreza? ¿Son acaso efluvios destemplados de nuestra inmodestia? ¿Impertinente jactancia criolla, añejada bajo el delirante sol inclemente y los sofocantes calores irredentos del trópico?

Cualquier pregunta al respecto parecería tonta, pues según la sabiduría popular: “Lo que está a la vista no necesita espejuelos”.

Demasiado obvia la respuesta en un país donde el heroísmo, la proceridad y el martirologio, prendas supremas del sacrificio, parecen coparlo todo, y donde esas categorías supremas de la conducta humana compiten con la feracidad del paisaje de la zona tórrida, prodigando gestas con la misma espontaneidad silvestre de la vegetación de nuestros montes, selvas, playas, bosques y praderas.

En nuestros campos y montañas, y hasta en nuestro jardín: “pastan los héroes” –como diría hastiado, iracundo y sardónico el poeta Heberto Padilla–, porque en cualquier rincón de nuestra geografía se ha posado alguna vez el dedo antojadizo y medalaganario de la gesta.

Es difícil dar un paso por aquí y otro por allá sin estar pisando tierras de heroísmos. Es como si taconeáramos la huella de algún centauro criollo, porque hasta el aroma de las flores esconde el vaho irredento de los aperos guerreros de los compadres bravos.

Miles de hombres y mujeres de ayer y de hoy marchan en larga caravana, se mueven en procesión de fantasmas inmemoriales de ese recuerdo en armas que somos, cual recorrido agobiante y sudoriento en el que pisamos cual penitencia el estiércol sagrado que van dejando en la áspera jornada las cabalgaduras de los caudillos.

¿Quién conduce a quién? ¿Es el carisma de los caudillos que nos arrastra o somos nosotros los que empujamos a los conductores?

No importan los vericuetos del sendero o el camino imposible; el vivac no se detiene, no se suspende nunca, salvo en los pequeños descansos obligados. Así son las cosas... Serpenteando la ruta sin rumbo, como si fuera una larga expedición que a guisa de romería o de paseo melgacho se pretende seguir entre aguardiente, bulla de acordeón y palos de tambora, pero que tenga la gloria como destino.

## Héroes hasta la saciedad

Como si estuviéramos condenados a las trilogías impenitentes que comienzan con las tres calaveras y terminan con los tres Padres de la Patria, estas tres categorías humanas extremas podrían fácilmente resumir nuestras memorias: héroes, mártires y próceres.

Héroes: lugares comunes de nuestra gloria rancia y fermentada.

¿Son acaso recurrencias de estos fenómenos epónimos, articulaciones de nuestra desparpajada vanidad tropical, prótesis permanentes de nuestra vergüenza?

¿Son herramientas de nuestra presunción, emanaciones flatulentas de nuestra jactancia, petulancia, engreimiento, suficiencia obligada, afectación e inmodestia irreprimible?

Viejo tributo que rendimos a nuestro orgullo como pueblo. Vanidad, presunción, deidades coléricas, sincréticas y figurantes que esconden tras su altar venerado una pobreza secular y un aislamiento que hace de nuestro valor extremo y nuestro sacrificio la única ofrenda posible y agradable a su medalaganario afán de exigir víctimas propiciatorias para recrear su desconcertante existencia.

¿Será que los héroes, próceres y mártires son fulguraciones exaltadas de nosotros mismos, copia desdibujada de nuestro orgullo, la salida airada de nuestra desesperación y supervivencia, reflejo temerario y posibilístico de nuestra pobreza?

El asunto podría ser simplista si abandonáramos ese culto simpático a la casualidad para explicárnoslo y retomáramos la cordura para enmarcar el fenómeno épico en la ley de las causas y los efectos. Sin embargo, estaríamos renegando de la desconsideración dialéctica de Eric Wolf, autor de la obra *Europa y la gente sin historia* para asumir la visión de que lo que aquí se gestó contra las influencia de las potencias europeas se convertiría después en vértice dominante en la construcción de toda una cultura nacional.

Pero ello es sólo tendencia cultural dominante. Médula del comportamiento histórico de todo un pueblo que predestina cualquier acción difícil al conflicto y a sus salidas más violentas.

La cruz y la espada marcan nuestro sino; toda nuestra historia podría resumirse sin problema en esos dos símbolos dominantes: el primero, la esperanza; el segundo, el heroísmo. Ambos casi siempre juntos, binomio empadronador que podría definirnos en la gesta.

La gesta para nosotros, y en nosotros, es el desesperado momento que siempre necesitamos para empinarnos sobre nuestras miserias, justificar nuestros errores y hacer la historia. Gloria y caída, tropezones milagrosos como largo rosario de vicisitudes, calamidades y tremendismos sagrados.

Aquí el momento intemporal del héroe se mide en el horario intangible del “día menos pensado”, la hora imprevista,

el minuto inaudito, el segundo indispensable, que es cuando se desborda esa maldita tolerancia fruto de nuestras veleidades caribeñas, justo cuando se rompe hecha añicos la “fuñida” resignación que nos ha incubado la impotencia de la miseria y el aislamiento.

Es el sopor que se rompe con la rabia, estado de alucinación del hambre centenaria que encrespada sobre el lomo de la ira inevitable, hastiada de abusos, “cuentos de caminos” y hasta de sus propias pasividades, atropella a los doctores, a los profesores y a la gente sensata.

Indolencia díscola del paisaje tropical, el letargo de un clima que al mismo tiempo promueve el sopor y la apatía como si conjuntamente alimentara lentamente la rabia, como si se preparara un producto dilatado predestinado a las catástrofes y a la supuesta salvación.

Toda la cultura nacional se parece al romancero de ese momento mágico, premeditadamente desconcertante, en que se rompe la inercia bucólica del contraste variopinto que contradictoriamente promueve la siesta permanente de la indiferencia, donde el prolongado bostezo existencial es soportable por el placebo del “güiri güiri” que nos hace la vida posible.

Y es esa informalidad proverbial la que nos permite afrontar nuestra descompuesta realidad como quiera, como le venga en gana al hado y a la “chepa”, la que se convierte en perturbación de la “casualidad casual” y junto a nuestros manes tropicales sufre también de lo que nosotros mismos sufrimos.

## **Héroes, héroes y más héroes hasta el fin**

La historia no sólo fue ayer. La historia también es el próximo segundo que transcurre y parece quedarse atrás, porque a nuestros desmanes les conviene el olvido, maldita premisa constante. Porque en vísperas del mañana nuestra alma sigue luchando con el pasado, y hay en el futuro indetenible esa materia primordial de nuestras viejas acciones en un “continuo” en que actuamos como piezas de nuestro propio relevo.

Nuestros héroes son pedazos sueltos de nuestra consternación, cabos ambulantes que amarran nuestra esperanza. Son piezas multiformes de un rompecabezas que sólo logra encajar con la lógica tremendista de ese heroísmo que nos define.

¿Serán nuestros héroes potencias tutelares de nuestro desparramo y nuestra informalidad o péndulos sagrados que oscilan entre las horas de la gesta y la indolencia?

¿Son deidades furibundas que emanan airadas de nuestra dilatada desesperación, atajos de la desesperanza que hacen aparición cuando nos cansamos alledados de esperar en la costa el “fuñido” barco ese que nunca llega, o del “situado” que se tarda, de los “ciclones batateros”, de los “chapeos bajitos” y del día ese siempre tan improbable “en que ahorquen a los blancos”?

El héroe surge de la hazaña y la hazaña de una necesidad imperiosa que rompe toda inercia y que en ocasiones se encarama sobre la misma acción desatada.

En efecto, el pueblo dominicano, más que ningún otro pueblo de América, le debe toda su vida a su heroísmo. A diferencia de muchas de las naciones del continente, hemos librado varias

guerras de independencia, varias guerras de liberación, incontables luchas a muerte contra grandes imperios a despecho de nuestra pobreza.

Y vaya “designio de la Providencia” para los que lo han olvidado... Casi siempre hemos vencido a los grandes enemigos o por lo menos nos la hemos ingeniado para seguir aquí siendo lo que pretendemos ser, apertrechados en nuestros heroísmos una y otra vez en este “ardiente rincón del mediodía”.

Porque llegamos hasta donde podemos, y aunque podamos terminar las obras, las dejamos a medias, quizás porque le conviene a nuestra indolencia, tal vez porque nos cogemos pena.

¿Quién sabe si porque nos damos un chance, un respiro demasiado largo, nos encanta dejar las cosas para después, “echándola más pa'lante”, y al hacerlo incubamos los huevos de la próxima gesta que siempre queda pendiente, como próximo motivo con la desparpajada excusa de un “quítame esa paja”?

Nos sorprendemos con nuestras gestas, nos enamoramos de ellas, nos quedamos petrificados ponderándolas y ensalzándolas y las metemos en el macuto de nuestras memorias, sólo para sacarlas y enseñarlas orgullosos cuando nos conviene.

## **La gesta, siempre la gesta**

Nuestro sino y nuestro origen podrían resumirse en los versos del poeta portugués Miguel Torga: “La Patria es un pedazo de suelo defendido”, algo que se ha convertido en el elemento crucial de nuestra síntesis, en el sagrado condimento del potaje nacional desde la defensa de Santo Domingo, cuando la gran

expedición inglesa de Penn y Venables, pasando por las cincuentenas y la batalla de la Limonade contra los franceses, hasta la lucha contra la intervención norteamericana de 1965. Claro, sin dejar de mencionar la reconquista contra las fuerzas napoleónicas, la guerra de independencia contra Haití y la guerra restauradora contra España.

Las guerras intestinas, muchas de ellas contra déspotas y tiranos, han sido una parranda ebria del caudillismo y, en ocasiones, hasta contra nosotros mismos y esa parte doliente de la dominicanidad que conspira contra nuestra cordura.

Nuestro sino parece ser la lucha armada, la guerrilla que siempre está ahí porque “la llevamos en el corazón”, porque siempre sabemos dónde están “las escarpadas montañas de Quisqueya”: advertencia, inclinación, vocación, resolución por sacrificio.

Gesto, gesta, epopeya, salvación, perdición, romance épico; tragedia, tradición y gloria. Los héroes han salvado y jodido la Patria tantas veces, que casi siempre perdemos la cuenta. Dilema sin solución. Heroísmo impenitente hasta el fin, medida exacta de una dominicanidad valiente y doliente, vara o pértiga sagrada con que se mide cualquier cosa.

Para algunos es el ánimo disoluto, las pasiones exaltadas, el desorden, la pobreza, la falta de educación cual elementos de un mejunje fermentado bajo un sol inclemente que se une a la borrachera del paisaje y a un clima díscolo, donde cada árbol tiene la estación de su albedrío, lo cual matiza esta conducta de los hombres.

Desde el principio al fin, este es un cuento que emborracha, y donde –para bien o para mal– el tiempo, borracho también, no transcurre.

Pintando la vida colonial en el siglo XVI en la Española, Christian Duverger nos habla de: “la ausencia de reglas, exasperación de los apetitos, descomposición de la vida social por la envidia, la maledicencia, la corrupción, la traición, el cambio de alianzas, la búsqueda del poder y, por supuesto, la ambición de riqueza”.

El escritor francés no está hablando de la actualidad política y social dominicana del siglo XXI, ni de la época de “Concho Primo”, ni de la restauración, ni la independencia ni tampoco de la reconquista. Habla del Santo Domingo del 1511, donde cualquier semejanza “no es sólo por pura coincidencia”.

Claro que en medio del aislamiento, la miseria, el abandono y las agresiones sucesivas a suerte de sino azaroso o destino trágico —como han dicho algunos “pesimistas”—, sólo el valor de mujeres y hombres ha producido los milagros que requerimos una y otra vez. Y entonces, ha sido el uso y el abuso del recurso lo que en algún momento resuelve, a medias, “haciendo de tripas corazón, a pesar de que los corazones de tripas no sean buenos”.

## **El héroe por los intrincados caminos de la “chepa”**

El heroísmo es causa y efecto, casualidad, causalidad disfrazada de casualidad por los premeditados caminos de “la chepa”.

Somos verdaderos adictos al milagro, y el milagro lo realizamos nosotros. Para protegernos de las consecuencias, preferimos achacar los prodigios de nuestra propia fuerza a una providencia que hacemos cómplice de nuestros acontecimientos. Es para que “no nos maten chiquitos”, y “nos dejen llegar a buey”

“para ver si se equivocan” con nosotros y nos permiten volver a repetir una y otra vez nuestras hazañas milagreras.

El asunto parece complicado, difícil de definir. Somos persistentes, y cuando se acaban las causas que promueven el heroísmo las creamos obstinadamente y nos dispensamos luego achacándoselo al destino o dejándolo todo para después, sólo para predestinar el heroísmo que una y mil veces aplicamos. Porque a fuerza de repetir el truco, somos adictos a la gesta. Es que para nosotros “maña vieja no es costumbre”, “porque todo es hasta un día”, porque nada es para siempre o porque simplemente nos hemos hecho secuaces de la osadía, de la intrepidez, la audacia y sus sucesivos derrumbes.

Predestinamos con nuestra actitud, fabricamos el heroísmo en sus causas; amamantamos el heroísmo, lo ordeñamos, y sólo el heroísmo que nos nutre y alimenta explica y define nuestra atrabiliaria manera de ser.

Por ello en realidad somos el país del continente con más héroes. Tenemos más que ningún otro. De todos los tipos, tamaños y colores. Tenemos más héroes que gestas. Más héroes, próceres y mártires que plazas, parques, escuelas y hospitales que nombrar.

Tenemos más héroes que calles y avenidas, cuarteles y edificios públicos, provincias y municipios que bautizar con sus nombres.

Somos el país de los héroes; hemos vivido y vivimos para los héroes y con los héroes, y la pregunta que se desprende de este fenómeno es: ¿Por qué si tenemos tantos héroes hemos estado siempre tan mal?

¿Será la profusión de héroes dañina al bienestar nacional?  
¿Serán los héroes pretextos para forzar y ejercer el heroísmo?  
¿Será el heroísmo la única riqueza que en realidad tenemos?

¿O será que queremos de los héroes para celebrarnos a nosotros mismos? Esa es la divina egolatría nacional por cuyos impulsos legendarios se han hecho la mayoría de las hazañas en este país.

Por eso nuestros héroes tienen nuestra insufrible mortalidad, cojean con nuestros pies, tropiezan con nuestros pasos, tartamudean con nuestras lenguas; maldicen, blasfeman, faltan a la verdad; son héroes que se devuelven, que se desdoblan, héroes mañosos, figuras imperfectas demasiado parecidas a nosotros mismos; ídolos del barro de nuestra imperfección, moldeados con la materia de nuestros desperfectos; son ellos los que nos justifican y dan testimonio de nuestro sacrificio, pero que igualmente nos permitirán luego la ocurrencia vitriólica de nuestros viejos desmanes.

Porque no debe haber duda... Más allá del ditirambo y la retórica, la historia la hacemos nosotros todos; los héroes sólo hacen la historia a veces, y esta tarea colectiva requiere de ejemplos. Para eso, y no para otra cosa, sirven los héroes.

Los héroes sirven para la vida sin tiempo del ejemplo. Los héroes son seres intemporales. Son el enganche con la vieja tradición, el arma secreta reservada a las generaciones venideras, pero también la causa secreta de nuestro providencialismo, ese culto a la “chepa” y al milagro que practicamos hasta la indolencia y la impremeditación, causas secretas de nuestra insostenible tolerancia.

¿Para qué resolver las cosas cuando hay que resolverlas? o ¿para qué solucionarlas a tiempo antes de que empeoren si al final, cuando nos hartemos lo suficiente, coléricos, iracundos, desesperados, cuando ya no tengamos otra salida al final del túnel, ahí donde ha estado siempre, estará el viejo instrumento salvador, el que siempre resuelve con remiendos las crisis sin importar el costo?

El heroísmo nuestro de cada día es la sagrada herramienta que realiza, al borde del abismo, la cuestión aquella que parece solucionar las calamidades que hemos creado, como fue antes y después, como parece que lo será siempre “por los siglos de los siglos de nuestros hatos amén”.

Este comportamiento se ha transmitido a las elecciones. Elegimos casi siempre mal, pudiendo hacerlo bien. Los reelegimos, los toleramos hasta que al fin nos hartamos y entonces los sacamos. Traemos otro mal elegido por nuestra cólera y con la misma rutina lo sacamos también para volver a traer al que antes sacamos.

El asunto es ese, ese afán de salir del paso sin pensar; meter-nos una y otra vez en camisa de once varas. Reeditar el atolladero, “caer en gancho”, “mascar la soga” sin caer en cuenta que nuestro destino es vivir siempre “tropezando con las mismas piedras”.

Lo peor de todo es que a pesar de saber todo esto, repetimos la historia. Es que tenemos la memoria corta adrede; argüimos que no tenemos opción, teniéndola; creamos las crisis políticas sabiendo de antemano lo que va a pasar; llegamos a los extremos porque nos gustan los derrumbes; no le damos “chance” al

devenir, al cambio de lo nuevo por lo viejo para entonces traer por saturación el vetusto instrumento y entonces exclamar con un suspiro la vieja frase colonial: “¡Carajo, qué maldita vaina! ¡Se jodió Bayajá!”

El heroísmo y nada más que eso. Pero sólo cuando no hay de otra, cuando tenemos el agua al cuello, cuando estamos muy “jodidos”. Sólo en esos casos le echamos mano a la cuestión heroica para sólo después, en el último momento, ser capaces de “salirnos de debajo de las gomas de un camión”.

## **En busca del Duarte de carne y hueso**

Sólo uno, o apenas uno entre los demás; antes y después en él, con él y por él: Juan Pablo Duarte “dulce aborigen de la gloria”; el único de todos que se parece más a nuestras virtudes que a nuestros defectos, porque con Duarte se quiere romper “la vieja mala maña”.

Duarte, como todas las demás figuras de nuestro panteón heroico y procer, luce también ícono premeditado de nuestra angustia, pero no por obra de la casualidad o la “chepa”, sino por la obra de la razón.

Sin dejar de parecerse a nosotros en su doliente humanidad, siendo parte indispensable de lo mejor de nosotros, fruto auténtico de una parte de nuestra cultura, nos singulariza en los valores que como pueblo tenemos y nos redime y justifica para bien.

Duarte es parte de nuestra propia fuerza y en su nombre se organiza y racionaliza la dominicanidad esa, la que nos ha permitido sobrevivir y permanecer juntos.

Juan Pablo Duarte, en su ejemplo y por su ejemplo, es la síntesis que buscamos como nación y que no acabamos de encontrar porque absortos, desconcertados, desconfiados y equivocados, no terminamos de encontrarnos en él. Es como si lo hubiéramos disfrazado adrede para no dar con esa parte de nosotros que nos ejemplariza, haciendo en él y con él no lo que debiéramos hacer, sino lo que siempre se ha hecho en una antigua y larga recurrencia de malas costumbres.

Paradójicamente, habiendo celebrado justamente sus virtudes cardinales, el daño del artificio ha sido escondernos en lugar de hablar sin tapujos de esa otra parte de Duarte que se parece a nosotros y alude a nuestra mortalidad, negándonos así el puente para llegar a sus dones con practicidad y poder reproducirlo en nuestras acciones ciudadanas.

Como nos lo han pintado tan etéreo, idealista, casi fatuo, hemos llegado a identificarnos más con aquellos “padrastrós” torvos que nos han impuesto como modelo de consolación e inducción el autoritarismo clásico dominicano. Nos han vendido padrastrós como taitas recios y abusivos: caudillistas, machistas y arbitrarios.

Duarte, pintado tan etéreo, perfecto y divino; transfigurado hasta el “colmo de los colmos”, parece personaje fútil, lo que inutiliza todo intento de imitarlo o de pluralizar sus acciones y seguir sus ejemplos.

Duarte, en el proceso de divinización en que lo han exaltado, se nos ha hecho inimitable, inabordable para alcanzar su ejemplo, metiéndonos entonces a tablazos los “padrastrós” torpes, como si nos metieran “gato entre macuto”, “gato por liebre” y

hasta una sucesión de farsantes que “cantan como gallo y que ponen como gallinas”.

Juan Pablo Duarte, es y será nuestro héroe cardinal más allá de los tedeum, los homenajes y los discursos donde parece que su nombre se nos ha extraviado en su propia inmensidad, donde se hace complicado reproducir su conducta ciudadana, esa que deberíamos siempre articular.

Prócer, héroe y mártir, combinado singular para servir al ejemplo, no alcanza desgraciadamente a cumplir el cometido ejemplarizador del que tanto requerimos, porque el afán apologético tendente a su divinización nos priva del verdadero Duarte. Hombre ejemplar, que para serlo cabalmente y poder replicarlo, tiene que ser de carne y hueso; tiene que parecerse a nosotros para poder copiarlo en nuestras conductas, porque copiar a la divinidad fielmente siempre ha sido una tarea prácticamente necia y difícil, y más difícil aún mientras más lejos de nosotros nos lo ponen.

Como pasa con la divinidad y sus santos, siempre debemos y tenemos que climatizar sus principios a nuestra humanidad, “porque mi reino no es de este mundo”, “y hay que dar al César lo que es del César”.

Es materia vil lo que recubre el espíritu, que lleva la doliente carga, único vehículo para vivir, hacer los heroísmos y alcanzar la gloria. Requerimos de hombres rectos y singulares, pero hombres que carguen “pujando” su cruz, no semidioses asépticos.

Nada de divino y de excelso, nada de perfección absoluta. Necesitamos de la irremediable mortalidad de Duarte para poder llegar a sus virtudes y copiarlas, porque es ahí donde

reside su verdadera grandeza, por la que un día, siendo como nosotros, hombre al fin y al cabo, empinado sobre su humanidad defectuosa, logró tocar el cielo y la gloria para trocarse en ejemplo.

### **Juan Pablo Duarte en nuestra propia carne**

Comer, dormir, caminar, tropezar, enfermarse, enamorarse, apasionarse; copular, dormir la siesta, equivocarse, incomodarse, hartarse, tocar la guitarra, dar serenatas, violentarse, sentirse de mal humor, amargarse, dudar, creer, decepcionarse, atreverse.

Sufrir y gozar, reírse, llorar, rezar, tolerar, renegar, defecar, dormir, soñar, orinar, despertar, beber café, dormir la siesta, herir, transigir, intransigir, maldecir, elogiar, luchar. Tirar un “coño” en el momento oportuno como prótesis de nuestro enojo; ser uno mismo sin fingir, mandar al que se lo merece a la misma “casa del carajo”.

En estas acciones cotidianas y muchas más está denunciada nuestra mortalidad ineludible. Es la oportunidad, la pertinencia y la medida de las mismas lo que finalmente nos define, teniendo como medida fundamental la comparación y el contraste de esas cosas que por ser comunes a todos nos sirven de referencia obligada.

Dejarse de esas “pendejadas”, que sin llegar a la grosería son el pan nuestro de cada día. Llegar, de ser necesario, a la “irreverencia”, cuando sea indispensable. La irreverencia para desnudar a los hipócritas y falsos puritanos o simplemente, recurrir a ella con valor, para llamarle “al pan, pan y al vino, vino”, para

conocer nuestro padre legítimo, para que el padre sea nuestro “taita” de verdad, no el de nuestros eufemismos.

Muchos de nuestros más ilustres pensadores han conspirado contra ese necesario propósito divinizando a Duarte, conspirando contra esa mortalidad suya que requerimos para poder hacer viable la indispensable réplica de su ejemplo.

En muchos de estos intelectuales es patriótico su afán y su devota admiración; en otros no tanto, porque pudiera haber intenciones políticas inconfesas.

En ambos, la acción indudablemente buena, la divinización de Duarte, podría ser al mismo tiempo tremendamente inconveniente a la causa nacional, que fue la causa de Juan Pablo Duarte.

Cosa de hombres, cuestión de seres humanos luchadores, defectuosos, virtuosos y apasionados, porque quizás, como ha dicho Dustin Hoffman: “el sino de nuestra especie es la imperfección”.

En nuestros pensadores, es obvia la búsqueda necesaria del paradigma. Y eso es bueno, porque requerimos de esos arquetipos, de esas matrices donde se forja lo que debe ser, no lo que se hace.

Que los grupos, las castas, los partidos, las clases se disputen la figura de Duarte tampoco es malo. Pero que la secuestren ciertas minorías privilegiadas es inaceptable. Que los pusilánimes lo tomen como bandera, que los irresponsables e indiferentes se quieran escudar en su caricatura, resulta sencillamente intolerable.

Debemos encontrar las escalerillas para bajar su ejemplo hasta nosotros, para que se confunda con nuestros dilemas, y en esta

tarea indispensable nos sirven muy poco los eufemismos y una idealización que en vez de darnos, nos quita el fondo que, como se ha dicho, siempre se requiere, aunque la forma es “la única parte del fondo que nos consta”.

En esta labor de divinización también subyace una especie de reparación política tardía, escrúpulo justificado por todas aquellas dificultades que en vida tuvo que afrontar Duarte injustamente, y sobre todo, hay del mismo modo, una especie de vocación tardía para reconocer las verdades políticas del Padre de la Patria, definiendo sin adornos las mismas.

Es como si poniéndose del lado de la memoria del prócer con vehemencia en supremo acto de constricción, purgáramos con lisonjas vacías y adornitos cursis pecados de partidos, sectores, estamentos; yerros colectivos, remordimientos y escrúpulos de otros, y hasta deslices propios “de hecho, obra y omisión”.

La divinización de Duarte, que de muchas formas es ciertamente una figura mística, ha seguido el camino contrario al proyecto de redención cristiana en que el Verbo Divino desciende a la carne torpe para con el supremo ejemplo salir de allí enaltecido, enseñándonos cosas fáciles y dolorosas de entender, como es la insufrible condición de la mortalidad del género humano.

Y es esa mortalidad que tuvo el Cristo, la que se nos ha querido negar en Duarte, olvidando que con ello se nos derriba el puente para llegar a su ejemplo.

De todas maneras, Juan Pablo Duarte es una figura afortunada, porque todo un pueblo lo ama, lo respeta y lo admira sin

realmente conocerlo, o al menos sin conocerlo tan llanamente que podamos vernos reflejados en él como nuestro verdadero y legítimo padre.

Es la síntesis del hombre admirable y admirado que se levanta un día de la cotidianidad, no para elevarse al cielo y quedarse allí reinando, sino para guiar hombres y motivarlos a la lucha aferrados a su cruda realidad.

El asunto es tan simple como aquella máxima militar que reza que para mandar un ejército, su jefe tiene que parecersele. Los seguidores tienen que verse representados en su líder, porque ven en el sujeto conductor, exaltadas desde su semejanza, sus propias virtudes potenciales.

## **El asunto de la iconografía de Duarte**

El asunto comienza con un aspecto tan simple como la iconografía de Duarte, y este asunto de apariencia tan anodina, basado en aspectos tan corrientes, encaja perfectamente en el concepto básico de su condición indiscutible de Padre de la Patria.

Todos los hijos, como parte de su dilema existencial y aprendizaje en los umbrales de la razón, comienzan en la niñez y la adolescencia a buscar en sus padres semejanzas físicas y hasta los llamados parecidos biométricos.

Entonces tenemos la nariz, las orejas, las manos del papá, los cabellos de la mamá o resultamos altos o bajos como ellos. Búsqueda irremediable, la primera quizás de la existencia, experticia descuidada de esos lunares que nos delatan. Y en ello, con ello y tras de ello, va esa pesquisa indispensable que

requerimos para forjar una parte crucial de nuestra identidad primaria.

La iconografía del Padre de la Patria ha sido variada, variable, cambiante, indefinida, poco objetiva y con pugnas. Y lo que es peor, al parecer promovida en sus avatares a la medida de las élites dominantes de otros tiempos, junto con sus perjuicios y prejuicios. Y ello no sólo peca de acción discriminatoria, sino que además tiene el grave inconveniente de no corresponder a la realidad, negándonos esos aspectos en que Duarte se parece indefectiblemente a nosotros, que somos sus hijos.

Sin caer en la necedad de la que nos habla Víctor Hugo en su obra *Vida y obra de Shakespeare*, refiriéndonos la prolongada discusión que se agotó en Inglaterra referente a si el gran escritor viajó por primera vez a Londres en coche, a pie o a caballo, la iconografía de los grandes hombres de la antigüedad siempre ha sido tema de intensas discusiones, sobre todo antes de aparecer la fotografía.

Lo mismo sucedió con la iconografía del divino Rabí de Galilea, que siendo del Medio Oriente con la particular fisonomía de la gente de esa región, su iconografía cobró los perfiles del hombre europeo: blanco, cabellos lacios, rubio, ojos azules.

En la iconografía de Duarte se debate desde la recurrente y tolerada idealización artística en busca de la estética, hasta los perjuicios y aspiraciones acomplejadas de castas en un país mayoritariamente mestizo.

Nuestro asunto no es cuestión de blancos o de negros, es cuestión de mulatos. El “mulataje” heroico e irredento hasta el fin, eso somos en uno que otro grado, parte de un sincretismo

que no queremos ni nos atrevemos a descifrar, tal vez para no encontrarnos a nosotros mismos de una vez por todas.

Así sea también con Juan Pablo Duarte, el hijo de Juan José Duarte, natural de España y de la criolla Manuela Díez, natural del Seybo. La madre, por lo tanto, sin pretender hacer un absurdo estudio etnográfico, es el ancla que lo lleva a sumergirse en nuestras mayorías nacionales y en la diversidad esencial que somos, a despecho de formas y colores.

Por nuestra diversidad como pueblo aparecen fenotipos entre nosotros realmente europeos, uno de los elementos componentes de nuestra mezcla. Allí encontramos personas que parecen blancas, pero como dice la sabia picardía popular: “todos tenemos el negro detrás de la oreja”, pretendido consuelo racista o reductor de esas diferencias que solo existen en nuestras minorías privilegiadas, quienes salvo los extranjeros dominicanizados, tampoco escapan a la sentencia popular.

El fundador es el primero en exaltar esa diversidad racial para incorporarla a su proyecto de nación, cuando en un poema suyo llama a todos a marchar juntos: “Los blancos, morenos, cobrizos, cruzados, marchando serenos, unidos y osados. La Patria salvemos de viles tiranos y al mundo mostremos que somos hermanos”.

Como vemos, más que reconocer la diversidad que somos, Duarte quiere no sólo darle dirección y sentido a la misma, mencionando su principal virtud, la osadía, sino construir en base a la misma la causa nacional.

El Patricio parece que tampoco puede escapar a la manía nacional de no querer llamar a las cosas por su nombre, que es

donde reside el secreto del apodo. Pero quizá en su caso se deba a un asunto de versificación.

Me refiero a que le llama “cobrizon”, color cobre, a esa parte mayoritaria de nuestra población mulata a la que el pueblo dominicano le llama “indio”, como si eso fuera un tono de piel, que en este caso nada tiene que ver con la raza indígena, salvo por la referencia histórica del tono de piel de nuestros aborígenes.

La desgracia de sólo disponer de una fotografía de Duarte, “el daguerrotipo de Caracas” hecho por Próspero Rey en 1873, sólo tres años antes de su muerte, y de contar con muy pocos retratos hablados, contradictorios entre sí, e impactados claramente por la admiración desmedida o el amor que en ocasiones ve las cosas “con los ojos del alma”, nos refiere a aquella llamada de atención de la cultura criolla: “amor no quita conocimiento”, pero que al fin y al cabo parece que lo quita, lo dificulta o lo entorpece.

Es clara, interesada y prejuiciada la acción de aquellos que buscaron modelos nórdicos para pintar y hacer el retrato del Patricio, o que simplemente lo retrataron con la visión de sus prejuicios y aspiraciones.

Aun cuando se trata de ser medianamente objetivo, se tomaron modelos familiares de la rama del padre que, en vez de acercarlo, lo alejan un tanto del asunto en cuestión, pues no hay mezcla.

Yo, que tuve el honor de conocer los parientes venezolanos de Duarte, no vi en ellos ese aire nórdico que nos quieren vender del Patricio, aunque sí observé en los mismos, en su piel blanca y sus facciones, esa estirpe innegable de la dominicanidad que sin poderse definir nos delata a despecho de nuestras señas.

Durante la llamada “Era de Trujillo”, quizás porque al dictador con ínfulas de ícono nacional le gustaba mucho fotografiarse, siendo el déspota una figura “mulata refinada”, influyó en la iconografía oficial de Duarte. Y esto, aunque sin descartar siempre la idealización, nos lleva a un Duarte que, en cierta forma, nos acerca al Padre de la Patria, quizás porque el autócrata igualado quería rehuir contrastes indeseados.

Duarte realmente no era mulato, pero era afortunadamente mestizo, como la mayoría del pueblo dominicano. Era un dominicano tal como nosotros: dominicano “de cabo a rabo”, una muestra más de esa diversidad que somos, uno de esos dominicanos de piel blanca que todavía se ven paseando por el país en La Vega, Moca, Jánico, San José de las Matas, Ocoa, Baní, Jarabacoa y Constanza. Dondequiera y por dondequiera, confundidos, fundidos en la gran mezcla que somos: “juntos y reburujados”.

Era un vecino de Santa Bárbara, su barrio natal; un hijo del Ozama, un miembro más de esa pequeña burguesía urbana de la ciudad de Ovando, aposentado en el vecindario de los colonnes, cuya vida joven transcurrió entre el fauno del río, el viejo “mar de los caribes” con su rancio olor a cangrejos muertos y la anciana muralla varias veces centenaria.

Si vemos el daguerrotipo de Caracas –poco difundido– encontramos el Duarte real, el necesario. Basta un detenido examen de aquel rostro memorable para desentrañar lo que las idealizaciones artísticas nos ha negado.

Nada de nórdico, sueco, belga o alemán; no es un Duarte “gringo” el de Caracas... Nada de nariz aguileña, pelo rubio y

ojos azules. Al contrario, es la imagen del blanco español montado sobre el entramado dominicanísimo de su madre en trabazón de razas, como fue antes y será después, desde el origen hasta el transcurrir inescrutable de nuestro pueblo.

Viendo la foto de Duarte, yo no sé de dónde sacaron los artistas de ayer y de hoy los famosos bucles de Duarte. Alguien me ha dicho que los nobles europeos de la época los usaban, y qué bueno que así fuese. Pero según vemos en el daguerrotipo, el Patricio usaba un corte de cabello bastante corto y varonil, donde se ve que ni una sola hebra de cabello sobresale del marco casi militar de su recorte.

En otros daguerrotipos e imágenes de la época de otros personajes dominicanos “blancos” por fuera y morenos por dentro, no he visto bucles, salvo en uno que otro, como José María Serra. Ni en los Puello, ni en los Santana, ni en los Alfau, ni en los Jiménez, Caminero o Bobadilla veo esos bucles apócrifos que adornan las imágenes del Patricio, y que sobresalen siempre en su iconografía por los laterales de su cabeza.

Manía artística de idealización perjudiciada, si reparamos que a Santana también en la contemporaneidad se le reproduce con los mismos bucles que no aparecen en sus múltiples daguerrotipos.

Porque ¿no se ha difundido lo suficiente el daguerrotipo de Caracas, retrato verdadero de Duarte? Presumimos que es porque su imagen no sólo niega las imágenes dañinas, sino también porque la foto histórica de Duarte remueve las culpas irredentas de nuestra clase política dominante; sus ingratitudes, sus inconsecuencias y sobre todo, su alejamiento recurrente de la verdadera democracia.

Es un Duarte doloroso el de Caracas, donde son obvias las huellas de la pobreza a que fue condenado el Fundador de la República. Su semblante expone fiel sus vicisitudes lastimosas, atrincheradas sí en una dignidad que no logró menguar la desgracia del exilio, el abandono y el olvido a que lo sometieron sus conciudadanos, inclusive los de su propio partido.

Importantes autores hablan del gran valor para la investigación histórica de esta muestra única de nuestro Duarte de carne y hueso, pero de su inconveniencia didáctica para no mostrar, sobre todo a los estudiantes y al público en general, a un Duarte sumido en la desgracia y en decadencia física, a alguien al borde de la misma tumba.

Entiendo perfectamente el valor iconoclástico del comentario y su valía en reforzar el paradigma que por razones motivacionales debe preservar la buena imagen del símbolo, pero sería lo mismo que censurar los horrores y padecimientos que sufrió el hombre aquel que hace más de dos mil años crucificaron en el Calvario, sin reparar que la lección a aprender estaba cifrada en el dolor y en el ejemplo.

Todo depende de la realidad y la verdad... A los pueblos amerindios, cuando eran catequizados, les parecía horripilante que el nuevo dios de los blancos estuviera clavado en un madero. Sólo cuando le explicaban las razones y el propósito del sacrificio lo entendían, a pesar de que para satisfacer a sus dioses tribales fuesen capaces de arrancarle el corazón o descuartizar a sus víctimas propiciatorias.

Duarte, como lección que debemos aprender, está resaltado y enaltecido en esa foto de Caracas, porque se parece más

que en ninguna idealización a su pueblo. Sobre todo en un país como el nuestro, que al día de hoy cuenta con una democracia con más de seis millones de pobres sin facilidades de seguridad social y padeciendo las mismas penurias que él sufrió.

La foto de Caracas no sólo sirve para que nuestras grandes mayorías se identifiquen con el Patricio en sus necesidades y su falta de salud, sino también en el hecho ejemplarizador de que a pesar de su pobreza y su calamitoso estado físico, idéntico a la gran mayoría de los dominicanos, Duarte no cayó en el vicio, el delito o la indignidad.

La pobreza y el lamentable deterioro físico de Duarte lo enaltecen, al igual que quedan enaltecidos los actuales dominicanos. Ocurre que esa pobreza resalta su perseverancia y la firmeza de sus convicciones. Y es el escritor Sócrates Barinas quien mejor lo describe:

*Si la miseria, el sacrificio, las enfermedades quebrantan el espíritu no habría ni héroes ni apóstoles. Duarte estuvo por encima de todos los infortunios: fue héroe y apóstol.*

Yo agregaría que fue un ciudadano sometido a todos los problemas que tenemos hoy, incluyendo la falta de justicia, de oportunidades y hasta las dificultades de nuestros llamados exiliados económicos.

La heroicidad del Patricio fue igual que la de sus conciudadanos, quienes deben luchar día a día para sobrevivir. Por tanto, la lección es no desdoblarse ni torcerse.

Barinas también remata con sabia maestría el mismo concepto: “Él sabía que con el barro dominicano tenía que hacer

una estatua; por eso nunca analizó la calidad del barro: hizo la estatua”.

El traje –suponemos por lo holgado que le queda– es parte de la utilería del artista, como a la sazón se usaba hasta cerca de nuestros días en los estudios fotográficos para tomar momentos memorables. Aunque se deduce, por menciones del testimonio de su hermana Rosa, que el acto no ocurrió así.

Y hay que darle crédito a esta versión, porque además sabemos que fue bajo los apremios de su hermana Rosa que aceptó a regañadientes –para beneficio de la posteridad– tomarse el daguerrotipo, y no de muy buena gana: “Levanta ese ánimo Juan Pablo, ten presente que la nueva generación dominicana agradece tu obra de libertador y querrá conocer tu fisonomía”.

Rosa Duarte no sólo tenía conciencia de la proceridad de su hermano, sino conciencia de la memoria histórica y de la realidad de su pueblo. Por ello en la mayoría de las ocasiones en que se refiere a él dirigiéndose a terceras personas, lo califica como el general Duarte, o simplemente como el general.

La mirada de Duarte, a más de un siglo de haber sido congelada por la foto, duele con una tristeza que contagia y acusa. La delgadez de su cuello delata sus privaciones y la falta de alimentación continua. Sus arrugas refieren las marcas de los sinsabores, mientras que el bigote y la barba encanecida sirven para resaltar los labios encarnados de donde brotaron por primera vez las voces enardecidas de “Dios, Patria y Libertad”.

La otra lección de la foto derriba eufemismos y demuestra que nuestras posibilidades como grupo humano no se encuentran en la pureza racial, sino en la diversidad de sus matices. El Duarte del

daguerrotipo, el verdadero Duarte, es una muestra elocuente de esa diversidad, cuyas huellas en ese retrato son más que evidentes.

La iconografía de Duarte merece todo un estudio aparte, amén de los que ya se han hecho con bastante propiedad. Sin embargo, queremos dar por terminadas estas consideraciones con una sucinta relación que ilustra la cuestión: el daguerrotipo de Próspero Rey de 1873 serviría de inspiración artística al mismo autor, quien diez años después lo llevaría al lienzo donde reposará el Duarte del peso dominicano y el Duarte oficial de la llamada “Era de Trujillo”.

Bonilla, nacido en 1818, y quien conoció a Duarte, lo pinta en 1884 echándole mano a difusos recuerdos que nos alejan de Duarte, no obstante que los familiares nonagenarios, heridos por el olvido y la nostalgia vieja, halagados por el dilatado interés, encuentran su resultado: “igualito a Juan Pablo”.

Urdaneta, en 1891, recrea a Bonilla volcando la referencia en el modelo de un príncipe europeo. Desangles en 1895, idealiza a Próspero Rey como si retomara el daguerrotipo con su Duarte visionario. Villena, en 1964, retoma el daguerrotipo que parece caer, al menos después, cuando una élite aupada desde lejos por Balaguer parece adueñarse con gran celo de la memoria del prócer.

## **Duarte y su formación.**

### **Entre aficiones, afecciones y aflicciones**

Sin embargo, el Patricio, quien realmente se parece a nosotros y a la diversidad que ejerce una dominicanidad a toda prueba, se

diferenció de los dominicanos de su tiempo por el atributo de su condición intelectual, tal como señala don Rufino Martínez.

Pero cuidado... Duarte no tuvo una formación o educación formal debido a las condiciones aciagas de la sociedad donde se desarrolló y por las desafortunadas condiciones donde le tocó desarrollarse a despecho de su relativa posición social acomodada.

Juan Pablo Duarte tuvo mucho de autodidacta, y esto no lo disminuye, sino que lo agiganta. A diferencia de Núñez de Cáceres, Correa y Cidrón, Andrés López, Del Monte, Bobadilla y hasta el propio Báez o Labastida, al niño y al joven Duarte le tocó la “mala suerte” de una escuela dominicana castrada por la era haitiana, desgracia que compartió con la mayoría de su generación, a pesar de contarse entre los privilegiados alumnos del padre Gaspar Hernández.

Sólo una sólida influencia en el seno familiar, una inteligencia vivaz y una sed de conocimiento insaciable lo salvan de la ignorancia. Y es la inclinación por su recia fe católica lo que lo lleva a nutrirse en esa fuente de conocimiento milenario que reverberaba como un oasis de sabiduría en el desierto de la ignominia de la era haitiana, donde podía saciar una sed que no podía abreviar en las fuentes formales, las cuales le estaban privadas por el oscurantismo de su época.

Los que callan esta realidad y abogan por graduar a Duarte o ponerlo a viajar para estudiar, le hacen un flaco servicio a su memoria singular.

Obviamente, los viajes otorgan cultura, cultivan, proporcionan información. El solo hecho de entrar en contacto con otras realidades más desarrolladas tiene un beneficio incalculable.

Para los autodidactas obligados por las circunstancias como Duarte, los viajes fueron, en sentido figurado, una universidad, y hasta su tesis de grado.

“El hábito no hace al monje”; “la fiebre no está en la sábana”, dice el pueblo dominicano. Duarte formó a Duarte, Duarte se hizo en Duarte, y sin desechar las ventajas de la educación formal deseada y deseable, tenemos que colegir que tal como pasaría con otros casos notables y extraordinarios como el de Juan Bosch, autodidacta también, hay en Duarte la medida y el diploma del propio Duarte: Duarte en Duarte, hecho a su imagen y semejanza.

La divinización de Duarte, la idealización de Duarte, toca y trastoca otros sentidos más importantes. Y es que al colocarlo tan y tan alto, parece que abandonamos en su exaltación la realidad misma del interés nacional que movió su accionar histórico. Por eso no se usa como instrumento para la continuidad de la defensa de esos mismos intereses.

Se producen vacíos inconvenientes por donde se cuele la labor de zapa de los enemigos de la República, de esos que el mismo Duarte identificó cuando pedía castigo para los traidores de siempre para líbranos de sus maquinaciones.

Así olvidamos, por ejemplo, que la lucha revolucionaria de Duarte fue librada para liberarnos de la dominación haitiana y no de otra dominación, y que su lucha estuvo enmarcada en nuestro gran dilema geopolítico.

Nosotros, que pretendemos no entenderlo para no usar su memoria como estandarte, no articulamos al prócer como símbolo, como arma para defender nuestra soberanía territorial,

como si su figura de humanista estuviera por encima de esas cuestiones que no pierden actualidad.

A diferencia de los propios haitianos, quienes sí lo identifican más que nosotros como la causa y el efecto, como el enemigo que los privó de la soñada “parte del este”, “la piedra pesada de la pretendida unidad nacional”, la frustración del sueño imposible aquel de “la isla una e indivisible”.

Por ello vemos que Duarte aparece como la levadura de toda literatura haitiana antidominicana, como aquella que fermenta en una escritora de ese país nacida en 1969, Edwidge Danticat, quien en su obra *Cosecha de huesos*, entreteje hábiles y perversos insultos contra el fundador, nombrando al asesino de su fábula con el nombre de “Pico Duarte”, el cual se entrega a la orgía de sus asesinatos al ritmo del “Compadre Pedro Juan”.

Libelos contra Duarte fueron regados en la diáspora haitiana en Nueva York en el 2010 y en ciertos círculos de la élite haitiana que gozan de nuestra hospitalidad proverbial.

Hay otros aspectos del Patricio que requerimos para encontrar el “hombre de carne y hueso”, aspectos poco conocidos por las mayorías o poco mencionados, ya sea porque sus apologistas le han restado importancia acentuando otros que consideran vitales a sus propósitos, o porque la exaltación retórica le ha restado espacio a los historiadores en sus obras.

Se ha comentado poco, por ejemplo, el hecho de que Duarte tenía gran facilidad para los idiomas, los aprendía rápido y podía hablar varios con fluidez. Se ha dicho bastante, empero, que Duarte escribía poemas y era bueno en la escritura de la prosa y que hablaba bien y correctamente.

Tenía gran poder de convencimiento por medio de la palabra, que según la crónica era encendida y apasionada. No sabemos cómo era el tono de su voz, su agilidad física, sus fobias, las cosas simples que le agradaban y las que no.

Se ha hablado de su corrección en el vestir, de su elegancia obvia a pesar de la pobreza que refleja el daguerrotipo de Caracas, además de sus educadas formas. Sin embargo, no se ha destacado suficientemente –como si se discriminara la cuestión– que Duarte era músico, que tocaba bien varios instrumentos, pero sobre todo, que era un excelente guitarrista.

En varias conferencias con estudiantes de secundaria y universitarios en este punto, y a guisa de premeditada adivinanza o experimento, les he preguntado a miembros de la audiencia: ¿Qué instrumento tocaba el Padre de la Patria? En las diferentes ocasiones, los cuestionados me respondieron –obviamente influenciados por el estereotipo de su figura ideal–, que el violín, el piano o el arpa. Nunca me mencionaron la guitarra, como si este popular instrumento que tocaba tan bien no fuera digno del Patricio Fundador.

Duarte fue músico aficionado, como su amigo Gabino Puello, que renegando de la asociación que se hace de estos artistas populares, confiesa en vísperas de ser fusilado que: “Nunca me ha caído bien el vino”.

Tuvimos un Duarte músico, como también lo fue su amigo músico profesional Gabino Puello, que según dice el historiador García aprovechaba sus giras por el sur para tocar en fiestas y expandir la conspiración independentista, o como el más tarde coronel Juan Bautista Alfonseca, el padre de nuestros músicos

militares, autor del primer himno nacional y muy amigo de Duarte.

Asombro primero, luego gran satisfacción, al suponer que si Duarte tocaba guitarra podría haber tocado una canción de amor en una serenata. Y si viviera ahora, quizás como a muchos dominicanos, le gustaría la bachata.

Es claro también que temperamentalmente el Fundador era un obcecado, “un cabeza dura”, un testarudo impenitente. De todas maneras, podemos decir que el Patricio tuvo una afortunada ofuscación con la independencia pura; que nada ni nadie pudo hacerlo entrar en esas razones que aconseja la prudencia, y se puede decir que Duarte tuvo una fe ciega en su proyecto y nunca “entró en razón” para destemplan sus convicciones. O sea, Duarte nunca dudó: “porque vivir sin Patria es lo mismo que vivir sin honor”. O porque “el día que deje de pensar en ella será el último de mi vida”.

Más claro, a medida de lo que decimos, lo dice el mismo Duarte, como si lo hubiese dicho para que nosotros no lo perdamos de vista: “Mi pensamiento, mi alma, yo todo, no me pertenecía; mi carísima Patria absorbía mi mente, llenaba mi corazón y sólo vivía para ella”.

A la luz de los prácticos de ayer y de hoy, Duarte fue ciertamente un hombre “poco sensato”, sin sentido común. Sin guardar la retaguardia, lo dio todo por su causa; hizo todo lo posible para fuñirse, como sujeto que no reparaba en ninguna consecuencia, dándolo todo y más por la felicidad de su pueblo: “Siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre”.

Hizo todo lo que tenía que hacer “para joderse”, como se diría hoy, y en esa virtud lo perdió todo, lo lanzó todo por la borda del sacrificio por la causa nacional, y dejó de ser singular para hacerse plural sin desteñir sus condiciones morales.

Duarte no se desdoblaba, no entraba en razón; su persistencia era casi patológica y con esa conducta da la sensación de que no fue uno de esos hombres razonables, prudentes o mansos a que estamos acostumbrados.

Visto a la luz de nuestros días –como diría la gente sencilla, esa misma por la que se sacrificó Duarte–, “ese hombre se puso bruto”; “era un loco de remate”, una especie de orate que sufría “la locura de la libertad”.

Debemos reparar, sin embargo, que nunca fue un eufemista... Es el mismo prócer quien se encarga de confirmarlo cuando dice: “Nada hacemos con estar excitando al pueblo y conformarnos con esa disposición, sin hacerla servir para un fin positivo y trascendental”, meridiano consejo que le cabría muy bien a los agitadores profesionales y a nuestros políticos demagogos.

## **Duarte el político**

Duarte tenía, sí, una fe enfermiza en la república. Siempre creyó en el destino de su pueblo, especialmente en un momento en que muchos tenían dudas. Su postura era fundamentalista, casi fanática.

Pareciera que para escapar a su ejemplo –inconveniente a los politiqueros–, tampoco se ha dicho que Duarte fue un político

militante a tiempo completo, pues en la actualidad esa se ha convertido en nuestro país en una actividad distorsionada. Duarte fue además un demócrata a carta cabal.

En plena actividad febril comprometida, la política fue para él una acción desenfundada. Duarte no era clientelista, ni mercantilista; actuaba precisamente como corresponde a lo que debe ser en su esencia prístina esa noble actividad humana: “una acción para cambiar la suerte de la gente”.

“La política no es una especulación; es la ciencia más pura y la más digna, después de la filosofía, de ocupar las inteligencias nobles”. Esta frase de Duarte, la que devuelve a la política su verdadera connotación, es quizás en su notable contenido una de la más importantes para redimir nuestra democracia. En ella, y a la luz de más de un siglo y medio de ejercicio, el Patricio le infunde fe al desaliento que atribula al ciudadano común frente a los desmanes de nuestros politiqueros y sus partidos.

Pero también el Patricio en esta frase asume el látigo por nosotros, dando el ejemplo para echar a los mercaderes del templo, quienes han convertido la casa de nuestro padre en una cueva de ladrones.

Porque Duarte ni se compra, ni se vende en los mercados del poder, y es demócrata casi de forma intuitiva. Y aunque no menciona la santa palabra en sus escritos, la practica en su cotidianidad. Hay además en sus posturas un desprecio tremendo por todo tipo de tiranía, autoritarismo, o despotismo, lo cual sufrió en carne propia y siempre satanizó: primero con Boyer, luego con Santana y hasta con el mismo Báez.

“Toda autoridad no constituida con arreglo a la ley es ilegítima, y por tanto, no tiene derecho alguno a gobernar, ni se está en la obligación de obedecerla”.

Duarte, hasta el último día de su vida, igual que un obseso, hace muy suya la máxima de Solón: “El principal delito de un ciudadano es no participar en debate”, aunque esa participación le cueste el duro camino del proscrito, de donde no se cansa de escribir cartas constantemente en ese mismo sentido.

Colocado sólo como idealista, su ideario y las frases extraídas de allí que se usan constantemente por los medios de difusión pública dan la sensación de que su ideario nace de la postura del intelectual que desde su gabinete se sienta a meditar y a construirlas, pero aunque bien explicado su origen por la publicación del Instituto Duartiano, la mayoría del pueblo no sabe que las mismas son extracto de su febril actividad política, ejercida en su amplio epistolario a discípulos, amigos, partidarios y adversarios, así como de otros documentos relacionados con el ardor de esa actividad.

¿Duarte demócrata? Sabemos que fue lector de los clásicos y que tenía la referencia de la Grecia antigua, cuna de la democracia. También tomó la referencia de la democracia americana cuando estuvo en Estados Unidos durante el gobierno de Adams, uno de los padres fundadores de ese país y uno de los forjadores de esa democracia.

Es difícil que en sus viajes por Europa no conociera las corrientes iniciales del llamado socialismo puro de corte francés, ya que estuvo en París y, como sabemos, también quedó prendado de los llamados “fueros de Cataluña” en Barcelona.

Por la época de sus viajes por el Viejo Continente, Carlos Marx trabajaba ya en Inglaterra en su obra maestra *El capital*, y siendo liberal por convicción propia, es difícil que no absorbiera sin honduras los destellos de esas corrientes europeas.

A muchos asombra que el Padre de la Patria no tomara como punto de partida en su quehacer político a Núñez de Cáceres, por lo cercano a su contemporaneidad. O en el poco conocido antecedente de Partido del Pueblo Dominicano, donde militó un tablero de profesión, el padre de su amigo Francisco del Rosario Sánchez.

Parecería extraño que un hombre sagaz, analista, inteligente y práctico como él no tomara como referente los antecedentes más cercanos a su realidad, como fueron las ideas de Correa y Cidrón, Andrés López y Núñez de Cáceres, ya que como muestra de su agudeza política de seguro asimiló los grandes errores traumáticos del producto de las gestiones de esos pioneros, como fue el de la llamada independencia efímera, que nos condujo a la dominación haitiana de 22 años contra la cual se insurreccionó Duarte.

Muchos quieren ver en La Trinitaria el primer partido político dominicano. Empero, siempre he creído que aunque con cierta lógica algo desencajada, la especulación es otro intento de vestir con una especie de “traje de la primera comunión” lo que fue una organización fundamentalmente conspirativa.

La sociedad secreta La Trinitaria fue como La Filantrópica, organización con fachada cultural, pero que tuvo el mismo carácter conspirativo. Las diferenciaba el propósito de preparar el camino para la segunda: educar, sentar conciencia, preparar las condiciones favorables a la conspiración en marcha.

En ambas organizaciones el objetivo general era el mismo, aunque dividido en dos fases diferentes de acuerdo a las necesidades. Un propósito estratégico basado en dos tácticas distintas de acuerdo a las necesidades del momento: crear conciencia y motivación para la segunda, la acción.

Con La Filantrópica, Duarte podría ser nombrado como el primer promotor cultural de nuestra historia, lo que encajaría perfectamente en la leyenda idílica que se ha tejido de él. Pero en ambas, lo que podemos encontrar es la obra y gestión de un revolucionario “cabeza caliente”, lo que nunca se ha querido decir por los perjuicios que envuelve esa palabra satanizada desde siempre por el autoritarismo clásico dominicano.

Porque Duarte no solo fue ante todo un político. Duarte fue un revolucionario, y por lo tanto no sólo una categoría moral o un idealista, sino un insurrecto integral en quien confluían en equilibrio la idea generatriz y la acción radical.

Por ello, como hombre que le da peso específico a sus palabras, elaboradas y expresadas sin literaturas ni medias tintas, dice terminantemente que “la República Dominicana tiene que ser libre de toda dominación extranjera” so pena de que se hunda la isla.

La frase en cuestión no es literaria, es política. Es ese tremendismo revolucionario que tanto nos gusta y nos motiva a la lucha donde se juega “el todo por el todo”.

Es el “¡Patria o muerte!” nuestro que no deja espacio a la indefinición. Es el lema de un revolucionario y no de un mojigato mohíno o de un comunista de café.

En *La Filantrópica* y *La Trinitaria*, fundadas por él, con él y en él, se encierra la idea y la acción. Son fases diferentes de una misma cuestión indisoluble en la acción revolucionaria.

Sin lugar a dudas, el Padre de la Patria fue un ideólogo y también hasta cierto punto un idealista, solo que en un país donde ser ambas cosas o ser sólo teórico es un insulto que descalifica. Plantear a Duarte sólo como eso es faltar a la verdad histórica y más aún, esconder en el supuesto halago cierta descalificación conveniente, ya que en la comparación con otros denuncia cierta trama para ensalzar a quienes no debemos hacerlo por sus fatales pecados capitales.

Es como insinuar que a Duarte le faltaba algo para ser como lo que es tomado. Tomar de Duarte solo la idea es como si no confluyeran en él el pensamiento, la pluma y la acción; como si no se pudiera poner en su pecho de héroe el fuego sagrado de los grandes conductores de pueblos.

El historiador don Emilio Rodríguez Demorizi, quizás el más prolífico de nuestros historiadores contemporáneos, no para descalificar a Duarte, pero para devolverle a Santana el lugar que perdió por su traición inexcusable, no duda en plantearlos como el binomio “de la idea y la acción”: a Duarte como la pluma y a Santana la espada. Es decir, es la unión del verbo y del machete.

Pero sucede que Duarte fue también un hombre de acción y de valor a toda prueba, dispuesto a jugársela en cualquier campo. Porque para desarrollar la labor tesonera y temeraria de la lucha que asumió Duarte contra 22 años de dominación, había que ser muy valiente, muy “guapo”, como decimos los dominicanos.

Durante la Revolución Reformista de 1843 contra la “dictadura boyerista”, Duarte se involucra en ella como para ensayar su propia revolución. Se involucra eufórico en los disturbios, participa en ellos arma en mano, sale de su casa con un arma blanca y luego se le ve con otra de fuego; afronta el peligro a despecho de los ruegos de sus familiares, todo como parte de un plan subversivo de largo alcance perfectamente articulado.

### **Duarte y la cuestión militar**

Duarte, así como todos los miembros involucrados en la conspiración, los incitados por él y por los demás miembros de la organización conspirativa que se apoyaron en la facilidad del servicio militar obligatorio impuesto por los haitianos, tenía formación castrense. Él mismo ingresa y hace carrera como cabo furriel.

El sólo hecho de estar en disposición a guisa directiva denuncia que el movimiento organizado por Duarte no se trata de un conjunto de muchachos organizados para los juegos florales, ni de un pasadía bailable, ni tiene tampoco la medida del cónclave de los enciclopedistas, o de las tertulias de la “academia griega”.

El movimiento de Duarte, amén de ser fundamentalmente subversivo, plantea la lucha armada no como alternativa, sino como única vía posible para la victoria.

No tiene nada que ver con lo que es un movimiento cívico, sino militar, el cual envuelve incluso la complicidad con tropas regulares compuesta por soldados dominicanos y un número considerable de oficiales.

Como Duarte ama profundamente la paz, se prepara para la guerra y va más allá del hecho mismo de la toma violenta del poder, de la necesidad de la guerra misma para consolidar la independencia pura en la que siempre creyó sin protectorados ni ningún otro tipo de enajenaciones a la soberanía nacional.

La guerra, como la continuación de la política por otros medios, constituye un sacerdocio para Duarte. Y esta posibilidad no se la confía a la casualidad ni a la improvisación, sino al entrenamiento y a la planificación que él mismo dirige y asume con su dirigencia. Y es de tal forma eficiente esta organización, que aún con su ausencia obligada, funciona con éxito la cadena de mando.

El Padre de la Patria recibió entrenamiento militar en la guardia nacional haitiana. Pero también sabemos que montaba bien el caballo, sabía disparar y como cabo furriel conocía del mantenimiento y sostenimiento de la tropa y todos aquellos aspectos administrativos de la vida castrense. Me refiero, claro está a la logística, que era la especialidad de Duarte en la vida militar.

En los deportes, pero también con el trasfondo de su preparación guerrera, Duarte practicaba la esgrima y todas las noticias que tenemos nos indican que se había hecho muy diestro en esta disciplina.

### **Duarte, revolucionario decidido. Su carácter, su vida personal y el machismo dominicano**

A pesar de todos los esfuerzos que se han hecho por pintar a Duarte como una especie de mojigato, casto y célibe, el Patricio

no tiene nada de “pusilánime” ni de “pendejo ilustre”. Tampoco de célibe. No sólo porque no lo era, sino porque no lo parecía ni siquiera para los parámetros machistas de entonces, mucho más arraigados que los de nuestra época.

Bastaría echarle un vistazo a la gran cantidad de jóvenes, y hombres hechos y derechos, que cautivó Duarte, y en quienes llegó a despertar en ellos incondicionalidad y fanatismo.

Lo antes mencionado luce absurdo e ilógico en la aclaración si no entendiéramos cómo en la cultura dominicana se mezclan el juego de gallos, la hombría, el valor, el sexo y la violencia.

Lo antes mencionado, visto a la ligera, no bastaría para redimir al Patricio de ese halo de timorato idealista que se le ha intentado fabricar, si no fuera por el hecho de que antes y ahora los dominicanos no suelen seguir a los hombres flojos ni a los mentecatos.

Duarte encantó y cautivó a la juventud de su tiempo. Y que conste, se trata de una sociedad que aún en nuestros días sigue siendo determinadamente machista.

Se denuncia también que había en Duarte esa virilidad que delata su copioso bigote y aquellas valoraciones que encierra nuestra cultura, que junto a sus atributos intelectuales componían la pócima de su carisma y liderato.

Para dar fe del carisma de Duarte, recordemos la frase de Pina el 16 de julio de 1844, cuando estando preso por las fuerzas santanitas dice:

*Prefiero la muerte antes de negar al hombre a quien venero como Padre de la Patria y Fundador de la República.*

Cuando en julio de 1844, para justificar su expulsión del país el “orcopolita” de Santana declara a Duarte traidor a la Patria, lo cual figura en un documento que ha llegado hasta nuestros días –aparentemente poco publicitado–, paradójicamente se denuncia en él no sólo las ironías y blasfemias del déspota del Prado y sus proteos contra el Fundador, sino también sale a flote en sus insultos la verdadera personalidad revolucionaria y poco mansa del Fundador de la república: agitador, disociador, enemigo de la unión nacional, propiciador del caos, peligro para la paz pública. Anarquista. Perturbador.

El odio de Santana y su grupo contra Duarte, pero sobre todo el de Bobadilla, no estaba basado en la antipatía personal. Tampoco en el trasfondo de sus ideas, sino en su acción política, en su peligrosidad como jefe de una revolución.

No es la sentencia del Areópago lo que lleva al gran Sócrates al suplicio acusado de pervertir a la juventud, sino la acción del dirigente de armas a tomar, cuyo liderazgo ejemplar había planificado, ejecutado y desencadenado la revuelta febrerista luego de una lucha prolongada.

En noviembre del mismo año, ya Duarte exilado, después de votada la Constitución, todavía el gobierno encabezado por un guerrero sigue temiéndole al Duarte revolucionario y a sus seguidores, por lo que evacua otro documento que recrea su peligrosidad. Lo que cabe decir es que el gobierno de Pedro Santana le temía “al muchachito ese de modales finos”.

¿Por qué llover sobre mojado esgrimiendo la pica del poder contra un joven idealista manso en un país con un ochenta por ciento de analfabetismo y de hombres rústicos,

fundamentalmente rurales, no tiene explicación ni se tratara de un pelele?

Dentro del concepto del autoritarismo clásico dominicano, esto quiere decir que Duarte era “un hombre fusilable en cualquier gobierno”; un “cabeza caliente” a quien Santana no fusiló sólo porque don Abraham Cohén, el judío que financió la independencia y con el que nos hemos portado muy mal no recordándolo debidamente con el peso de su acreencia en favor de la causa nacional y su autoridad social, le exigió al dictador que no lo hiciese, ofreciéndole recursos económicos para costear su expulsión: “fusilar a ese hombre de ningún modo, ni que usted estuviera loco”.

Antes de eso, y tras el retorno de Duarte después del “levantamiento febrerista”, Bobadilla, jefe de la Junta Central Gubernativa, le regatea a Duarte el rango de general con que lo aclaman sus partidarios en el ejército y ello demuestra su temor a la jefatura que de hecho tenía el Padre de la Patria.

“También se ha dicho poco sobre que fue el partido de Duarte, y bajo su dirección, el que escenificó el primer golpe de Estado de nuestra historia el 9 de junio de 1844 para derrocar a los elementos antinacionales del partido conservador que dirigían el organismo gubernamental. Para el momento, el objetivo no solo era llevar a Duarte a la presidencia con su proyecto de Constitución liberal, sino retomar el control de la revolución que había gestado el Patricio y que le habían arrebatado en su cuna los conservadores apátridas.

Pero Duarte no manda, Duarte va, y en persona. Acompañado de unos cuantos amigos, se dirige a la hoy fortaleza

Ozama, donde la tropa estaba acuartelada, y le ordena al capitán Rodríguez el aprisionamiento de Bobadilla, Caminero, Báez, Delmonte y Ruiz, quienes huyen y se esconden despavoridos.

Para ello, Duarte no está encerrado en el gabinete del estu-  
dioso o metido en la cueva medrosa del conspirador. Está en  
campana política y patriótica por los pueblos del norte misio-  
nado por la nueva junta, y será durante esas labores cuando será  
finalmente arrestado después del contragolpe santanista.

### **¿Duarte manso? ¡Qué va, gallo, qué va!**

No era hombre manso el Padre de la Patria, ni resignado, ni  
miedoso; siempre afrontó el peligro y asumió sin titubear sus  
responsabilidades, tanto el plano político como en el militar.

Cuando le toca darle cumplimiento al decreto que lo de-  
signa para compartir la jefatura del ejército expedicionario del  
sur, Duarte parte veloz para el teatro de guerra apenas con  
un pequeño Estado Mayor, a sabiendas de que va hacia una  
celada a disputarle una jefatura a un tosco y áspero señor, jefe  
natural de un ejército prácticamente personal, cuya lealtad te-  
nía que ver más con la soberanía truculenta del ható y sus  
relaciones patrimonialistas de poder que con las instituciones  
de la República.

¡Vaya ironía! En este trance es el civilista, el ideólogo capita-  
lino, el señorito decente y educado el que le reclama al guerrero  
recio su pronta entrada en la acción y quien le echa en cara  
además “sin dorarle la píldora” su inactividad en Sabana Buey.

La enemistad que se sella en Sabana Buey marcará la historia de la república, pero tampoco se supongan que es fruto de la casualidad.

En la capital, Duarte apremia al gobierno desesperadamente para que lo manden al campo de batalla. Bobadilla aprovecha su ímpetu y vehemencia para poner en ejecución un plan artero que pondrá a Duarte en el camino posible del cadalso y la desgracia con una perversidad basada en dos realidades descaradas: primero, el mando de ningún ejército se comparte con nadie, y menos el de ese ejército, compuesto por los compadres, capataces y peones de siño Pedrito.

Segundo: Santana, por su temperamento hosco y celo por su jefatura, no se pondría de acuerdo jamás con Duarte, así como Duarte, el revolucionario, “hombre de pelo en pecho”, nada manso y a quien le sobraba el coraje y la dignidad, jamás se pondría de acuerdo con el “hatero del Seybo”, ni se subordinaría nunca a Santana.

En el decreto, cuidadosamente elaborado, conociendo las dos personalidades diametralmente opuestas, estaba basado el destino político aciago de la república.

“El encuentro del desencuentro”, sin embargo, nos deja como producto, además del interés de Duarte de ver acción guerrera, que el patricio no abandona espontáneamente su interés, sino en virtud a un decreto que desarma su intención tras el pedimento reiterado de Santana de que lo alivien de esa incómoda y obstinada presión, que no era más que la honradez a toda prueba de Duarte, quien rinde al gobierno, de su puño y letra, una relación detallada de los gastos de su gestión en el

sur para sentar así un precedente muy atípico, antes y después, sobre el manejo y destino de los fondos públicos, aun cuando se trate de magras cantidades.

Yo reniego también recalcitrantemente de la especie que se ha difundido para resaltar el desinterés de Duarte, referente a que no quiso ser presidente. Duarte fue siempre desinteresado con los objetos materiales, algo que lo singulariza y distingue de la mayoría de nuestros políticos de ayer y de hoy, aunque no así políticamente hablando: el Patricio estuvo interesado por los problemas del país y las fórmulas para remediarlo. Si Duarte no fue presidente fue porque la fuerza militar al servicio de las corrientes conservadoras se lo impidió a riesgo de su propia vida. En esa puja, sus adversarios llegaron hasta el abuso, la prisión, el exilio y la desconsideración.

Fue una terrible conspiración conservadora y antinacional la que nos privó del Duarte presidente, asentada en el dominio secular hatero sobre la fuerza militar.

Esas mismas fuerzas retrógradas y reaccionarias derrocaron a Jiménez, fusilaron a Salcedo, obligaron a renunciar a Espaillet, exiliaron a Luperón, soldado combativo de la democracia, como también derrocaron a Bosch y asesinaron a muchos otros mártires de la democracia.

### **Esas aparentes cosas baladíes que son tan importantes**

Hay otros aspectos sobre Duarte que nos hubiese gustado saber no sólo para saciar nuestra curiosidad histórica, sino para buscar esos bajaderos necesarios para hacerlo llegar hasta nosotros.

A mí, por ejemplo, me gustaría saber, como a muchos otros dominicanos, qué le gustaba comer al Padre de la Patria; si era dulcero o si le gustaban las fritangas o los caldos. Si fumó alguna vez; si le gustaban los gallos, como a Jiménez, las tisanas como a Santana, el café o el jengibre como a la mayoría de los dominicanos.

¿Era bailador el Patricio como Bolívar o Mon Cáceres? ¿Le gustaban los tragos, como se dice de Mella o Florentino? ¿Las cosas finas, como a Washington? ¿Era muy enamorado, como Sánchez, Perdomo, Jefferson o el mismo Libertador?

A nosotros no nos cabe duda de que Duarte sentía gran atracción por el bello sexo, no sólo por lo que se habla de las novias de Duarte en los apuntes de su hermana Rosa, quien cuida la memoria de su hermano defendiéndolo contra los prejuicios de su época, en la cual las mujeres eran tan recatadas que teniendo la vocación de criptógamas, solían serlo más si eran como las “jamonas” de otros tiempos.

Por eso Rosa habla con cuidado cautelar de los amores de su hermano, aunque debemos reparar en otras referencias de la tradición oral desteñida por décadas de divinización premeditada, que casi nos murmuran con el sigilo del pecado.

Cabe pensar en cómo fueron los amores clandestinos de Duarte en San José de los Llanos o el fogarató que se siente en las líneas de su ensayo de diario en Alemania, cuando habla de esas mujeres rubias cuya alusión sin duda alguna descompone su pretendida indiferencia por esas cosas banales de la carne.

Estudiosos como el puertorriqueño Padilla D’Onix, casi a riesgo de ser excomulgados, se atreven a mencionar que Duarte

procreó una hija llamada Sandalia con una prima del campo que vivía en su casa. Adicionan incluso que la niña fue tomada como hija del padre del Patricio. Es este investigador boricua quien habla también de los amores de Duarte en San José de los Llanos.

Claro que no se trata en ningún caso de los entretes lúbricos que paradójicamente celebramos en aquellos “padrastrós” que nos han impuesto el autoritarismo dominicano, esos cuyas anécdotas celebramos con picardía y hasta con cierta satisfacción.

No se trata de las amantes clandestinas de Santana y sus hijos adulterinos, ni de las muchas queridas de Báez con los hijos de su soltería. No se trata de las famosas amantes de Lilís, de las pasiones encendidas de Trujillo y sus múltiples novias y amancebadas. Tampoco de los muchos romances y amantes de Balaguer, quien parece querer purgar en la pretendida castidad de Duarte sus muchos amores y descendencias.

Duarte siempre renegó de la imagen tan caudillista del “gallo padre”, adversa la idea de ser “ese gallo de Quisqueya que es de pura calidad”, tan culpable de la paternidad irresponsable y otras taras sociales.

Pero Duarte fue un hombre en el sentido normal de la palabra: enamorado, amante y suponemos que apasionado. No procreó descendencia conocida, porque como otros grandes auténticos revolucionarios, consagró su vida a la causa nacional, la que absorbió sus otros aspectos familiares. No por eso, sin embargo, se puede argumentar que Duarte no quería a su familia, a la que amaba entrañablemente.

Duarte se inclina al sacrificio no porque tenga una marcada vocación personal por el mismo, sino como ofrenda preciada que

paga vehemente como retribución a sus convicciones, a lo que hay que agregar el alto costo por su accionar político.

No es que a Duarte le gustara el sacrificio, sino que no dudaba en sacrificarse por la causa que convirtió en *leitmotiv* de su existencia. En su apuesta por la nación, se lo juega todo: su seguridad, su bienestar, su patrimonio y hasta sus afectos.

No es una fuerza ciega la que guía su destino aciago. Son las consecuencias de posiciones que no transigen en lo más mínimo con el despropósito de sus enemigos, lo que marca el transcurrir de su camino.

Duarte es claro cuando afirma que no ve en la cruz el símbolo del sufrimiento, sino el de la redención. Con esa frase lo dice todo como resumen de las causas de vida y de avatares.

Los avatares de una vida de lucha, los sufrimientos, el exilio, los desengaños, las inconsecuencias, los estragos de pobreza prolongada deterioran su salud y lo envejecen prematuramente.

Como si fuera una especie de sacrilegio o profanación abominable, no se habla de la salud del Patricio ni se han hecho estudios profundos al respecto. Como tampoco se ha escudriñado lo suficiente sobre las actividades que realizaba el hombre para mantener vivo al hombre.

Se discute entre murmullos si al final de su vida Duarte se sustentaba dignamente con la venta de velas en Caracas o si tenía una especie de fábrica casera desde la cual vendía también ese producto. Y todo ello se insinúa entre murmullos, como fruto de unos escrúpulos inconcebibles, sin reparar que ambas cosas, sin gradualidades absurdas, identifican a Duarte con miles de dominicanos que viven actualmente de la economía informal.

Máximo Gómez, por ejemplo, se ganaba la vida como agricultor, no como empresario agrícola; y Martí no duda en decir en alguna de sus cartas que por sus privaciones: “Gómez se nos muere de hambre”.

Gómez mismo no esconde que muchos de sus hijos murieron víctimas de la pobreza. Y nadie oculta que el generalísimo banilejo murió tal vez por descuido, así como Bolívar murió de tuberculosis.

El apóstol Martí tuvo muchos mecenas en el exilio... De seguro Duarte los tuvo también, aunque nadie los menciona o se han mencionado muy poco.

No se relaciona su militancia política por la libertad del pueblo dominicano con la acción de catequizar indígenas en las selvas venezolanas. Aparte de su fe religiosa, que tanto se destaca como una forma difícil de mantenerse vivo en el extranjero ejerciendo tan duro magisterio, al parecer esto lo libraba de la mendicidad. Para ello, no requería de más credenciales que su disposición y la amistad de un cura que conocía de su vocación y de sus necesidades.

En ese aspecto, nadie se atreve, por ejemplo, a hacer un estudio facultativo como se ha hecho con muchos personajes históricos sobre el perfil mental del Padre de la Patria, quien ha sido catalogado como “el más sano mentalmente de nuestros políticos” y así lo ha llamado el siquiatra José Miguel Gómez. Es el historiador Orlando Inoa, en un estudio magistral y reciente sobre la vida de Duarte, quien insinúa con pruebas documentales de cierta distorsión con respecto a la realidad que tuvo que enfrentar el prócer en la parte final de su vida.

Como hombre de carne y hueso, Duarte no fue infalible. Cometió errores políticos como todo el que se dedica a esta actividad, además de otros personales que nadie se ha atrevido a mencionar ni a estudiar, pero tengo la seguridad de que tras la experticia científica de los mismos, podríamos comprenderlo mejor y comprendernos mejor todos nosotros.

De estas tareas por hacer, tengo la certeza de que la memoria de Duarte saldrá fortalecida en su calidad de personaje integral. De no ser así, sin arreglos ni artificios, recibiríamos el beneficio de aprender también de sus fallas.

La historia no se puede corregir, pero tampoco podemos analizar lo que nunca sucedió. Por ello, debemos ser objetivos, ejercitar la verdad que siempre exhibió Duarte como la única manera encontrar a Duarte.

Si no fuera por el famoso ideario y los apuntes de Rosa Duarte, el Patricio sería aún más desconocido. Diecisiete años de predominio conservador, polarizados en la alternabilidad de dos dictaduras represivas y antinacionales, diluyeron casi por completo su recuerdo.

Empeñados en borrar sus huellas, las fuerzas negativas del país contribuyeron a que se fueran perdiendo documentos y antecedentes importantes, mientras la persecución a sus familiares y relacionados atrincheraron en la memoria de algunos fieles reminiscencias deshilachadas que fueron pasando de tímidas a distorsionadas entre los descendientes de los mismos como prendas sagradas.

A esto contribuyó también la disidencia de algunos de sus amigos, las rivalidades políticas y la larga ausencia obligada del

Patricio. Y eso explica por qué inclusive entre los restauradores que fungieron en otra gesta, los que podríamos llamar sus herederos políticos, Duarte no fue un antecedente, como no lo fue para el propio Duarte la gestión de Núñez de Cáceres y otros precursores, que como Ciriaco Ramírez se perdieron en el tiempo.

El principal motivo de este fenómeno es el fracaso político desde el punto de vista de no haber ejercido el poder en un país caudillista y luego presidencialista.

Afortunadamente, también el padre de la historia dominicana, que fue teniente en la guerra dominico haitiana, era persona relacionada de los Duarte por nacer y vivir en la misma vecindad. Y aunque mucho más joven, se podría decir sin reservas que era duartiano por convicción.

El otro daño vino después, cuando comenzó la idealización de Duarte. Supongo que conociendo nuestras mañas –lugares comunes de nuestros falsos escrúpulos–, hubo gente que, creyendo en los huevos de la lechuza y quizás de muy buena fe, escondieron datos, cosas y evidencias de su mortalidad en pos de moldear la perfección del ícono que conocemos, negándonos así el hombre.

La prueba de lo antes dicho surge por contraste; ese afán apologético e iconoclastico no aparece en otras figuras políticas dominantes ya desaparecidas, en cuyos casos su mortalidad sale irremediablemente.

Nosotros sabemos, por ejemplo, que a Sánchez Ramírez le gustaban las medallas y los sombreros de pluma al igual que a Trujillo; que sufría del hígado, que hablaba con muchísimos dicharachos y gustaba mucho de las mujeres.

Sabemos que Ciriaco era un gigante; conocemos las manías de Bobadilla, las limitaciones de Valerio. Sabemos que Antonio Abad era gordo y que Francisco del Rosario tenía problemas uretrales y ojos de fiebre.

De Santana sabemos que fumaba cachimbo y cigarro, que era medio taciturno, que gustaba dormir y sestear en la hamaca, que era modesto, que gustaba de los caldos, que decía muchas palabrotas, que era mercedario y altagraciano, que le gustaba casarse con viejas para extender el fundo, que por ello tuvo descendencia con amantes que eran sus comadres y que los hijos que eran de su carne decía que eran sus ahijados. Que sufría de hidroceles y de jaquecas y que Luperón dijo que era honrado. De Jiménez sabemos que gustaba vestir elegante y que era fanático de los gallos. Florentino vestía bien, bebía ron, era muy mujeriego, buen jinete y muy bueno con el sable.

De la humanidad de Sánchez, Mella y Luperón, de Báez, de Pepillo y Gaspar Polanco sabemos muchísimas cosas, pero de Duarte no sabemos cosas que deberíamos saber, no porque fueran defectos, sino porque son perfectamente irremediables y humanas.

## **La divinización de Duarte como gran proyecto conservador**

La pregunta interesante sería determinar si este proceso de negarnos el Duarte de carne y hueso es fortuito, fruto de la pasión histórica. Si es patriotismo exacerbado, afán apologético, escrúpulos tardíos, admiración desmedida, prosopopeya, o si el proceso de divinización del Patricio tiene un marcado fin político.

De muchas maneras, negarnos a ese Duarte de carne y hueso es negarnos la nación misma y hasta la misma democracia.

Yo estoy convencido que más allá de las ingenuidades y los eufemismos, ha existido toda una conjura política centenaria, toda una conspiración conservadora al respecto, que ha rendido sus frutos y ha dejado muchas huellas interesantes, como si nos cambiaran el santo del altar de nuestra adoración por otro ícono que, aunque parecido y no menos bello, no es el verdadero, no es el real por no estar santiguado por la realidad.

La dinámica es obvia... Los conservadores adversan a Duarte; lo satanizan primero, lo exilian por su peligrosidad ante la imposibilidad de fusilarlo y lo destierran para sacarlo de juego. La leyenda negra que se teje alrededor del héroe se mantiene por un tiempo sin reparos, no sólo por el predominio de Santana en la vida nacional, sino porque los liberales que no se pliegan a su poder son fusilados y expatriados también.

El golpe mortal lo reciben las corrientes liberales progresistas cuando Jiménez es derrocado en 1849. A partir de entonces, la Primera República se debatirá entre el duelo de dos caudillos conservadores: Pedro Santana y Buenaventura Báez.

Ante el desmembramiento del Partido Liberal, y tras el fusilamiento de los Puello, de Manuel Mora y de Matías de Vargas, y luego de la ejecución del general Antonio Duvergé y de De la Concha, queda la república a merced del dominio conservador, el que no logra perturbar ni siquiera la Revolución de 1857 contra Báez, arrebatada por el liderato militar de Santana, quien ingenuamente requerido y en oportunidad, “se alza con el santo y la limosna”.

El arma entonces contra Duarte en todo este periodo es el olvido, un olvido terrible que embargará también a los restauradores no obstante las diligencias de Duarte y su regreso en medio de la guerra para participar en ella, poniéndose a su servicio sin condiciones solo para percatarse personalmente de que en tan solo 20 años de predominio político, sus enemigos han convertido su liderato y su prestigio en una sombra difusa que apenas los más viejos recuerdan.

Moscoso Puello refiere en su novela histórica *Navarrijo*, dando cuanta de este olvido, que su padre le contó que cuando Meriño fue encargado por el presidente Heureaux para que leyera el panegírico para sepultar los restos del Padre de la Patria, expatriados desde Venezuela, exclamó con cierta molestia: ¿Y qué voy yo a decir de este pobre hombre?

¡Imagínese el lector! Si eso lo dice el prelado católico, ex presidente de la República, intelectual destacado, ¿qué pensaría el hombre común sin formación, información, y sin escolaridad?

Entonces viene el gran indicio en reparar: ¿por qué es un déspota quien inicia la reparación histórica de Duarte y por qué es el mismo déspota quien lo proclama oficialmente Padre de la Patria?

Trujillo, que se metió con todo en este país, nunca tocó la figura de Duarte, reconociéndolo incluso como Padre de la Patria. Claro está, colocándose él mismo como “Padre de la Patria Nueva”, lo que de alguna forma, siendo algo aberrante por la megalomanía del dictador, no repara en reconocer el lugar cimero del fundador, sencillamente porque el que se quiere igualar a la grandeza, reconoce la grandeza del otro, aunque su intento sea fallido.

Pero es Joaquín Balaguer, líder indiscutible del país conservador, déspota ilustrado de indudable genio político y de reconocida astucia en este sentido, quien sin querer, aunque sutilmente, rasga el velo del templo y nos deja ver la conjura centenaria conservadora.

Duartiano destacado y reconocido a pesar de no imitarlo en su agenda política, el seis veces presidente de la República, quien gobernó por 22 años la nación en medio de la dictadura de Trujillo a la que sirvió incondicionalmente desde varios cargos públicos incluyendo la discutida posición de presidente títere, es el que esgrime literariamente la pica contra Santana, cuando el régimen de Trujillo está envuelto en su exaltación y reparación histórica.

Plazas, puentes y municipios son bautizados con su nombre. La academia militar es nombrada con su principal gloria militar, y en el discurso de inauguración en el 1956, de seguro escrito por el propio Balaguer, Trujillo no duda en compararse con Santana mismo, salvador de la República.

Pero resulta que Balaguer fue el autor de *El cristo de la libertad*, principal instrumento literario de la divinización de Duarte, pieza clave del artificio distorsionador que nos niega al Duarte de carne y hueso, y en esta apología formidable nos brinda, sin sospecharlo, los elementos que reforzarán nuestra tesis.

Porque el Duarte de *El Cristo de la libertad* ni siquiera es un cristo; es totalmente divino, sin tachas, sin máculas ni lunares; sin faltas, sin flaquezas, con todos los dones y sin pecados por mínimos que fuesen. Es un ser providencial, nacido para

el sacrificio; una especie de “cordero pascual” que ni siquiera se queja ni se resiste, ni al cuchillo que apunta su cuello, ni al tabernáculo abominable que lo espera.

Duarte, por encima de esa cosa sucia que es la política. Duarte por encima del bien y del mal. Duarte etéreo, sublime, descarnado, siempre ausente, sólo idealista, idealizado.

Y ahí está el gran juego... Nada de lo dicho es aparentemente malo. Lo malo es que como hubiese querido el mismo Duarte, el artificio no nos sirve para articular el ejemplo deseado.

Se quiere que seamos como ese Duarte, no como el verdadero Duarte revolucionario, inconforme, políticamente activo, testarudo, obcecado.

Lo que sucede es que con ese Duarte desprendido y manso, arrebatado por el cielo, se ha querido y se quiere incubar en el pueblo dominicano la resignación, el conformismo, la tolerancia, la paciencia, la obediencia y hasta una mansedumbre cívica perniciosa.

Se quiere que seamos como ese Duarte, y el autoritarismo clásico dominicano del cual Balaguer es el más culto, sabio, hábil e inteligente de sus oficiantes, persigue, so pena de excomunión, a quien se atreva a decir lo contrario. El objetivo es que seamos como ese Duarte para entonces seguir gobernándonos como lo hizo Santana.

Cualquier intento que se opone al proyecto de la verdad es irreverente. Una corte puritanita con sus melismas le cierran el paso; no faltan los ilustres que ante cualquier razonamiento se rasgan las vestiduras y claman la abominación.

## **El hombre de carne y hueso sobre su propio pedestal**

La verdad está a flor de piel en el accionar de gobernantes y gobernados. La verdad está sobre el tapete en la desgracia de nuestra democracia vacía de contenido social, y en la vigencia persistente de Trujillo y sus formas, reflejado en un Estado hecho a su imagen y semejanza. Aun en la negación de ese mismo Duarte de escaparate y en las burlas a las ideas del Patricio.

Sólo la búsqueda y reencuentro con el verdadero Duarte, el revolucionario integral con la categoría moral del ciudadano activo y el accionar del político militante, puede interrumpir la marcha inconvenientemente exitosa del autoritarismo clásico dominicano: férreo, abusivo, injusto y desconsiderado.

Sólo el ejemplo del Duarte de carne y hueso puede traernos la gracia humana de la verdadera democracia y un ordenamiento político no aparentemente divino, donde los partidos de corriente liberal, cuando lleguen al poder, no hipotequen la esperanza de las mayorías, vendiéndole su alma al diablo de los intereses más retrógrados y conservadores.

En los gobiernos autocráticos del país siempre ha existido la mala costumbre de que la palabra se pasee por un camino y la realidad por otro. En ese desdoblamiento de la verdad, la mentira sigue reinando en todos los gobiernos que hemos padecido, y por lo tanto, en una gran parte de la sociedad y de todo el país.

Sólo el ejemplo emanado del Duarte de carne y hueso puede lograr que hagamos coincidir los dos caminos, de manera que la verdad al fin reine, devolviéndole con ello a la palabra su verdadera connotación.

Duarte no puede ser una pieza inerte de museo o de veneración, ícono de oro como materia sorda en un escaparate de cristal.

Duarte no puede ser tan sólo un “producto para uso externo solamente”. Duarte es una lección que debemos aprovechar desde su condición irremediabilmente humana. Sabiendo que Duarte puede estar vivo con su obcecada naturaleza en nuestra semejanza, podremos seguir su ejemplo.

Duarte no puede ser un grito que se esconda. Duarte no puede ser una voz que se apague. Duarte no puede ser una hermosa mentira, una falacia bella o el disfraz preciosista de nuestra propia verdad.

Duarte no puede ser lo que un grupo quiera, ni el escrúpulo sagrado de los que mandan, ni el argumento manido de los hipócritas puritanos, el escudo de los conformistas o la pieza de nuestra resignación. Tampoco debe ser Duarte el rompeolas de nuestras culpas ancestrales, ni el pararrayos de nuestros errores. Duarte no puede ser el argumento intocable para que nos sigan cogiendo de pendejos, alimentando nuestra paciencia y resignación con falsedades.

Duarte debe ser lo que fue y no debemos desperdiciar su ejemplo en cándidos eufemismos inocentes.

Carne de nuestra carne, huesos de nuestros huesos, símbolo enhiesto de nuestra causa y de esos dilemas no resueltos de la dominicanidad. Espejo fiel debe ser Duarte para ver reflejada en él nuestra propia gloria de dolores y de alivios.

Duarte es la verdad y debe ser la verdad. Duarte es la justicia y debe ser la justicia. Duarte es la solidaridad y debe ser la

solidaridad. Duarte es la política y debe ser la política. Duarte es la defensa del país y debe ser la defensa nacional. Duarte es la revolución y debe ser la revolución. Duarte, finalmente, es la democracia y debe ser la democracia.



## biografía

JUAN  
DANIEL  
BALCÁCER

Historiador, miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia, de la Academia de Ciencias de la República Dominicana y del Instituto Duarte. Ha sido profesor universitario de historia dominicana y es frecuente colaborador de los principales periódicos y revistas dominicanos. Ha publicado diversas obras sobre temas históricos, entre las que destacan *Ensayos históricos de Manuel Arturo Peña Batlle* (Compilación, 1989), *Papeles y escritos de Francisco J. Peynado* (1994), *Vicisitudes de Juan Pablo Duarte* (1994), *Pensamiento y acción de los Padres de la Patria* (1995). Es coautor de *La independencia dominicana* (Madrid, 1992), *El siglo XX dominicano. Economía, Política, Pensamiento y Literatura* (1999), *Cultura y sociedad en la República Dominicana del siglo XX* (2000), y *Trujillo. El tiranicidio de 1961*, Premio Feria del Libro Eduardo León Jimenes. En la actualidad preside la Comisión Permanente de Efemérides Patrias.

## biografía

JOSÉ  
CHEZ  
CHECO

Nació en 1949 y estudió filosofía en el Pontificio Seminario Mayor Santo Tomás de Aquino y en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (1967-1972). En esa Universidad obtuvo el grado de Licenciado en Historia *Magna cum Laude* (1972-1975). Es, desde 1996, Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia (Sillón I).

Es autor del libro *Temas históricos*, editado por la Universidad Central del Este, en 1979; y de las obras publicadas en 1988 por Brugal y Co., C. por A., dentro de su Colección Centenario: *El ron en la Historia Dominicana, Tomo I; Vocabulario del ron; 267 cocteles con Brugal* (Compilador) y *Epigramas sobre el ron Brugal, 1906-1911* (Para la historia de la publicidad y de la vida cotidiana en la República Dominicana). En 1989 Editora Taller publicó su obra *Ideario de Luperón* de la cual se han realizado tres ediciones. De 1995 a 2008 ha publicado dieciséis títulos dentro de su “Colección Historia Total”. En 1996, con los auspicios de la Fundación Montás, fue

editada su investigación *La familia Montás en la Historia Dominicana, 1716-1995. Cronología*, y fue publicado su ensayo *El presbítero y comendador Gabriel Moreno del Christo: París o las pampas del Guabatico*, que fue su discurso de ingreso como Académico de Número de la Academia Dominicana de la Historia, pronunciado el 25 de abril del mismo año y publicado en el Núm. 154 de *Clío*, órgano de dicha institución. En el 2000 fue publicada su obra *La Telefonía. Presencia y desarrollo en la República Dominicana* (Vol. III, Colección Cultural Codetel). En 2008 escribió la Introducción de la Primera Sección del Volumen III de la Colección Pensamiento Dominicano: *Biografías y evocaciones*, que auspician Banreservas y la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, y compiló la obra *Imágenes insulares. Cartografía histórica dominicana*, auspiciada por el Banco Popular. En 2011 publicó la obra *Montesino 1511. Dimensión universal de un sermón*.

Ha escrito, con Rafael Peralta Brito, las obras *Azúcar, Encomiendas y otros ensayos históricos* (Ediciones Fundación García Arévalo, 1979) y *Religión, Filosofía y Política en Fernando A. de Meriño: 1857-1906*, (1979). Es coautor, además, de los textos del *Álbum Indios de Quisqueya*, Colección Educativa-Cultural (1982), y de los libros de colorear para niños *Nuestros Indios* (1987) y *Descubrimiento y Conquista* (1988), publicados por la Fundación García Arévalo. El primero de ellos fue publicado en francés, en 1994, por Musées de la Ville de París. En 1997 fue editada su obra *El Palacio Nacional. 50 años de historia y arquitectura*, escrita con la colaboración de Emilio José Brea García y Denise Morales, arquitectos, y publicada por la Se-

cretaría Administrativa de la Presidencia. En 1998 fue editada por CODETEL su obra *Santo Domingo, elogio y memoria de la ciudad*, escrita conjuntamente con Marcio Veloz Maggiolo y Andrés L. Mateo, y en 2002 escribió, con Abelardo Jiménez Lambertus, los textos de la obra *El arte sacro colonial en Santo Domingo*, editada por la Fundación de la Zona Colonial. Inc. En 2006 fue publicada su obra *El Senado de la República, historia y porvenir*, escrita con Mu-Kien Adriana Sang y Francisco Cueto Villamán, editada por el Senado de la República Dominicana, y en 2008 fue publicada, en tres tomos y con los auspicios de Empresas León Jimenes, su obra *El tabaco. Historia general en República Dominicana*, realizada con la historiadora Mu-Kien Adriana Sang, que obtuvo el Premio Nacional de Historia José Gabriel García 2008, en la modalidad de Ensayo de Investigación e Interpretación. En ese mismo año publicó, con Juan Daniel Balcácer, la obra *Marcos A. Jorge Moreno. El último Ayudante Militar de Trujillo*. En 2010 fue publicada por la Cámara de Diputados de la República Dominicana su obra, escrita con la historiadora Mu-Kien Adriana Sang, *Historia de la Cámara de Diputados. Tomo I. 1844-1978*.

Santo Domingo, República. Dominicana,  
1 de diciembre de 2011.

## biografía

**JORGE TENA REYES** Académico, historiador y ensayista egresado de la Universidad de Santo Domingo y de la Central de Madrid, hoy Complutense. Posee especialidad en Historia de América y en Literatura Hispanoamericana. Gracias a su maestro Máximo Coiscou Henríquez se inició en el estudio de la vida y obra de Pedro Henríquez Ureña hasta convertirse en un amplio conocedor de la trayectoria del insigne humanista y maestro. Fruto de esa labor surgieron las obras *De mi Patria*, *Epistolario de la Familia Henríquez Ureña*, en dos tomos, y un tomo titulado *Ponencias*, una recopilación de las presentaciones hechas en el Congreso celebrado en honor a Pedro Henríquez Ureña con motivo del quincuagésimo aniversario de su fallecimiento.

Otras obras frutos de la labor intelectual de Jorge Tena Reyes son: *Duarte en la Historiografía Dominicana*; *Apolinar Téjerra: Reflexiones Históricas*, con una Reseña crítica y bibliografía; *Manuel Aturo Peña Batlle en la Historiografía Dominicana*, Serie Seminario Unibe; *La Trinitaria. Fun-*

*dación, Desarrollo y Acciones*. Intec. Monografía no.007; *Oviedo y Las Casas*, antología, Biblioteca de Clásicos Dominicanos, vol. IV, Fundación Corripio, Inc.

A su paso por la Secretaría de Estado de Educación, propició la edición de más de 52 obras de autores nacionales. Entre ellos: *Dilucidaciones Históricas I y II*, de Fray Cipriano de Utrera, así como dos tomos de los escritos de Abigail Mejía; cinco tomos titulados *Escritos de Vetilio Alfau Durán* en Clío y en el Listín Diario, así como una *Antología Mayor de la Literatura Dominicana*, en cuatro tomos, elaborada por los consagrados escritores, Manuel Rueda González y el Lic. José Alcántara, entre otras obras más.

## biografía

ORLANDO INOA Historiador y editor dominicano. Ha escrito sobre historia agraria e historia social. Dirige la editorial Letra Gráfica.

## biografía

JOSÉ  
MIGUEL  
SOTO  
JIMÉNEZ

Nació en Santiago de los Caballeros, el dos de marzo del año 1956. Es actualmente el Presidente de la Fundación V República. Organización sin fines de lucro que escudriña el ámbito de la historia con fines de un proyecto de nación.

Además de desempeñar el cargo como Secretario de las Fuerzas Armadas Dominicanas en el período comprendido entre el año 2000 hasta el 2004, ha desempeñado otras funciones dentro de los Institutos Castrenses que le han merecido varios reconocimientos tales como: condecoraciones nacionales e internacionales, cartas de encomio, premiaciones y distinciones que ha recibido por el ejercicio de su labor dentro y fuera de las Fuerzas.

Ha publicado las obras: *Evasión*, en 1974, *Dualidades*, en 1975; *Otras Muertes*, en 1976, *Poemas al Abuelo*, en 1977; *Areito de Simú*, en 1979; *Mentiras y Fundamentos para una Historia*, en 1981 y *Colonialigrama*, en 1982.

En el ámbito histórico ha escrito: *Semblanza de los Adalid Militares de la*

*Independencia*, en 1979; *La Reconquista*, en 1984; *Efemérides Militares de la Independencia y Cronología de Independencia*, así como los ensayos: *La Fuerza Militar en la República Dominicana*, *Defensa, Seguridad y Democracia* y *Los Motivos del Machete*. Este último libro le mereció el Premio Nacional Feria del Libro “Don Eduardo León Jiménez, en el año 2001.

En diciembre de 2006 publicó el libro *Memorias de Concho Primo*. Su más reciente obra *El Trujillicón*, fue publicada en febrero de 2011.

COLECCIÓN DEL BANCO CENTRAL  
DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

SERIE ARTE Y LITERATURA

Alcántara Almánzar, José

*Catálogo de la colección del Banco Central* (en colaboración  
con Luis José Bourget)

*La aventura interior* (1ra. ed. 1997, 2da. ed. 2008)

*Pedro Henríquez Ureña : antología mínima* (prólogo, selección y  
apéndices)

Almánzar R., Armando

*Arquímedes y el Jefe y otros cuentos de la Era* (1ra. ed. 1999, 1ra. reimp. 2008)

*Concerto grosso*

*Thanksgiving Day*

Álvarez, Soledad

*De primera intención : ensayos y comentarios sobre literatura*

Amiama Castro, Octavio

*Xavier Amiama, pintor de la noche de Haití*

Avilés Blonda, Máximo

*Cuaderno de la infancia* (1ra. ed. 1998, 2da. ed. 2007)

Banco Central de la República Dominicana. Departamento Cultural (Editor)

*Dos coloquios sobre la obra de Juan Bosch*

*Los tesoros artísticos del Banco Central* (catálogo)

*Pinacoteca* (1ra. ed. 1999; 1ra. reimp. 2001; 2da. reimp. 2003;

2da. ed. 2005; 3ra. ed. 2009)

Beiro Álvarez, Luis

*El criterio ejercido*

Berroa, Rei

*Aproximaciones a la literatura dominicana, 1930-1980*

*Aproximaciones a la literatura dominicana, 1981-2008*

Bonnelly de Díaz, Aída

*En torno a la música : guía para la apreciación musical*

Delmonte Soñé, José E.

*Alquimias de la ciudad perdida*

Espaillet Cabral, Arnaldo

*La tumba vacía*

Font Bernard, R.A.

*Crónicas elementales*

García, José Enrique

*La palabra en su asiento : análisis poético*

Gimbernard, Jacinto

*Narraciones de vuelta al mundo*

Hernández Caamaño, Ida

*El amor todos los días*

Hernández Núñez, Ángela

*Onirias : poesía e imagen*

Jorge Mustonen, Pablo

*Mar de recuerdos*

León David

*Cálamo corriente : ensayos sobre cultura, literatura y arte*

Macarrulla, Dulce

*Por los lugares del recuerdo*

Martínez, Cristian

*Tureiro, areyto de la tierra y el cielo, mitología taína*

Maeseneer, Rita de

*Seis ensayos sobre narrativa dominicana contemporánea*

Miller, Jeannette

*Fredy Miller : realidad y leyenda. Cuentos, poemas y otros escritos* (Editora)

*María Ugarte : textos literarios* (Editora)

*Textos sobre arte, literatura e identidad : ensayos*

Montás, Onorio, Pedro José Borrell y Frank Moya Pons

*Arte taíno* (1ra. ed. 1983, 1ra. reimp. 1985, 2da. reimp. 1999, 3ra. reimp. 2003, 2da. ed., 2011)

Moré, Gustavo L. et al.

*Banco Central : 60 años de historia, arquitectura y arte = Central Bank : 60 Years of History, Architecture and Art*

Munnigh, Fidel

*Huellas del errante*

Núñez, Apolinar  
*Seis asedios a la literatura latinoamericana*

Perdomo, Miguel Aníbal  
*Cornalina*

Pérez de Cuello, Catana  
*Sinfonía de ideas en 4 movimientos*

Piantini Munnigh, Luis Manuel  
*Luz encarcelada*

Pietro, Giovanni Di  
*Quince estudios de novelística dominicana*

Prida Busto, Juan Manuel  
*En la luz de la noche*

Reyes Sánchez, Miguel  
*Sombreros para un viajero : antología de ensayos sobre cultura y literatura*

Rodríguez, Néstor E.  
*Crítica para tiempos de poco fervor*

Rodríguez Demorizi, Emilio  
*Cartas a Silveria*

Rodríguez Fernández, Arturo  
*El sabor de las hormigas : cuentos*

Rueda, Manuel

*Imágenes del dominicano*

*Las metamorfosis de Makandal* (1ra. ed., 1998, 2da. ed. 1999)

Stanley, Avelino

*La novela dominicana 1980-2009 : perfil de su desarrollo*

Toirac, Luis

*La hiedra interior*

*Las ramas del viento*

Tolentino, Marianne de

*Ángel Haché en escena*

*Mi primer museo*

*Otras miradas : obras de arte del Banco Central*

*de la República Dominicana*

*Pieza del mes 2007* (en colaboración con Vladimir Velázquez Matos)

*Pieza del mes 2008-2010* (en colaboración con Vladimir Velázquez Matos)

Valdez, Diógenes

*La noche de Jonsok*

Valdez Albizu, Héctor

*La cultura en el Banco Central*

*La cultura en el Banco Central : discursos 2008-2011*

Vallejo de Paredes, Margarita y Alexandra Paredes de Fernández

*Diccionario de refranes*

Velázquez Matos, Vladimir

*Líneas alternas*

Villanueva, Rafael  
*Ensayos sobre música*

Windt, Julio de  
*Testimonios de un director de orquesta.* (1ra. ed., 2000, 2da. ed. 2007)

Zimmermann del Castillo, Silvia  
*Manuel y la lluvia*

### **SERIE BIBLIOGRAFÍA ECONÓMICA**

Banco Central de la República Dominicana. Departamento Cultural (Editor)

*Bibliografía económica dominicana 1947-1987*

*Bibliografía económica dominicana 1978-1982*

*Bibliografía económica dominicana 1983-1986*

*Bibliografía económica dominicana 1988-1996*

*Bibliografía económica dominicana 1997-1998*

*Bibliografía económica dominicana 1999-2000*

*Bibliografía económica dominicana 2001-2002*

*Bibliografía económica dominicana 1947-2004 (CD-ROM)*

*Bibliografía económica dominicana 1947-2004*

*Bibliografía económica dominicana 2005-2006*

*Bibliografía económica dominicana 2007-2008*

*Bibliografía económica dominicana 2009-2010*

### **SERIE CIENCIAS SOCIALES**

Alemán, José Luis

*Una interpretación de la política monetaria  
y bancaria dominicana 1984-1999*

Banco Central de la República Dominicana.

Departamento Cultural (Editor)

*La independencia nacional : su proceso*

Balcácer, Juan Daniel

*Vicisitudes de Juan Pablo Duarte* (2da. ed. 2011)

Brache Batista, Anselmo

*Constanza, Maimón y Estero Hondo : testimonios e investigación sobre los acontecimientos* (3ra. ed.)

Cabral de Poladura, Atala

*Museo de las Casas Reales : apuntes de un recorrido 1976-1988*

Canahuate, Mildred (Editora)

*Presencia de la cultura precolombina en el arte caribeño contemporáneo*  
(1ra. ed. 1998, 1ra. reimpresión 2009)

Castillo, José del

*Agenda de fin de siglo : crónicas y ensayos*

Deive, Carlos Esteban

*Los dominicanos vistos por extranjeros*  
*Rebeldes y marginados : ensayos históricos*

Federación Internacional de Sociedades Científicas (Editores)

*Culturas aborígenes del Caribe*

García de Brens, Lilliam

*Cultura indígena y educación natural*

Gautier, Manuel Salvador

*El encanto de la arquitectura : papeles sobre restauración  
de monumentos y otros temas*

Guiliani Cury, Hugo

*Pensamiento y acción de Hugo Guiliani Cury*

Lebrón Saviñón, Mariano

*Cultura y patología*

Lozano, Wilfredo

*Los trabajadores del capitalismo exportador : mercado de trabajo,  
economía exportadora y sustitución de importaciones  
en la República Dominicana, 1950-1980*

Pérez Brown, Marcelle O.

*Gascue : jardín urbano* (2da. ed. 2011)

Piantini Munnigh, Luis Manuel

*Apuntes de economía y política*

Pichardo Muñiz, Arlette

*12 ensayos de futuro sobre economía y sociedad*

Polanco Brito, Hugo Eduardo

*Exvotos y "Milagros" del Santuario de Higüey* (1ra. ed. 1984)

*Exvotos, Promesas y Milagros de la Virgen de la Altagracia*

(Título a la 2da. ed. 2010)

Prazmowski, Peter A., José R. Sánchez-Fung, Amelia U. Santos Paulino (Editores)

*Ensayos sobre macroeconomía en la República Dominicana*

*y países en vía de desarrollo*

*Essays on Macroeconomics in the Dominican Republic*

*and Developing Countries*

Valdez Albizu, Héctor

*Un camino hacia el desarrollo I*

*Un camino hacia el desarrollo II*

Veloz Maggiolo, Marcio

*Antropología portátil*

Veloz Molina, Francisco

*La Misericordia y sus contornos 1844-1916*

## SERIE COMPOSITORES DOMINICANOS

(Música en CD-ROM)

Banco Central de la República Dominicana

*Cinco décadas* (1ra. ed. 1998; 2da. ed. 2008)

Bustamante, Bienvenido

*Compositores Dominicanos : Bienvenido Bustamante*

Orquesta Sinfónica Nacional

Julio de Windt (Director)

Geraldes, María de Fátima

*Compositores dominicanos : música para piano*

(1ra. ed. 1999; 2da. ed. 2008)

Sánchez Acosta, Manuel  
*Manuel y sus amigos* (Agotado)

Taveras, Jorge  
*Contigo* (1ra. ed. 1998; 2da. ed. 2008)

Troncoso, Manuel  
*Sígueme*

## SERIE CUENTOS VIRGILIO DÍAZ GRULLÓN

Banco Central de la República Dominicana

Departamento Cultural (Editor)

*Vendimia Primera : Concurso de Cuentos Virgilio Díaz Grullón 2001*

*Vendimia Segunda : Concurso de Cuentos Virgilio Díaz Grullón 2002*

## SERIE EDUCATIVA BCRD

Almonte Diloné, Henry

*¿Qué es el dinero?*

*¿Qué es la inflación?*

*¿Qué es un Banco Central?*

## SERIE FOLLETOS EDUCATIVOS

Banco Central de la República Dominicana (Editor)

*Billetes y monedas del siglo XIX e inicios de la reforma monetaria*

*Monedas conmemorativas XXV aniversario Museo Numismático  
y Filatélico*

Prida Busto, Juan Manuel

*Historia de la moneda : origen y evolución* (1ra. ed. 2002, ra. reimpresión, 2011)

## SERIE NUEVA LITERATURA ECONÓMICA

Banco Central de la República Dominicana

Departamento Cultural (Editor)

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca “Juan Pablo Duarte” 1996*

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca “Juan Pablo Duarte” 1998*

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca “Juan Pablo Duarte” 1999*

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca “Juan Pablo Duarte” 2000*

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca “Juan Pablo Duarte” 2001*

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca “Juan Pablo Duarte” 2002*

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca “Juan Pablo Duarte” 2003*

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca “Juan Pablo Duarte” 2004*

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca “Juan Pablo Duarte” 2005*

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca “Juan Pablo Duarte” 2006*

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca “Juan Pablo Duarte” 2007*

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca  
“Juan Pablo Duarte” 2008*

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca  
“Juan Pablo Duarte” 2009*

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso  
Biblioteca “Juan Pablo Duarte” 2010*

## SERIE NUMISMÁTICA Y FILATÉLICA

Álvarez Rey, Avelino

*Introducción a la numismática*

Banco Central de la República Dominicana

Departamento Cultural (Editor)

*Billetes dominicanos 1947-2002*

*Catálogo de la Sala Filatélica*

*Catálogo del Museo Numismático* (1ra. ed. 1997, 2da. ed. 2003)

*Exposiciones temporales en el Museo Numismático y Filatélico*

Cipriano de Utrera, Fray

*La moneda provincial de la Isla Española* (Reimpresión)

Machado de Sosa, Sinthia

*Conozcamos nuestro dinero*

*Gráficas del papel moneda en la República Dominicana*

*Coleccionismo y billetes dominicanos 1947-2008*

Mueses, Danilo A.

*Emisiones postales dominicanas 1865-1965*

Ravelo A., Oscar E.

*El correo en Santo Domingo : historia documentada* (Reimpresión)

## SERIE OBRAS PREMIADAS

Banco Central de la República Dominicana

Departamento Cultural (Editor)

*Obras premiadas : primer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1995*

*Obras premiadas : segundo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1996*

*Obras premiadas : tercer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1997*

*Obras premiadas : cuarto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1998*

*Obras premiadas : quinto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1999*

*Obras premiadas : sexto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2000*

*Obras premiadas : séptimo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2001*

*Obras premiadas : octavo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2002*

*Obras premiadas : noveno Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2005*

*Obras premiadas : décimo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2006*

*Obras premiadas : decimoprimer Concurso de Arte*

*y Literatura Bancentral 2007*

*Obras premiadas : decimosegundo Concurso de Arte*

*y Literatura Bancentral 2008*

*Obras premiadas : decimotercer Concurso de Arte*

*y Literatura Bancentral 2009*

*Obras premiadas : decimocuarto Concurso de Arte*

*y Literatura Bancentral 2010*



Esta primera edición de un mil (1,000) ejemplares de *Duarte revisitado [1813-2013]*, se terminó de imprimir en la Subdirección de Impresos y Publicaciones del Departamento Administrativo del Banco Central de la República Dominicana, en el mes de julio de 2012.